

## UN DISCURSO Y UN ARTÍCULO

---

La familia del doctor Vélez Sarsfield se había dignado poner á nuestra disposición las pocas y breves reliquias manuscritas que del ilustre jurisconsulto y estadista quedan inéditas. Con todo, no hemos vacilado en preferir la reproducción de dos documentos característicos y primordiales, á la publicación de tal ó cual carta privada que sólo interesaría la frívola curiosidad y nada agregaría á la fama ni á la psicología de su autor. El discurso que reproducimos fué pronunciado en el Congreso constituyente de 1826; Vélez Sarsfield se incorporó á él como diputado por San Luis, actuando al principio como secretario, por ser el miembro más joven, hasta la designación de Juan Cruz Varela para el puesto permanente que se creó. El artículo vió la luz en *El Nacional*, á los pocos días de su fundación por Vélez Sarsfield; y casi podría decirse que uno y otro documento inician respectivamente la vida pública de su autor en las dos épocas que ella abarca. El cuarto de siglo, que media entre el discurso y el artículo, comprende el interregno de la libertad argentina; y hay exactamente el mismo espacio vacío en la vida pública del ciudadano y la vida constitucional del país. La bella unidad de esta larga existencia de lucha y labor resalta con la sólo aproximación de ambos documentos: en 1826, el joven orador proclama ya la necesidad de esa resistida organización nacional, que será también su primera prédica de publicista maduro y experimentado. Cerrado el lúgubre paréntesis, se trata, en 1852, de reanudar la tarea política en el punto mismo en que la dejara el Congreso de 1826, y se cree escuchar el grandioso *Como decíamos ayer*, de Fray Luis de León.

### CONGRESO GENERAL CONSTITUYENTE

SESIÓN DEL 25 DE FEBRERO DE 1826

—Yo no sé por qué fatalidad, el punto céntrico de donde se va á derivar toda la organización social, y que va á ser el elemento más

poderoso para su constitución, no sé por qué fatalidad, digo, la cuestión que más fácilmente debía reunir el voto de todos los diputados, ha venido á ser el objeto de tantos debates, donde se anuncian discusiones, aun domésticas, y el entronizamiento de la anarquía. Yo no extraño que los pueblos acostumbrados por largo tiempo á no ver la felicidad sino por sí mismos, crean que hacen un sacrificio, cuando depositan en otras manos los medios para que se la constituya: pero el juicio de los diputados no debe formarse por el sacrificio que exijan de una provincia, sino por el tamaño del bien que de ello venga á la patria. ¿Y no se ha demostrado hasta la última evidencia que en este punto están fijos los intereses todos de la Nación? ¿Por qué vaga, pues, entonces el voto de los señores representantes? ¿Aún no estamos suficientemente sacrificados al provincialismo? ¿Siempre la Nación ha de ser víctima en último resultado, y la víctima de teorías superfluas y sofismas, cuya última consecuencia es: sigamos á los que nos preceden y precedamos á los que nos siguen? Si nos hallásemos en este lugar tan sólo para medir el egoísmo de cada pueblo, sea enhorabuena los argumentos que se han hecho; pero si aquí no deben oírse otras reflexiones que las que tiendan al bien de la patria, es obligación de los diputados el adoptar toda medida que se presente útil al país, á trueque de no ser representante de esta nación, despedazada por estas mismas ideas, y que en sus conflictos los ha elegido para que hagan su suerte, y con ella la de los pueblos todos. Sí, porque jamás puede estar en oposición el interés de la Nación con el de pueblo alguno. En política no puede pasar lo que en los individuos particulares, en que á veces es preciso sacrificar á unos para que otros vivan. Es casi un principio que el bien verdadero de una nación no puede causar males á otra potencia extraña, pero es un axioma que los intereses de una nación no pueden jamás perjudicar á los de un pueblo. Todo esto se conoce, porque no puede desconocerse, pero hay una excepción dilatoria. Ello es bueno, se dice, pero el Congreso no tiene facultades, no tiene derecho para hacerlo. ¿Y qué hacemos entonces? ¿Dejaremos que el país se

precipite donde sus tristes destinos lo arrastren, y nosotros seguiremos contentos tan sólo porque á su ruína le preceden ideas tristes y menguadas? ¿Volveremos á los pueblos á decirles: « hemos perdido la patria, pero hemos salvado vuestras instituciones que sólo eran un accesorio de la seguridad del país? » — Esto no puede ser: el Congreso puede hacer no solamente esta ley, sino todas aquellas que sean en bien de la patria, y puede hacerlas sin que se le llame absoluto: sobre esto diré dos palabras.

Al señor diputado á quien voy á dirigirme (1), le hago todo el honor posible, pero debo decirle que esos regnicolas mismos que ha citado tan en oposición al absolutismo, tratan de mala fe al célebre Obes, porque no ha usado de la palabra «sin límites» en lugar de *absoluto*, pues no es lo mismo un cuerpo absoluto, que un cuerpo sin límites. Una soberanía sin límites, no es absoluta. Ésta, además de no tener límites, no reconoce dependencia, y una soberanía sin límites la reconoce. Yo digo más: que el Congreso tiene límites, y no es absoluto, pero por eso ¿no puede sancionar esta ley? Entonces no podría hacer ley alguna. Si se hubieran fijado los límites del Congreso, si el señor Diputado no hubiera estado sólo á la negativa, se habría visto la cuestión bajo su verdadero punto de vista. Pero el Congreso tiene límites, y son aquellos donde empieza el hombre individual y acaba el hombre social. Él no puede quitarme mi propiedad, ni matarme, porque yo, individuo, tengo derechos separados de los del hombre social; y siempre que el Congreso pase de la sociedad y llegue al individuo, el Congreso pasa sus límites. Estos son los límites de un cuerpo legislativo constituyente, nada más; pero, señor, se dice, el cuerpo legislativo al formarse ha entrado con trabas sobre las que no puede pasar. ¿Y cuáles son? La

(1) Se refiere al señor Manuel Moreno, diputado por la «Provincia Oriental», y especialmente á su primer discurso del 23 de febrero. Él y el coronel Dorrego, diputado por Santiago que se incorpora en junio, serán los dos arietes que batirán en brecha la presidencia de Rivadavia hasta traer la anarquía. El índice del *Diario de sesiones* llama siempre al primero «don Mariano Moreno»: es un juicio como cualquier otro. (*Nota de la Dirección*).

ley de la provincia de Buenos Aires, que dijo que la provincia se regiría por sus instituciones, y esta es una ley fundamental. Yo digo más: no solamente la provincia de Buenos Aires ha dicho eso; la provincia que representa el señor diputado en oposición, que me ha precedido (1), dice por una ley, que Santiago del Estero entra en Congreso, con tal que no se la sujete á otra provincia subalterna; la provincia de la Rioja ha dicho que el Congreso no se meta en cosa de minas ni en el acuñamiento de monedas; la de Mendoza ha dicho que se regirá por sus propias instituciones. Vean los señores diputados lo que va á pasar si reconocen todas esas trabas. ¿No podrá el Congreso mañana determinar, como probablemente lo hará, que la aduana de Mendoza en la parte exterior sea nacional, porque ella haya resuelto regirse por sus propias instituciones? ¿No podrá mañana determinar el Congreso sobre la suerte del pueblo de Santiago, si ve que no puede gobernarse por sí? Señores, esto sí que sería anárquico.

Sedice que la provincia de Buenos Aires ha declarado regirse por sus propias instituciones, pero, señores ¿se ha deducido esto al Congreso al tiempo de instalarse? Ahora se deduce, se contesta. Y yo pregunto ¿si se consiente ahora esta deducción, que hace la provincia de Buenos Aires? para que ella pueda pasar una obligación es preciso, no sólo que se deduzca, si no que sea aceptada por la parte que se va á obligar.

La provincia de Buenos Aires dice: yo me reservo el derecho de regirme por mis propias instituciones. Pregunto: ¿el Congreso puede decirle no paso por esta reserva? Nadie puede negarle la libertad de hacerlo. Y entonces ¿que hará la Provincia? ¿se retirará? No, señores, no tiene un derecho para retirarse, porque toda condición que quiera poner la Provincia, debe ser bajo la obligación primera que sobre ella pesa desde más de dos siglos: de vivir en sociedad con los demás pueblos. Y es anárquico que se diga que un pueblo

(1) Don Félix I. Frias, diputado por Santiago del Estero.

de la Unión puede disponer enteramente de su suerte, violando aquellos pactos que por tantos años lo han ligado á la Nación. Pero ya sobre esto ha hablado bastante el señor diputado de la Rioja (1). Pero el Congreso, se dice, ha consentido en la reserva que se ha hecho la provincia de Buenos Aires. Si hubiese sido así, el consentimiento debía haber sido particular á ella, y no lo ha hecho, sino que las igualó á todas, lo mismo á las que se habían hecho reservas como á las que no las habían hecho.

Ultimamente se dice que el Congreso ha dado una ley fundamental y no puede variarla, y se dijo que el artículo 4º de la ley del 23 de enero dice que el Congreso se reserva proveer á la seguridad, prosperidad y felicidad del país, y se contestó por un señor diputado de la Banda Oriental, que el artículo 4º debe quedar sujeto al artículo 3º de la misma ley; pero resolvamos esto y se verá lo que significa. La integridad, la seguridad y la independencia del país, deben quedar sujetas á las instituciones de las provincias. Esto es lo que se dice, señores, como si las instituciones de los pueblos pudiesen existir sin la independencia de la Nación. Las cosas sobre que determina el artículo 4º son principales de las que determina el artículo 3º y las de éste, por su naturaleza, están en dependencia del artículo 4º. Luego este artículo no debe sujetarse al 3º; pero vale mucho la palabra «fundamental». Ningún señor diputado se escandalice: la ley del 23 de enero no es ley fundamental. Cuando se presentó á la Sala esta ley por el señor diputado de Corrientes (2), iba con este encabezamiento: *Ley fundamental*, mas la comisión varió el proyecto y con estudio le quitó la palabra *fundamental*, y se dijo solamente *proyecto de ley*. Esto puede verse: la ley, pues, del 23 de enero, no deduce más obligación que su tenor literal.

(1) Don Santiago Vásquez.

(2) Don Francisco Acosta, diputado por Corrientes, presentó el 22 de diciembre de 1824 el proyecto de *Ley fundamental*, especie de *anteconstitución* en 7 artículos que fijaba el carácter *constituyente* del Congreso y que, sancionada el 23 de enero con graves modificaciones, fué comunicada á las Provincias. (*Nota de la Dirección*).

Concluiré recordando á los señores Representantes, que ya es tiempo que dejemos de vivir dentro de nosotros mismos, y de pensar solamente en nuestros propios intereses, y que cuando por un pensamiento elevado se nos transporta á una esfera más ancha, manifestemos que somos dignos de respirar en ella. Concluyo estando por la afirmativa del proyecto.

## AISLAMIENTO DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

(*El Nacional*, 18 de mayo de 1852)

El aislamiento de las provincias argentinas comenzó tan pronto como su emancipación de la antigua Metrópoli. El gobierno general, existente en Buenos Aires, creyó que había sucedido en las facultades de los antiguos virreyes : las ejercía plenamente en todo el territorio de las Provincias Unidas, sin cuidarse de las pasiones, ó de los intereses locales de caudillos y pueblos que también se habían comprometido y hecho los últimos sacrificios en la guerra de la Independencia. Buenos Aires agotaba sus recursos y su existencia misma por la nueva causa que había proclamado el 25 de Mayo. Sus ejércitos marchaban al Perú, al Paraguay, á Montevideo y á Chile ; y acaso tenía razón para exigir una obediencia absoluta de los jefes de los pueblos que libertaba y que debía sostener. Pero el sentimiento de personalidades afectadas hizo levantar mezquinas conveniencias, que se antepusieron á la independencia nacional por la que se combatía. El ejército que sitiaba las fuerzas españolas encerradas en Montevideo, es sitiado á su turno por un ejército provincial. El ejemplo de un resultado feliz animó á las otras provincias. Santa Fe y Córdoba se declaran independientes de toda autoridad nacional y levantan una bandera hasta entonces desconocida ; bandera que después arrastró tras sí ejércitos numerosos que despeda-

zaron á esos mismos pueblos. El famoso general Güemes se substraee á la obediencia del Director del Estado ; pero á la cabeza de la provincia de Salta que mandaba, contiene la invasión de los ejércitos españoles vencedores en Ayouma y Sipesipe : los derrota varias veces en cuatro años de la guerra más sangrienta, y tiene que rendir su vida en aquella sagrada y memorable lucha, sin que ninguno de los pueblos ocurriera en su auxilio. Á ese mismo tiempo el ejército del Perú se subleva, desconoce las autoridades nacionales, y queda así sellada la absoluta desorganización de la República en 1820.

Cada pueblo se aísla desde entonces en sus intereses locales; y cada pueblo, Buenos Aires más que ninguno, alimenta la esperanza de un porvenir que ya se decía *porvenir maravilloso*. La desorganización creó así un sistema que tenía adictos secuaces; que durante 30 años ha echado profundas raíces, y al cual ahora es preciso preguntarle de la antigua patria, tan llena de glorias, tan llena de hombres ilustres, tan llena de vida, y con tantos elementos para ser muy pronto una de las primeras repúblicas de la América. Los resultados de ese estado político nos dirán si conviene salir del aislamiento en que los pueblos han vivido durante 30 años, y si es posible que tal orden de cosas permanezca por un día más. Los años de la prueba han sido largos; y no puede decírse nos que ha faltado tiempo para llegar á la perfección social con que cada pueblo se engañó, cuando creyó que, sin vínculo alguno con los otros, podía organizarse y ser feliz aunque acabara la nacionalidad de la República Argentina. ¡ Que los hechos hablen por nosotros !

Hoy falta del territorio de la Nación toda la provincia de Tarija, incorporada á la república de Bolivia.

La mitad de la provincia de Misiones está dividida entre el Estado Oriental y el imperio del Brasil. La otra mitad, á la derecha del Uruguay, un jefe militar, que por algunos días mandó en Misiones, la dió á un extranjero que actualmente busca en Europa quien se la compre.

Salta se ve privada de uno de los presentes más preciosos de su

territorio: de sus puertos en las costas del Pacífico, á los cuales sólo se puede llegar pasando por aquella provincia.

Chile de hecho ha avanzado, y quiere apropiarse hermosos terrenos de la falda oriental de los Andes, que siempre pertenecieron á la provincia de Cuyo.

Chile también se ha establecido en la costa del norte del Estrecho de Magallanes, y pretende el dominio y soberanía de las tierras australes desde el Río Negro, por las que tantos y repetidos sacrificios ha hecho el gobierno general de las provincias del Plata.

Hemos perdido las islas Malvinas.

La República Oriental ha legislado y constituido privilegios en la navegación del Uruguay, como si ese río y sus islas le pertenecieran.

Hemos tenido guerra con la Francia, Inglaterra, Bolivia, República Oriental, y hemos traído, puede decirse, las armas de todo el mundo sobre nuestro territorio, sobre nuestras costas, ó nuestros ríos.

Nos han quedado ingentes reclamaciones de nacionales y extranjeros, que nos ocuparán por largos años.

Hemos desconocido la autoridad de la Silla Apostólica y á su turno la Silla Apostólica ha negado á la República Argentina, los derechos todos que mil veces ejerció el gobierno del territorio.

¿Para qué seguir adelante cuando el cuadro está á la vista, y cuando cada hombre y cada pueblo ha sido víctima de la falta de un poder general, que representara y defendiera los derechos de la República? ¿Quién no ve en una esfera superior fuera de las localidades, particulares intereses de otro género que corresponden á la sociedad entera, y á los cuales no puede atenderse sino por un poder que subordine las ventajas locales al derecho y mayor bien de toda la República?

Este sistema de aislamiento, que por sí acababa los poderes públicos de la Nación, era por su naturaleza transitorio: no podía ser el estado permanente de la sociedad argentina: faltaba en él quien



ejerciera los derechos de la República, y lo que es más, en tal estado político desaparecía la soberanía de la Nación, interior y exterior. Otro día demostraremos que ella no podía ser suplida por el encargo de las Relaciones exteriores á un hombre ó á un pueblo de los del Estado ; pero que así fuese también, tal Constitución de la república no puede ser sino temporal, pero no el estado normal de la Nación. Faltan las relaciones del derecho político que une unos pueblos con otros : faltaba la soberanía interior, sin la cual ninguna nación puede ser representada como tal, sin la cual tampoco es posible existir, si no se dice que los hombres pueden vivir sin unirse en sociedades regulares.

Si el aislamiento social, pues, ha sido por su naturaleza transitorio, tiempo es que concluya, si es que ha de existir la antigua república. De otra manera, será mejor decir, que cada pueblo debe crearse en nación independiente. Esto sería más ventajoso al estado de cada uno, si era posible que lo alcanzara y que los otros pueblos lo permitieran ; si fuese posible que las naciones extranjeras reconocieran la soberanía exterior en provincias que sólo pueden tener meras municipalidades. Estamos por lo tanto en el dilema de crear la nacionalidad, la soberanía de la república, ó dividirnos para siempre en otras tantas naciones, cuantas son las provincias argentinas.

Veamos ahora cómo se han consultado los intereses provinciales ; qué doctrinas, qué ejemplos, qué instituciones se han creado en los 30 años que cada pueblo se ha gobernado por sí : qué esperanza promete, qué tiempo le falta para esa soñada felicidad, que otros días creyó ya poseer, prescindiendo de la suerte que en tal desorden pudiese tocar á los otros pueblos.

Es preciso decirlo : en todos estos años hemos presentado al mundo un cuadro de desgracias, de que no hay ejemplo en ninguna de las repúblicas de la antigua América española.

Las provincias interiores han sido devastadas por los indios del desierto, animados muchas veces por los mismos gobiernos provin-

ciales, que mantenían con ellos un comercio escandaloso de lo que habían robado á los otros pueblos. Los gobiernos de las provincias, en sus guerras interiores, llevaban en las filas de sus ejércitos á los salvajes del desierto : era la valiente vanguardia que asolaba el terreno que pisaba, y que arrastraba cautivas á millares de familias. No ponderamos absolutamente, pues quien conoce la historia de los pueblos interiores, recordará los hechos y los días á que nos referimos. Lugares que en otros tiempos estaban llenos de riqueza y población, están hoy bajo el dominio de los pampas. Las fronteras de los pueblos se han estrechado, han perdido sus terrenos más valiosos. Los indios se han interpuesto en los caminos públicos, y por donde en otro tiempo venía un situado de un millón de fuertes, al cargo de 10 hombres, hoy no puede transitar un correo. Los pampas acechan el comercio y la fortuna de las provincias interiores; y alguna de ellas, casi en su totalidad, fué transportada al centro del desierto.

Cien guerras encarnizadas se han sucedido durante el aislamiento de los pueblos, por meros intereses personales, en términos que no se puede dar un paso sin pisar las cenizas de una víctima de las guerras civiles. El sable es el que por muchos años legisló y gobernó en los pueblos interiores. Á un héroe sucedía otro héroe, y todos ellos no hicieron sino amontonar ruinas y sangre, en aquellos pueblos donde había reinado una paz de tres siglos. La soberanía de la espada turna en los diversos pueblos. La Rioja la obtiene primero: asalta los pueblos del norte, y siembra en ellos el espanto y la muerte. Córdoba le sucede, y en sangrientas batallas, cuyas causas ignoran todos, se decide el triste honor de dominar á sus semejantes. Pero Córdoba fué vencido : Santa Fe le sucede; Tucumán toma después una influencia dominante. Un caudillo mayor trae á otros caudillos á su jurisdicción y los cuelga en las plazas públicas. Establece entonces un sistema de tal esclavitud en aquellos pueblos soberanos, que los más altivos gobernadores sirven apenas para verdugos.

¿Y qué será de las instituciones provinciales, de los progresos que cada provincia se prometía, estando gobernada por sus solas instituciones? No podemos preguntarle ¿por qué vicisitudes ha corrido en tan largo tiempo: qué progresos ha hecho: cuál es su suerte actual: y qué esperanzas la sostienen todavía en el sistema de aislamiento: qué instituciones ha creado ó qué es de las instituciones que tenía en mejores días: qué le queda por hacer para llegar al término que ha buscado desde el año 20: con qué medios, con qué leyes, con qué poderes públicos ha pensado que deben entretanto atenderse los grandes intereses nacionales...? Pero no se diga que insultamos la desgracia, que ha sido igual para todos. Queremos sólo demostrar que el sistema de aislamiento ha acabado las provincias interiores, que él, allí, no promete sino desastres y miserias que podrán evitarse constituyendo la república.

El sistema representativo, casi en todos los pueblos, ha sido una mentira.

Las instituciones judiciales no existen, y en las más de las provincias, el gobernador político ejerce el poder judicial.

Casi no hay gobernador que no tenga facultades extraordinarias, y que no las haya ejercido cien veces disponiendo de la vida y fortuna de los particulares.

El sistema de hacienda está reducido á contribuciones personales para cada caso imprevisto.

Las aduanas interiores han sido una potencia con que se ha destruído el comercio de todas ellas.

¿Dónde, en qué pueblo se ha dado una ley que favorezca el comercio de los pueblos limítrofes? Por el contrario, hasta el tránsito es gravado con impuestos exorbitantes.

¿Qué es de la prensa, de la seguridad individual, del derecho de propiedad, de todos los derechos que los hombres gozan en sociedad?

Al fin, esas soberanías particulares, creadas sobre las ruinas de la soberanía nacional, concluyeron entregando la vida, la fortuna, los

derechos políticos y todos los derechos individuales al hombre que dominaba en Buenos Aires. Este fué el último resultado de la división de los pueblos ; resultado necesario de la falsa idea que podía una provincia constituirse y darse instituciones regulares, estando en completa desorganización ó no existiendo los poderes nacionales.

DALMACIO VÉLEZ SANSFIELD.

# EL DOCTOR VÉLEZ SARFIELD

(REMINISCENCIAS)

---

## I

En el Congreso de 1825, apareció un joven que era el de menor edad entre todos sus miembros, con excepción de don Amancio Alcorta, que tenía dos ó tres años menos y que no fué admitido por este motivo: llamábase Dalmacio Vélez. No era diputado por Córdoba, su provincia natal, como ha solido decirse, sino por San Luis, y debía su elección á una influencia de familia (1). Era doctor en jurisprudencia, pero aún no abogado, como lo han insinuado sus biógrafos con carencia de datos precisos; porque sólo lo fué más tarde, habiéndosele expedido su diploma por los Tribunales de Buenos Aires.

Al presentarse en la vida pública, el doctor Vélez sólo podía saber lo que había aprendido en la Universidad de Córdoba. Sus conocimientos en derecho no eran extensos, aunque sí fundamentales. Había estudiado los *Comentarios* del famoso Arnaldo Vinnio, sus *Cuestiones selectas*, que eran reputadas en las escuelas del siglo

(1) Su hermano político el señor Ortiz.

xvii y xviii como una flor de la literatura jurídica antes de la aparición de las obras de Heineccio, las *Recitaciones* de éste, y empezaba á familiarizarse con la lectura del gran Cujas, á cuyo estudio debía quedar adherido durante toda su vida, y que su profesor, el doctor Saráchaga, le había enseñado á conocer, siguiendo á su vez las recomendaciones de su catedrático el doctor Victorino Rodríguez, notable jurisconsulto: — aquel que fué el Asesor del gobernador Concha y que murió en la tragedia de la Cabeza del Tigre, enrojeciéndose con su sangre y la de sus compañeros los albores de la revolución!

El anciano doctor Saráchaga debía morir también en Santos Lugares, por la mano de Rosas. — ¡ Triste suerte la que cupo en tierra argentina á los dos primeros admiradores del jurisconsulto francés del siglo xvi!

No fué por cierto tan aciaga la que se hallaba reservada al doctor Vélez, que tuvo además la dicha, no alcanzada por sus dos predecesores, de encontrarse un día con su polvoroso maestro Cujas puesto á la moda, mencionado hasta en los diarios como un héroe del momento, ó glorificado en los libros oratorios de Lerminier, que tuvieron su resonancia aquí mismo en los escritos juveniles de Alberdi, cuando la escuela histórica de Savigny de Thibaut penetró en Francia, y quisieron sus escritores y jurisconsultos, al adoptarla, imprimirle un sello propio y nacional, haciéndola remontar por su origen á las doctrinas del jurisconsulto que había intentado el primero la restauración del Derecho Romano mutilado, por siglos, por los bárbaros y por Triboniano!

## II

Nada de descollante tuvo la figura del doctor Vélez en el célebre Congreso, según puede colegirse del Diario de sus sesiones, aunque algunos le hayan atribuido influencia decisiva en ciertos actos del

gobierno de aquella época, relacionados con las provincias del Interior.

Pertenecía á la comisión de Hacienda y hablaba á veces sobriamente en su nombre. Fué partidario fervoroso de la política presidencial, dividiendo sus admiraciones entre el presidente Rivadavia y el ministro Agüero, que lo atraía como orador por la fuerte trabazón de sus discursos. Tan sólo en una ocasión aparece disintiendo del grupo ministerial: cuando se aventuró á sostener que no debía encomendarse al gobernador de la provincia de Buenos Aires el encargo de las funciones del ejecutivo nacional. Este era el famoso artículo octavo de la ley de enero de 1825, que ocasionó el primer gran debate en las sesiones del Congreso. El doctor Vélez se escurrió del incidente con algunas palabras de equívoca firmeza.

No puede sin embargo decirse que el doctor Vélez pasara «inapercibido». Llamaba la atención por la seriedad de su porte, por su afición conocida al estudio y por su afán de cultivar relaciones estrechas con los hombres más importantes. Fué admitido en el círculo de los familiares del presidente, tal vez un poco en su intimidad, y Rivadavia lo destinó á inaugurar la enseñanza de la economía política en nuestra universidad. Bajo estos auspicios se acrecentaba sin duda su consideración política y social, y cuando el Congreso hubo terminado su Constitución que no rigió un solo día, fué encargado con el doctor Gorriti (Córdoba), el deán Zavaleta (Entre-Ríos) y el señor Tezanos Pintos (Santiago), para presentarla al examen y aceptación de los pueblos interiores, ó más bien de los gobiernos que los oprimían. Le tocó al doctor Vélez encararse con Quiroga mismo, que le devolvió sin abrirlas sus comunicaciones con un letrado, que fué la verdadera inscripción de la época de desquicio y de sangre que se desatara sobre la Nación.

## III

El Congreso se disuelve en 1827 y el doctor Vélez queda establecido en Buenos Aires, hasta que sobreviene el primer gobierno de Rosas, que lo obliga á refugiarse por poco meses en Córdoba. Obtiene permiso para volver y presenciar en el pueblo de San Nicolás (1831) el bárbaro fusilamiento de varios oficiales pertenecientes al ejército del general Paz, sobre el que dió testimonio veinte y seis años después, ante el juez de la causa de Rosas en un documento solemne que la historia ha de recoger. ¡Habían sido casi todos vencedores en Ituzaingó!

El doctor Vélez reaparece tras de estas vicisitudes como abogado en Buenos Aires. Su sola ocupación es el foro; y después de pocos años (1833 á 1838) asienta su reputación como el primer abogado de nuestros tribunales, sin exceptuar al doctor Ocampo, que lo aventajaba en cierta autoridad moral inherente á su nombre, pero que le era inferior en competencia profesional. Los alegatos forenses del doctor Vélez son los más perfectos de sus trabajos por el fondo y por la forma. Discutía la cuestión de derecho con magisterio científico, real á veces, artificial en ocasiones, para encubrir su habilidad de pleitista. El argumento se presenta siempre claro y vigoroso, y la expresión, aunque incorrecta, es grave ó alzada de tono. Su *Informe*, en la revisión de la causa criminal de los Yáñez, que habían tenido por abogado al doctor Valentín Alsina en las instancias anteriores, es un modelo de composición forense (1836).

Habíase también el doctor Vélez entregado por aquellos años á las tareas rurales, estableciendo en Arrecifes una valiosa estancia de ganados. La mudanza del medio ambiente no alteraba los hábitos intelectuales del doctor Vélez, y en los campos como en la ciudad sólo leía sus libros de derecho. Consiguió, sin embargo, su sobrino, en aquellos días largos y solitarios de las residencias campestres,



atraerlo poco á poco á otros estudios. Piñero era apasionado por los clásicos romanos, poseía esmeradamente su idioma y las *Geórgicas* ó la *Eneida* de Virgilio fueron sustituyendo al volumen de Pothier en la lectura común de la noche.

Este malogrado joven murió prematuramente en la emigración, antes de adquirir una reputación que los años le habrían fácilmente dado. Escribía en Chile *El Mercurio*, con cierta severidad de raciocinio, y se hizo aún más notable por su estilo revestido siempre de formas depuradas y correctas. Miguel Piñero y Vicente F. López fueron los dos jóvenes argentinos que llegaban en aquellos días á las puertas del extranjero con una instrucción literaria más completa. El uno se había educado en Córdoba y el otro en Buenos Aires, con los nuevos libros, pero sin romper la tradición de los antiguos estudios. — No pertenecía por cierto á esta escuela Sarmiento, con su talento removedor y singularmente personal. El doctor Vélez llamaba á *Facundo* el « Sarmiento ».

#### IV

La tiranía de Rosas se embravecía, entre tanto, derramando cada día más sangre, mientras que el pavor hacía rondar alrededor de cada casa y de cada habitante al fantasma de las persecuciones, que aun siendo imaginarias, no son sin duda menos ofuscantes y terribles, porque se presentan á la imaginación enferma, bajo todos los aspectos. El doctor Vélez quiso escapar á tan cruel existencia, quizá á peligros reales, y fué á encerrarse como tantos otros dentro de los muros de Montevideo.

Largos y penosos debieron ser estos años del triste asedio, cuando se suprimieron las peripecias del combate diario y el cañón del sitiador dormitaba por meses en el Cerrito. La atmósfera empezaba á ser asfixiante, y la heroicidad misma desaparecía en la monotonía

de los mismos hechos cotidianamente repetidos. Se sentía la necesidad de sustraerse siquiera con el pensamiento al fatigoso encierro; y el doctor Vélez, para dar pábulo á su mente y ocupación á su vida, emprendió la traducción de la *Eneida*, que se conserva inédita en manos de sus herederos (1). La obra no tiene otro carácter ni mayor importancia.

Esta es la verdad, y no hay objeto, tratándose de un hombre tan respectable, en caer por la admiración sistemática en el éxtasis pueril. Confrontar el texto virgiliano con cuatro ó cinco traducciones en otros tantos idiomas, es ahora un hecho de verificación facilísima para el que posee un ejemplar de una de esas ediciones políglotas de la *Eneida*, que se renuevan á cada momento en Alemania y en Francia. Los recursos bibliográficos de que se valía el doctor Vélez, en la ciudad sitiada, eran por el contrario sumamente escasos, y no parece que haya siquiera tenido á su alcance los cinco volúmenes de la edición de Heyne, que Wagner publicó en Leipzig con adiciones propias (1830-1840) y que han fijado definitivamente el texto virgiliano en tantos puntos controvertido ú obscuro según la opinión general de los humanistas.

Faltábanle sobre todo á nuestro gran jurisconsulto el refinamiento artístico, el esmero de la frase, y esas delicadezas de gusto y hasta de oído, que son indispensables para verter siquiera con alguna elegancia el sublime canto de Virgilio en suelta y armoniosa prosa española.

Busquemos ahora en el doctor Vélez al orador, entrando de lleno dentro del cuadro radioso que sirve de marco á su figura.

(1) Posteriormente (1888) ha sido publicada por D. Domingo F. Sarmiento y el doctor Adolfo Saldías, juntamente con la de los dos primeros libros de la *Eneida* por Juan Cruz Varela.

## V

La caída de Rosas sobreviene, y el doctor Vélez reaparece, tras de los años silenciosos de la tiranía, en el primer debate parlamentario que los pueblos argentinos volvían á escuchar después de la disolución en 1827 del Congreso Nacional. Promovíalo el mismo doctor Vélez, sosteniendo que debía someterse á la aprobación de la legislatura el «Acuerdo de San Nicolás», que acababa de ser firmado por los gobernadores de las provincias, incluyendo al de Buenos Aires. —No hay argentino que no haya oído hablar de ese discurso, hoy célebre, y puede decirse que desde aquel día el doctor Vélez tomó posesión de la tribuna argentina para ser durante veinte años el primero de nuestros oradores. Pertenece al discurso sobre «el Acuerdo» el conocido rasgo con que describía la tiranía de Rosas. «Se vivía entre pavores—y cuando sonaba un cañonazo en Palermo, los hombres que recorrían las calles de esta ciudad se paraban temblando, como si fueran un peso inútil en la tierra.» La frase es sin duda una reminiscencia de Homero, en uno de los últimos cantos de la *Iliada*, pero el doctor Vélez la rejuvenecía y la hacía suya, dándole una aplicación tan propia como inesperada.

Era sin duda un admirable orador y llevaba todas las flechas en su carcax. Distinguíanle las cualidades por las que sobresalen los grandes improvisadores, porque si le faltaban la limpidez de la frase y el período rotundo, es de notarse que estas dotes son el patrimonio de muy pocos, como Lacordaire en la cátedra sagrada ó Pitt en la tribuna política. El doctor Vélez empezaba sus oraciones con acento entrecortado y con embarazo visible hasta en sus ideas. La voz se iba poco á poco aclarando, la frase se hacía en su construcción más correcta, el orador tomaba posesión del asunto al mismo tiempo que el tono iba llenando el recinto, hasta que orador y oyentes quedábamos todos envueltos en la corriente de aquella palabra

que nos arrastraba sin descanso hacia su punto final.— ¡Ah! ¡estos oradores de raza siempre se juntan por algún punto, por diferentes que sean entre sí! — Leíamos en estos días dos ó tres discursos de Gambetta en la colección que lleva su nombre, y al notar la fuerza, el calor, la precipitación de algunos de sus períodos decíamos: es el torrente que baja de la montaña—y recordábamos al doctor Vélez en los momentos de su plenitud oratoria.

Buscamos entre los oradores conocidos con quién compararlo, y nos detenemos ante la figura de M. Dupin (aîné), que se destaca con luz tan propia en la tribuna contemporánea. Era, como el doctor Vélez, abogado de causas, jurisconsulto, aplicando su saber legal á las cuestiones políticas. Mostrábanse ambos incisivos en el argumento y con el dón espontáneo del epígrama que brotaba sin esfuerzo de sus palabras, espiritual siempre, nunca ático, pero sin llegar tampoco á ser grosero. Sabían los dos encontrar en los proloquios vulgares del Derecho un sentido desconocido, para aplicarlos de improviso á la dilucidación de los asuntos con cierta *bonhomía* aparente que no se hallaba jamás desprovista de un tinte de malicia.

M. Dupin fué llamado el hombre más feo de Francia y de Navarra, y el doctor Vélez no era á la verdad un modelo de belleza, pero la fealdad daba, según el testimonio de los que los oyeron, una expresión original á sus fisonomías que picaba como una curiosidad y que no era por cierto repulsiva. El orador francés superaba al argentino en la distribución metódica de los razonamientos y en la mayor soltura de su frase, y éste le aventajaba, en cuanto no nos engaña nuestro juicio, en la elevación del tono, en el poder de la palabra, en lo que se llama propiamente la fuerza oratoria, *vis oratoria*, porque no puede ser sustituida por ninguna circunlocución.

Agreguemos otros rasgos. El doctor Vélez improvisaba casi siempre, y totalmente en lo que se refiere á las formas del discurso. Su sola preparación era la lectura y no lo vimos nunca llegar á la Cá-

mara con un apunte escrito. De ahí provenía su expresión tan desigual y al mismo tiempo espontánea y atrayente.

Desde la primera palabra estaba ya tratando el asunto, sin ningún ornamento oratorio. Sabía no obstante encontrarlo, cuando lo buscaba : testigo su famoso discurso en la inhumación de los restos de Rivadavia, que empieza con aquellos acentos altos en los que se siente el ruido de alas de la musa latina, y que por sus períodos concretos y lapidarios se asemeja en realidad á un monumento. Es todavía mayor ejemplo el discurso pronunciado en la Convención de Buenos Aires, al presentar el plan de reformas á la Constitución nacional, cuando comenzó contando con voz conmovida la disolución del antiguo Congreso, y que muchos reputan, por la elevación y encadenamiento de las ideas, como el discurso parlamentario más perfecto que se haya hasta hoy pronunciado en las cámaras argentinas.

## VI

Parece raro y es sin embargo la verdad, que un hombre como el doctor Vélez, tan dedicado al uso de la palabra pública, se preocupara tan poco de la oratoria como arte. Nunca lo oímos ocuparse bajo este aspecto de sus discursos, ni analizar para el elogio ó la censura los de los otros. Dímosle alguna vez á leer un volumen de Berryer, y nos lo devolvió haciéndonos notar solamente que varios de sus argumentos en el debate famoso sobre la «ley de disyunción» eran falsos bajo el aspecto jurídico. Recibía de manos de los taquígrafos las *pruebas* de sus discursos y no las devolvía, de tal suerte que se encuentra á cada momento en los Diarios de Sesiones la anotación siguiente : « Falta aquí un discurso del doctor Vélez ».

¿Era verdadera indiferencia, porque creía que la palabra hablada no debe sobrevivir á sí misma, yendo más allá del resultado alcanzado ó del efecto producido en el auditorio? Sólo añadiremos que

los trabajos de corrección le eran penosos y hasta difíciles, por esos defectos de la educación elemental, que nos son conocidos y que eran comunes á los hombres de su época.

Si un orador tan eximio no acostumbraba desenvolver teoría alguna sobre su arte, era también muy sobrio, como lo hemos dicho, en sus juicios respecto de los que abordaban al lado suyo la tribuna política. Sólo á veces, espaciando sus miradas por el pasado, solía recordar al doctor Agüero, ministro de Rivadavia, por su argumentación trabada y vigorosa. Leíamos en su presencia un fragmento de su nutrido discurso sobre la « Enfiteusis » — y el doctor Vélez nos decía : « Esto se llama razonar ». Ponderaba también en esas ocasiones al doctor don Manuel Antonio Castro, sobre todo cuando expuso, defendió y sostuvo en el mismo Congreso del 26 la parte de la Constitución concerniente á la organización del poder judicial ; recordando su tono solemne y su dicción tan fácil como rotunda : « Parecía un Cicerón », decía el doctor Vélez. — Podemos los abogados agregar con gratitud que el *Prontuario de Práctica Forense*, del doctor Castro, extraído del revuelto laberinto de los curiales españoles, es un modelo de composición, por la claridad, la precisión y sobre todo por su método.

## VII

Volvamos al doctor Vélez para concluir. Sobresalía el gran jurisconsulto argentino por sus dichos más incisivos que sarcásticos, y que circulando por todas partes daban á veces un tema si no un rumbo á la opinión. « ¿Qué buscaríamos en el pasado? dijo al día siguiente de Caseros y fundando la redacción de *El Nacional*. Este *pasado* tan vergonzoso y triste no tiene derecho para darnos lecciones », — y quedó por algún tiempo cegada la venenosa fuente de las recriminaciones personales. Llamó *boletos de sangre* á los que

acordara Rozas donando tierras por *servicios prestados á su tiranía*, y quedaron proscriptos en nuestra legislación. Dijo: *Batalla ganada; general perdido*, días después de una victoria célebre; y se creyó en aquel tiempo que había contribuído con esta frase poderosa á dar dirección á una política hesitante.

La interrupción en el debate no le estorbaba y le servía, por el contrario, para embarazar al adversario con una respuesta festiva ó fulminante. Habíase propuesto hacer adoptar sin discusión el proyecto del Código de Comercio, y un senador, conocido por su ignorancia en materias legales, exclamaba: « ¡Cómo sancionaremos sin examen, *á libro cerrado*, un código entero de leyes! » — « ¡Para qué abriría el libro el señor senador, respondía instantáneamente el doctor Vélez, si después de abrirlo, va á encontrar que tiene los ojos cerrados! » — Solía á veces decirse que sus citas jurídicas no eran siempre de buena ley, y quiso ponerlo á prueba uno de sus contradictores. Llega el momento. El doctor Vélez cita al jurisconsulto Toullier, y se oye una voz áspera exclamando: « Es inexacto: no lo dice Toullier. — Pues si éste no lo dice, lo dice su continuador Troplong », continúa el orador. — « Es también inexacto, replicó lo misma voz. — Pues, si no lo dice Toullier, contestó el doctor Vélez con acento grave, y no lo dice Troplong, lo digo yo, y aguardo la respuesta. » — Es fama que la contradicción tan resueltamente provocada no se hizo escuchar aquella noche.

## VIII

No había terminado la redacción del Código Civil, cuando vino el doctor Vélez á ocupar un puesto prominente como ministro del Interior en la administración del señor Sarmiento. Tuvimos entonces ocasión para observarle de cerca. Tenía el doctor Vélez prisa por concluir el trabajo, al que debía confiar la perpetuidad de su

nombre, y es á la verdad visible la precipitación del codificador en la última parte de su obra. No era fatiga ni desfallecimiento, pero se sentía urgido por los años, y el doctor Vélez solía decir que el libro más vasto quedando incompleto, es como un monumento deruido ó mutilado. *Finis coronat opus*. El fin no es un detalle de la obra sino su coronamiento.

Ocupábase, sin embargo, de su ministerio. Era muy matinal en las horas de su despacho, y recordamos haberlo encontrado una mañana caviloso y solo en el ministerio. « Pienso desde ayer, nos dijo respondiendo á una interrogación nuestra, sobre lo que este gobierno podría hacer rápidamente y que constituyese para el país una gran mejora. Recorro los adelantos modernos. Los ferrocarriles son costosos, lentos en su construcción y requieren capitales ingentes; los bancos, bajo cualquier forma, no son sino una dilatación del crédito que no puede ser improvisado por un acto administrativo. Y pasando de lo uno á lo otro, me he detenido, por fin, en los telégrafos que son tan útiles y tan baratos. El ingeniero Monetta calcula el costo de la línea en tantos pesos ». De este razonamiento tan sencillo salió nuestra red telegráfica.

Nosotros no habíamos comprendido el telégrafo hasta aquel momento, sino corriendo á lo largo de las vías férreas y adherido á su servicio. El doctor Vélez ejecutó los primeros telégrafos que ligaron entre sí las capitales de las provincias, aplicando ciertos fondos que habían sido incluídos en el presupuesto para *puentes y caminos*, y como fuera reconvenido en el Congreso, por haberlos distraído de su objeto, el doctor Vélez repelió el cargo diciendo que « el telégrafo era también un camino, el camino de la palabra ». Se afirmó en el Senado que los nuevos telégrafos sólo servirían para avivar las rencillas de barrio, llevando y trayendo chismes, y el doctor Vélez repuso que contribuirían, por el contrario, á suprimir la vida mezquina de la aldea, sirviendo al mismo tiempo poderosamente para desenvolver el sentimiento nacional.

Merced á la red telegráfica que iniciara el doctor Vélez, la vida



entera de la nación afluye hoy hasta el lugar más recóndito ó apartado y es conocida, momento por momento, por sus lejanos habitantes.

## IX

Elíjase cualquier escrito del doctor Vélez, el más desaliñado en su estructura, y se le encontrará mas ó menos animado por un pensamiento fuerte, ó siquiera por una intención que basta para salvarlo de lo insípido ó de lo mediocre. Este es su rasgo. Hay meditación ó inteligencia en cuanto sale de sus manos. Discútese actualmente sobre la mejor forma de colocar ó distribuir la tierra pública, y podrían reproducirse los artículos que ahora veintitres años escribió el doctor Vélez en *El Nacional* sobre la materia, porque contienen la mejor doctrina que pudieran nuestras leyes aplicar. La controversia de nuestros límites territoriales con Chile ha venido agitándose de año en año durante muchos, y no acertó á salir verdaderamente del cuadro que el doctor Vélez le había trazado en su primero y magistral alegato para abonar nuestros derechos. Hablando ó escribiendo, el doctor Vélez podía ser sofístico y hasta capcioso, no era nunca vulgar.

El doctor Vélez leía constantemente y nunca se le veía en su gabinete sino con el libro en la mano. El círculo de sus lecturas no era sin embargo extenso. Cultivaba el derecho bajo todos sus aspectos, incluyendo por cierto hasta el derecho canónico mismo, y la economía política en su parte doctrinal. Este era el teatro en que se movía habitualmente su pensamiento; y sólo de vez en cuando, para dar expansión á su espíritu, acudía á algún libro de historia como la del *Comercio*, por Scherer, ó de la *Civilización*, por Buckle. En los últimos años estudió la marcha constitucional de los Estados Unidos, de donde tuvo origen el magistral prefacio que escribió para presentar al público la traducción de *Curtis*, verificada por el señor Cantilo.

Pero el doctor Vélez no leyó jamás un romance ó una novela vieja ó nueva, ni aun el *Quijote*, ni aun la *Corina*, de madama de Staël, que hacía prorrumpir en delirios de admiración á los jóvenes de su época. ¡No conocía una escena de Molière sino á través de las comedias de Moratín que había visto representadas en el teatro! ¡De dónde rebosaba sin embargo en su espíritu la savia cómica? ¿De dónde venía esa profusión de dichos agudos, picarescos, penetrantes ó burlones, que chispeaban en su conversación? Hé ahí lo que ha desaparecido desgraciadamente y para siempre con el doctor Vélez, es decir, la faz si no la más luminosa, á lo menos más delicada de su inteligencia y á la que, por falta de preparación literaria ó de ocasión, no alcanzó á dar manifestaciones durables.

De esta suerte la posteridad más próxima no llegará á saber, como nosotros, sino por accidente y con asombro, que dentro del grave y profundo autor del Código Civil, había un hijo perdido de Terencio ó de Molière, que no acertaba á olvidar su ignorado origen ni aun bajo las alas soñolientas de la musa del protocolo. El caso no es, sin embargo, único. ¡No ha descubierto Savigny en su libro de los glosadores que el famoso *Accursius*, de la escuela de Bolonia, cuyos inmensos infolios han hecho crugir las bibliotecas durante siglos, se mostraba un hombre del ingenio más agudo, cuando hablaba sueltamente fuera de las compresiones del magisterio ó de la doctrina, como lo insinuá uno de sus contemporáneos? *Vir acutissimus in sermone libero*. El chiste malicioso se desbordaba también de los labios *galos* de M. Dupin, y este es otro punto que viene á establecer nueva semejanza entre los dos jurisconsultos.

## X

No hablamos de las leyes trascendentales que en el sistema interno de la provincia de Buenos Aires llevan al nombre del doctor Vélez, porque no se presta su exposición al carácter rápido de este escrito.

Nos referimos á las dos leyes con que, en enero y octubre de 1854, fué reorganizado el Banco de la Provincia y que han sido el punto de partida y la fuente de su grandeza.

No son una obra laboriosa de legislación, porque las verdaderas fuerzas económicas y sociales pueden ser puestas en movimiento con resortes muy sencillos. — Constan las dos de unos pocos artículos. Por la una se le daba cierto régimen independiente á la administración del Banco, para inspirar confianza, sustrayéndola á la acción caprichosa ó varia de los gobiernos. Se constituía por la otra una Caja de Depósitos á fin de atraer los ahorros de todas las clases sociales, y de devolverlos por el préstamo fácil á las industrias ó al comercio. Debe mencionarse igualmente la ley sobre redención de capellanías, que dejó libre la circulación de la propiedad raíz, completando el acto legislativo que prohibió las vinculaciones del suelo y que es uno de los timbres de honor que ostenta la célebre Asamblea de 1813.

Hemos señalado en otra ocasión la influencia que el doctor Vélez ha ejercido en nuestros estudios jurídicos, por las publicaciones del G. Meyner, del *Prontuario* de Castro, de las anotaciones y apéndices del Álvarez, y en fin, por su obra original sobre el *Derecho público eclesiástico*, cuya importancia ha trascendido más allá de las aulas. Hemos procurado también esa vez acentuar con algunos toques su fisonomía de jurisconsulto. Nada substancial podríamos agregar y no hay objeto en repetirnos (1).

Recordaremos solamente haber dicho que el doctor Vélez, en sus últimos años, era un jurisconsulto de la escuela de Savigny, y que creía en la *inmanencia* ó perpetuidad del derecho romano, no marcando, según su doctrina, las legislaciones posteriores sino las épocas sucesivas de su desarrollo. Recogemos este rasgo porque creemos que la concepción *Savigniana* del derecho, se amoldaba de todo punto á su índole intelectual.

(1) AVELLANEDA, *Escritos*, volumen I, páginas 60 á 80.

El doctor Vélez era nuevo, sin haber dejado de ser viejo. ¿Cuántas veces le hemos visto pasar de una página de Menodochius á otra de Mittemayer, sosteniendo que la obra de éste no era sino un desarrollo de la de aquél, después de tres siglos? Se ha dicho en una revista jurídica que el Código del doctor Vélez nos ha hecho romper con la tradición legislativa para adoptar la legislación francesa. Es un error. Para el codificador argentino, el Código de Napoleón no es sino una faz del derecho romano, cuyos adelantos busca en las leyes de Bélgica, de Francia, ó en las doctrinas de los jurisconsultos de Alemania, sin preocuparse de su raíz propia ó nacional.

Concluyamos. Pueblos apartados y nuevos, como el nuestro, no alcanzan á servir sino muy difícilmente de pedestal, para poder llevar un contingente al movimiento científico; y las tentativas que en este sentido se han hecho no muestran sino la esbeltez y la lozanía del ingenio argentino. Falta como atmósfera la tradición científica que es una guía, y como elemento individual de preparación la disciplina de los estudios profundos. No hemos cultivado desde la Colonia sino una ciencia, la del derecho; y no estábamos en consecuencia habilitados sino para producir un jurisconsulto. Lo hemos dado á nuestra época y debemos quedar contentos. El Código argentino es uno de los más vastos repertorios del derecho que puedan ser consultados, y el nombre de su ilustre autor empieza á ser mencionado por todas partes entre los jurisconsultos de nuestro siglo.

El doctor Dalmacio Vélez Sarsfield es sin duda el más importante entre los hombres de letras que pertenecen á nuestros tiempos intermedios, es decir, de los que nacieron en la Colonia, estudiaron en las universidades escolásticas y tuvieron que adaptar sus conocimientos á las nuevas necesidades de estos pueblos transformados por la revolución. El doctor Vélez llevaba sobre sí física y moralmente este doble sello, en su porte, que era doctoral y un poco *criollo*, en sus modales, que eran tal vez inferiores á su cultura

intelectual, en su elocuencia misma, que era el producto de altos estudios, mezclándose á formas, acentos y hasta frases que el refinamiento social habría suprimido. De este conjunto salió esa su fisonomía tan curiosa como característica.

La figura original de nuestro sabio codificador no volverá á reproducirse. Las generaciones nuevas han hecho su pleno advenimiento y el molde singular en que fué vaciado ha sido roto.

N. AVELLANEDA.

ACRECENTAMIENTO  
DE LOS  
GASTOS NACIONALES  
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

---

Entre los diversos estudios que pueden realizarse en relación con las finanzas de la República, pocos hay que sobrepasen en importancia al de la investigación de las causas á que obedece el continuo y extraordinario acrecentamiento de los gastos nacionales, porque él permitirá descubrir si son causas generales, producidas por verdaderas necesidades administrativas y por el mismo progreso del país — contra las cuales no podemos defendernos — ó si son, por el contrario, causas especiales, propias de nuestro estado social y político, y de nuestra deficiente práctica administrativa, contra las que podemos y debemos defendernos, las que producen el fenómeno aludido.

Los presupuestos nacionales experimentan, por regla general, desde 1862, un sensible aumento, habiendo sido muy pocos los años en que este hecho ha dejado de producirse. En 1862, el presupuesto subía á 3.577.881 pesos; tres años después, en 1864, esta cifra se dobla, llegando á 8.900.562 pesos. En 1871, ocho años más tarde,

se dobla de nuevo. En 1883, trece años después, el mismo hecho vuelve á producirse. Por fin, transcurridos ocho años, en 1890, la cifra se duplica con exceso. En el espacio de tiempo comprendido entre 1862 y 1890, la suma total presupuestada se ha doblado 19 veces. Desde 1890 el presupuesto general de gastos de la administración nacional ha crecido en las siguientes proporciones :

Años	Pesos papel	Pesos oro
1891.....	41.230.349 32	20.315.446 55
1892.....	42.344.356 45	11.517.017 99
1893.....	53.386.856 »	28.035.789 »
1894.....	64.729.355 58	14.514.067 04
1895.....	75.831.328 28	15.023.838 20
1896.....	105.022.058 »	15.811.338 »
1897.....	104.720.052 56	17.099.949 04

Se ve, pues, que en siete años, desde 1891 á 1897, los gastos autorizados á papel han tenido un aumento de 63.489.703 pesos y los á oro una disminución de 3.215.497 pesos. Reduciendo á oro los aumentos á papel, al cambio de 300 ‰, resulta un aumento de 21.160.000 pesos oro, que anulan sobradamente la disminución de la cuenta á oro. Luego se trata de un hecho constante, casi diría fatal, que se produce en nuestra administración, con todos los caracteres de una regla, y cuyo estudio no puede ser sino del mayor interés.

Si en vez de pretender estudiar la producción de este fenómeno en un país sudamericano, quisiera estudiarlo en uno europeo, esta investigación sería ociosa, porque allí la ciencia financiera, poderosamente ayudada por la estadística y por informes administrativos, ha comprobado que el aumento de los gastos públicos es un hecho constante, regular, que se produce, lo mismo en las pequeñas que en las grandes naciones, lo mismo en aquellas que viven agobiadas bajo el peso de los tremendos gastos militares que las aniquilan, que en aquellas que se encuentran substraídas por completo al ruinoso sistema de los armamentos y de la paz apoyada en los cañones; y

ha definido, al mismo tiempo, con notable claridad, cuáles son las causas productoras de este hecho.

En los países europeos, el acrecentamiento de los gastos nacionales responde, según un reputado autor, á las siguientes principales causas: 1° aumento del precio de la vida y de los salarios; 2° mayor extensión de las funciones del Estado ó de los servicios de que se encarga; 3° acrecentamiento de la deuda pública; 4° desarrollo de los gastos militares; 5° relajamiento del control producido por una gran prosperidad; y 6° democratización, cada día más grande, del gobierno.

En los países sudamericanos, y particularmente en la República Argentina, á la cual debe concretarse este estudio, el fenómeno del acrecentamiento de los gastos nacionales, responde á otras principales causas, aun cuando también ella no pueda substraerse á alguna de las que hacen sentir su influencia en las naciones europeas. País nuevo, como es, con escasa población, con un rico pero desierto territorio; con un organismo económico poco desarrollado, con carencia de hombres preparados en las prácticas administrativas; con partidos políticos indisciplinados; con pasiones belicosas que hacen á menudo estallidos sangrientos; con impaciencias y deseos de progreso que á veces lo confunden y lo precipitan, y con enojosas cuestiones de límites sostenidas con vecinos recelosos ó agresivos, las cuales determinan la necesidad de adquirir los elementos militares necesarios para defender el derecho, si el caso llega: — no es extraño que en la Argentina el aumento de los gastos públicos responda á causas diversas de aquellas que obran en Estados que cuentan por siglos sus años de existencia, con administraciones públicas perfeccionadas, con una vasta escuela de hombres preparados en la ciencia de las finanzas y del gobierno y con necesidades que, lejos de aumentar, deberían tender, más bien, á disminuir.

De suerte que, considerándolas en sus líneas generales, creo que no me aparto mucho de la verdad si establezco, como causas productoras del acrecentamiento de los presupuestos nacionales en la



República, las siguientes: 1° aumento de necesidades administrativas determinadas por el rápido crecimiento de la población; 2° aumento de la deuda pública; 3° depreciación de la moneda y encarecimiento de la vida; 4° guerras nacionales y extranjeras; 5° intervención del Estado como garantizador ó promotor de costosas obras públicas; 6° recargo producido por una costosa é imperfecta máquina administrativa; 7° deficiente fiscalización en la percepción de la renta y en los gastos nacionales; 8° mantenimiento del curso forzoso; 9° desarrollo de los gastos militares.

Una ligera exposición de cada una de estas causas, bastará para afirmar la verdad con que han sido indicadas, y para mostrar la intensidad, más ó menos grande, con que se manifiestan en el fenómeno que estudio.

La influencia de la primera causa es innegable, indiscutible, y basta enunciarla para admitirla. Creciendo nuestra población en una proporción extraordinaria, estimada por nuestro primer censo nacional en un 3.6 por 100 anual (1), debido, más que al crecimien-

(1) El censo nacional levantado el día 15 de septiembre del año 1869, reveló una población de 1.877.000 habitantes para toda la República.

El segundo empadronamiento nacional, del 10 de mayo de 1895, encontró una población de 3.954.770 habitantes.

Quiere decir, pues, que, en el espacio de 25 años, la población general ha tenido un crecimiento absoluto de 2.177.770, ó uno relativo de 122 %, que se convierte en un aumento anual de casi 4,8 %.

Este crecimiento, que es extraordinario, comparado con el que han tenido naciones que guardan mucha analogía con la Argentina, no se ha hecho sentir con igual intensidad sobre todo el país, sino principalmente sobre las provincias fluviales, y entre éstas la Capital. Así, resulta que, mientras estas provincias experimentan un crecimiento de 197 %, las del centro sólo presentan uno de 50 %, las mediterráneas ó del oeste, otro de 42 %. Por eso se ha dicho, con alguna verdad, por distinguidos pensadores argentinos, que la República es un cuerpo con una cabeza descomunal y con piernas muy estrechas.

En 1869, en una población de 1.877.000 almas, los argentinos sumaban 1.531.360: 745.793 varones y 785.567 mujeres. Extranjeros 211.992: 151.987 varones y 60.005 mujeres.

En 1895, en una población de 3.954.770 habitantes, los argentinos llegaron á 2.949.283 almas: 1.452.533 varones y 1.496.750 mujeres, y los extranjeros á 1.005.487: 633.424 varones y 372.063 mujeres, lo que quiere decir que estos últimos forman el 25 % de la población general.

to vegetativo, que siempre es lento, al gran aflujo de una inmigración numerosa, que ha convertido á nuestro país en uno de los primeros centros inmigratorios del universo, deben también crecer los gastos administrativos, como resultado de las mayores necesidades de seguridad, justicia, caminos, telégrafos, puentes, ferrocarriles é instrucción, que siente la República. Insensato sería el que pretendiera hacer inmutables los gastos nacionales, cuando todo se mueve, cambia y prospera á su alrededor. Si las rentas aumentan de una manera extraordinaria, siguiendo el desarrollo de la población, los gastos también deben crecer, si no en igual, porque no es de buena administración, en menor proporción.

Esto no quiere decir que sea permitido á los hombres encargados de votar anualmente los gastos públicos, hacer lo que se ha efectuado con tan funesto resultado en los últimos tiempos: estimar exageradamente el crecimiento de la población para aumentar, según él, los presupuestos; porque, como todos los engaños y alucinaciones, éste es siempre funesto. La crisis financiera porque atraviesa el Gobierno, desde muchos años atrás, no responde, en gran parte, á otro hecho. El abultamiento de los gastos nacionales trajo también, por espíritu de imitación, el de los gastos provinciales, municipales y aun particulares (1).

Quiere decir, pues, que en 1869, la población argentina representaba el 81.58 % de la total y en 1895 el 74.57 %.

Los extranjeros, respectivamente el 18,42 % y el 25 %.

(1) Crecimiento de los gastos presupuestados de la Nación y de las Provincias en los años 1886 y 1890, en pesos papel.

	Año 1886	Año 1890	AUMENTOS	
			Absoluto	Relativo %
Nación.....	40.788.385	71.469.000	30.680.615	42.92
Buenos Aires.....	15.325.323	24.314.609	8.989.286	36.97
Santa Fe.....	724.604	5.905.258	5.180.634	87.73
Entre Ríos.....	1.174.405	4.154.280	2.979.875	71.72
Corrientes.....	680.764	1.801.238	1.120.474	62.21
Córdoba.....	797.170	4.140.081	3.342.911	80.74
San Luís.....	391.587	498.182	106.595	21.39
Mendoza.....	292.735	1.435.158	1.142.423	79.60
San Juan.....	242.382	758.691	516.309	68.05
Rioja.....	133.317	728.277	594.960	81.69
Catamarca.....	171.592	820.857	649.265	79.09

El aumento progresivo y continuo de la deuda pública, es también otra de las causas que producen entre nosotros la elevación de los presupuestos nacionales. Desde el primer empréstito externo, de un millón de libras esterlinas, contraído por la provincia de Buenos Aires en 1822, y el cual pasó después á ser nacional, hasta nuestros días, muchos otros, que han gravado profundamente el crédito del país, se han contraído por la República, llegando la deuda nacional consolidada, á fines de 1897, á 474.713.522 pesos oro y 45.838.767 pesos papel.

Este guarismo de la deuda pública consolidada, se distribuye de la siguiente manera: Deuda externa: 277.031.522 pesos oro; Deuda interna 196.882.000 pesos oro y 45.838.767 pesos papel.

De los 196.000.000 pesos oro que corresponden á la emisión de fondos públicos de los bancos garantidos, sólo se hace servicio de intereses sobre 86.726.500, y de intereses y amortización sobre 3.500.000 pesos en títulos correspondientes á los bancos eliminados.

El uso del crédito, autorizado por la carta fundamental, « para urgencias de la Nación ó para empresas de utilidad nacional », ha llegado, en ciertos momentos, á convertirse en un verdadero abuso; pero debe decirse, en honor del pueblo argentino, que nunca ha repudiado el cumplimiento de sus compromisos, por más adversas que hayan sido las situaciones porque ha atravesado, y por más escasos que hayan sido sus recursos.

« El crédito, ha dicho juiciosamente Alberdi, es un recurso introducido en nuestras rentas argentinas desde la época y por las urgencias de la revolución contra España, como medio extraordinario y como elemento moderno de gobierno y de progreso industrial. Él procuró á las repúblicas de Sud América los recursos gastados en la lucha de su independencia, y recién empiezan á comprender que

Santiago.....	206.143	1.261.730	1.055.587	83.66
Tucumán.....	644.137	1.376.627	932.490	67.73
Salta.....	280.966	418.000	137.034	32.78
Jujuy.....	54.096	200.218	146.122	72.98

esa fuente misma es la que ha de darles los recursos para consolidar sus gobiernos é instituciones republicanas.

« Todas las constituciones argentinas, agrega, promulgadas ó proyectadas, admitieron el crédito público entre los primeros elementos del naciente tesoro argentino. Un convencimiento tan perseverante y uniforme no podía existir acerca de un recurso nominal y ficticio (1) ».

La República Argentina ha practicado, como se ha visto, desde que nació á la vida independiente, el uso del crédito con el fin de allegarse recursos, que su propio organismo financiero no le proporcionaba, para dedicarlos á la construcción de obras de utilidad nacional, ó á la defensa de su territorio.

Así, el empréstito de 1822 fué dedicado á la construcción del puerto de Buenos Aires, al establecimiento de pueblos en la nueva frontera y de tres ciudades sobre la costa, entre esta capital y el pueblo de Patagonia, y á dar aguas corrientes á la ciudad.

El segundo empréstito contraído por la Nación, después de reorganizada, fué destinado á hacer frente á los gastos que le exigía la guerra á que la provocó injustificadamente, en 1865, el tirano del Paraguay. Su importe alcanzó á 12.600.000 pesos oro, que fueron invertidos en su totalidad en el objeto á que estaba destinado.

El tercer empréstito nacional fué contraído en 1870, por la cantidad de 5.214.888 pesos, estando en el gobierno el señor Sarmiento, y se destinó á la construcción de obras públicas.

Después de estos, se han celebrado: el de 1871, por 30.856.896 pesos; el de 30 de octubre de 1872 y de julio 27 de 1873, por 10.285.632 pesos; el de 2 de octubre de 1880, por 12.348.000 pesos; el de 3 de noviembre de 1881 y 5 de septiembre de 1882, por 4.117.680; el de 12 de octubre de 1882 y 28 de junio de 1883, por 8.571.000 pesos; el de 27 de octubre de 1882, por 20.000.000 de pesos, para el puerto de Buenos Aires; el de 21 de octubre de 1885,

(1) Vease ALBERDI, op. cit., tomo 4, página 370.

por 42.000.000; el de 16 de octubre de 1885 y 9 de octubre de 1886, por 20.000.000 de pesos; y el de 1891, de 75.000.000 de pesos oro, destinado al servicio de la deuda pública y garantías de ferrocarriles.

Muy lejos de mi espíritu está el pretender condenar en absoluto el uso del crédito. La ciencia financiera ha reconocido que este es un medio benéfico á que los pueblos pueden recurrir, en ciertos momentos de su vida, para allegarse recursos á fin de impulsar más rápidamente su progreso. Y si este recurso se practica por países europeos, de grandes capitales acumulados, con mayor razón debe aceptarse en países americanos, donde todo tiene que improvisarse é impulsarse, los capitales como las industrias y el comercio. En éstos, el capital proveniente de los empréstitos es una habilitación que les ofrecen los países europeos para que puedan trabajar y prosperar.

No desconozco, pues, las ventajas de este medio de arbitrarse recursos que tienen los pueblos modernos; pero no puedo dejar de reconocer que su empleo es siempre peligroso y delicado, y que, á veces, puede prestarse á grandes abusos, sobre todo, cuando no se da á los fondos el destino con el que fueron buscados.

En la República Argentina, debido al uso del crédito, se han llevado á cabo muchas obras de utilidad nacional que, por otro medio, no habrían podido ser realizadas (1); pero también una buena parte del producto de los empréstitos ha tenido un destino muy diverso de aquel para que fueron contraídos.

El empréstito de 1822, destinado, como se ha visto, á la construcción de un puerto, á dotar de aguas corrientes á la ciudad y á a fundación de pueblos, fué dedicado á sufragar los gastos que oca-

1) En sólo tres obras, se han invertido pesos oro 115.714.843, á saber :

Ferrocarriles.....	54.881.520
Obras de salubridad.....	32.650.000
Puerto de la Capital.....	28.183.323
	<hr/>
	115.714.843

sionaba la guerra con el Brasil; empleo patriótico y merecido, que ningún argentino puede condenar sin injusticia.

El empréstito de 1865 tuvo por objeto atraer fondos para hacer frente á la guerra con el Paraguay, empleo también patriótico, que ningún argentino puede condenar sin hacerse una ofensa.

El empréstito de 1870 fué contraído para sufragar los gastos de diversas é importantes obras públicas, como caminos, puertos y ferrocarriles; pero una gran parte de él fué invertida en dominar los últimos restos del caudillaje alzado en la provincia de Entre Ríos.

De los demás empréstitos, una buena suma ha servido para hacer frente á los gastos que exigía la dominación de las rebeliones que han estallado en la República.

Para que se comprenda cuál es la influencia que esta causa ha ejercido en el crecimiento de los gastos públicos, basta saber que en 1870, para no ir más lejos, el presupuesto total ascendía á 14.486.995 pesos, y que de esta suma, 7.323.012 pesos, ó sea el 50.56 %, estaban destinados al servicio de la deuda. En 1872, el servicio de la deuda absorbía 17.286.600 pesos, lo que representaba un 60.40 % de la suma total presupuestada. En 1890, el servicio de la deuda exigía 18.000.000 pesos en un presupuesto de 71.000.000, ó sea el 26 % de la suma total. Pero si se tiene en cuenta que, tanto en éste, como en los demás presupuestos, figura, reducida á papel, una fuerte suma de la deuda que debe ser servida á oro, se comprenderá fácilmente que, por la gran depreciación que ha experimentado la moneda fiduciaria, la cantidad de 18.000.000 se elevará tal vez á 36.000.000, y la cifra proporcional subirá también de 26 á 50 %.

En 1897, en un presupuesto de gastos autorizados que asciende á 17.099.949,04 pesos oro y 104.720.052,56 pesos papel, el servicio de la deuda pública, interna y externa, exige un desembolso anual de 14.244.069,04 pesos oro y 4.303.033,92 pesos papel.

Reducidas á oro las cantidades que figuran á papel, al tipo de 300 %, resulta que, sobre un presupuesto de 52.006.566 pesos

oro, el servicio de la deuda demanda 15.678.413 pesos oro, lo que representa el 29 % de los desembolsos totales.

Otra de las causas que también concurren entre nosotros al aumento de los gastos públicos, es la que se deriva de la depreciación de la moneda y del consiguiente encarecimiento de la vida.

El fenómeno de la depreciación de la moneda no es propio de nuestro país, sino que se observa con la misma constancia en todos los países del universo. Después de las grandes extracciones de oro, practicadas, sobre todo, en los últimos tiempos, en California y en Australia, el precio de este metal, regulador de todos los valores, ha bajado notablemente, y, por una razón inversa, el de los productos, artículos ó manufacturas necesarios para la vida, ha subido también.

Aparte de este fenómeno general, en la República Argentina ha contribuído particularmente á la depreciación de su medio circulante, el cambio, experimentado en 1882, de la moneda corriente por moneda nacional.

No obstante de representar cada uno de los pesos de esta unidad monetaria, 24 pesos 19 centésimos de la otra, en la práctica ordinaria de la vida han venido á ser confundidos como si se tratase de valores idénticos, de tal manera que puede afirmarse sin exageración, que hoy un peso nacional equivale, en las transacciones comerciales, á un peso de la antigua moneda corriente.

Influído por este fenómeno, el Estado se ha visto obligado á aumentar también, en la misma proporción, la remuneración de todos sus empleados, y los demás gastos.

Otra causa, y no la menor, del aumento experimentado por los gastos públicos, es debida á las guerras, nacionales é internas, que ha soportado la República desde que se independizó, en 1816, hasta 1893.

La influencia de las guerras en los gastos nacionales se hace sentir, no sólo en los momentos en que ellas tienen lugar, por la compra de armas y municiones, por el transporte y alimentación de tropas

que exigen, sino muchos años después, por los perjuicios que irrogan, los cuales es preciso indemnizar; por el recargo en el capítulo de las pensiones, y por las deudas que quedan en tramitación, y las cuales van gravando sucesivamente los diversos presupuestos en que se abonan.

Las cantidades satisfechas por el tesoro público en este género de erogaciones debían figurar con grandes números en las publicaciones oficiales, á fin de que fuesen aprendidas de memoria por todos los argentinos y por todas las personas revestidas de autoridad, porque, si una parte de ellas ha sido empleada en defender el honor nacional atacado en el exterior, otra, no menos considerable, ha sido destinada á sostener la guerra entre hermanos.

El año 1822, como se ha visto, la provincia de Buenos Aires, ó mejor dicho, la República, contrajo el primer empréstito exterior por 1.000.000 de libras esterlinas, y su producto fué dedicado á sufragar los gastos que ocasionaba la guerra con el Brasil. No sólo invertimos esta cantidad, sino que hasta hace poco se ha estado liquidando y abonando créditos por esta causa, los cuales suben á cifras considerables.

El año 1865, la Nación fué injustamente provocada á una guerra exterior por el gobierno del Paraguay y gastó en ella, hasta fines de 1875, 29.936.516,84 pesos fuertes. Lo gastado posteriormente, con motivo de esta guerra, no se conoce de una manera oficial, pero puede asegurarse que es suma muy importante.

El año 1863 se rebeló el Chacho en los llanos de la Rioja, y posteriormente otros caudillos levantaron su bandera, manchada con sangre de hermanos, en diversas provincias argentinas. Todas estas rebeliones, además del retroceso que han importado para el juego regular de las instituciones que se ha dado el país, y del descrédito que sobre el mismo proyectaron, han insumido una buena parte de las rentas generales. Así, el capítulo de los gastos públicos tiene una partida que dice que, hasta fines de 1875, se habían invertido, en «Rebeliones en el Interior, en diversas fechas», 3.685.512,28 pesos fuertes.



Pero, no ha sido este el único sacrificio de dinero que las luchas entre hermanos han exigido al tesoro público. Otros, y otros, que no se sabe cuándo terminarán, lo han agobiado en épocas posteriores.

En 1870 se inició en Entre Ríos, con el asesinato del vencedor de Caseros, la primera de las rebeliones encabezadas por López Jordán, que debían llenar de sangre á aquella hermosa provincia, talar su rico territorio, y echar sobre el tesoro de la Nación el peso de gastos agobiadores. Hasta fines de 1877 se habían gastado en las dos primeras rebeliones de Entre Ríos 13.128.951 pesos fuertes, con 72 centavos. ¿Cuánto se ha invertido después? No se sabe exactamente, pero puede afirmarse que la suma es considerable.

El año 1874 estalló en Buenos Aires una revolución, encabezada por un eminente hombre de estado. Se proponía protestar, con las armas en la mano, contra un fraude electoral desvergonzado. Esta vez, aun cuando la revolución estallaba en el pueblo, había sido incubada en las regiones oficiales. La actitud de una de las ramas del parlamento, que había aceptado registros electorales falsificados, la justificaba. Y bien; hasta fines de 1878, se invirtieron en sofocar esta revolución pesos fuertes 7.645.359,87, y posteriormente pesos fuertes 1.264.856,55. Es decir, pesos fuertes 8.910.216,42.

El año 1878, la provincia de Corrientes, que durante las rebeliones de Entre Ríos había guardado una actitud tranquila, pacífica, que había servido con sus hombres á la causa nacional, quiso darse también el placer de hacer una revolucioncita. La pobre, cansada de ser virtuosa, quería echarse por el camino de las aventuras guerreras. La historia no conoce la causa ostensible de este movimiento, pero se contenta con saber que, para dominarlo, fué necesario emplear pesos fuertes 175.287,14.

Pero, no termina aquí la lista de nuestras guerras civiles; dos, muy importantes, nos faltan. En 1880 estalló una formidable rebelión encabezada por el gobernador de Buenos Aires y por un poderoso partido político que, titulándose de principios, no tenía inconveniente en solicitar el poder oficial de este mismo gobernador.

Fué vencida, en los combates del 20 y 21 de junio de ese año. La federalización de Buenos Aires fué la consecuencia de este triunfo. Pero, ¿cuánto se invirtió en sofocar esta rebelión? Los documentos oficiales que he consultado dicen que se gastaron 4.231.347,07 pesos.

El 26 de julio del año 1890 estalló en Buenos Aires otra revolución, apoyada en una parte del ejército y de la armada. La duración de este movimiento, concentrado casi exclusivamente á una zona central de la capital—la manzana en que está situado el Parque de Artillería (1)—fué muy corta, apenas tres días—por cuyo motivo las erogaciones y sacrificios que reclamó fueron también limitados. La cuenta de inversión del año 1890 y de los siguientes, revela que se gastó con motivo de esta revolución la suma de 668.215 pesos papel.

Pero, no debía detenerse ahí el espíritu revolucionario de los varoniles hijos de esta heroica nación sudamericana. El año 1893, existiendo un gobierno general que, aun cuando adolecía de algunas imperfecciones, como toda obra humana, mantenía una administración honrada y progresista, que impulsaba al país hacia la solución de importantes problemas internos y externos, tanto en el orden político, cuanto en el financiero, estalló otro movimiento revolucionario, con profundas ramificaciones en diversas secciones del país y en el personal del ejército y de la armada, el cual, felizmente, fué sofocado á tiempo, no sin producir grandes pérdidas de vidas y lesión de importantes intereses materiales.

Consultando las diversas partidas anotadas en la cuenta de inversión de los gastos nacionales, se ve que el Estado gastó en sofocar esta revolución alrededor de 2.547.734 pesos papel.

Si á todas estas cantidades invertidas en guerras agregamos las gastadas en intervenciones, llevadas á las provincias por el poder central con diversos motivos, unas veces para reponer autoridades

(1) Lavalle, Tucumán, Talcahuano y Uruguay.

legales depuestas por sediciones, otras para restablecer autoridades ilegales derrocadas por la opinión, y otras para derribar gobiernos constitucionales, vemos que la partida de los gastos por guerras sube considerablemente.

Así, entre los años 1879 á 1882 se gastaron 35.147,81 pesos en llevar intervenciones á la Rioja. En 1888, 8.000 pesos en una intervención á Córdoba, para derrocar á un gobernador legalmente elegido.

En 1882 y 1885, 4.671,66 pesos en intervenciones en Santiago, para implantar una dinastía política. En 1889, 5.000 pesos en una intervención llevada á Mendoza, la cual dió por resultado la salida del gobernador legal. De 1881 á 1887, 12.838 pesos con 77 centavos en intervenciones á Jujuy.

Sarmiento gastó 10.000 pesos en intervenciones; Avellaneda 94.919,58 pesos; Roca, 45.108,99 pesos; Juárez, 26.161,32 pesos; Pellegrini, 67.990,31 pesos; Sáenz Peña, 923.995,33 pesos, y Uriburu (un año) 339.709,99 pesos.

Tenemos, así, una partida de 1.508.791,30 pesos, gastados en intervenciones, desde la administración Sarmiento, que debemos agregar á los gastos ocasionados por las guerras (1).

(1) He aquí lo que se ha gastado en intervenciones federales desde 1890:

Provincias	Sumas gastadas en pesos papel
Mendoza (1890).....	1.980 »
Catamarca (1891).....	4.093 »
Mendoza (1892).....	21.071 14
Catamarca (1892).....	7.000 »
Santiago del Estero (1892).....	25.826 17
Corrientes (1892).....	10.000 »
Santiago del Estero (1893).....	19.219 04
Buenos Aires (1893).....	299.077 86
Catamarca (1893).....	61.673 23
Santa Fe y San Luís (1893).....	157.661 35
Corrientes (1893).....	130.426 39
Santiago del Estero (1894).....	374 15
Buenos Aires (1894).....	63.908 89
Catamarca (1894).....	15.944 16
Santa Fe y San Luís (1894).....	87.291 48
Corrientes (1894).....	2.718 50
Tucumán (1894).....	85.000 28
Santiago del Estero (1895).....	1.600 »

Tenemos, pues, cerrando este triste capítulo de nuestros errores nacionales — que la Nación ha invertido en guerras é intervenciones, desde 1865, las siguientes partidas:

	Pesos papel
Guerra del Paraguay.....	29.936.516 84
Rebeliones del interior.....	3.685.512 28
Rebeliones de Entre Ríos.....	13.128.951 72
Revolución de 1874.....	7.645.359 87
Revolución de Corrientes.....	175.287 14
Revolución de 1880.....	4.231.347 07
Revoluciones en las provincias, en 1878.....	21.700 46
Revolución de 1890.....	668.215 36
Revolución de 1893.....	2.547.734 »
Intervenciones federales en las provincias.....	1.508.791 30
Total.....	63.549.416 04

Esta suma de 63.549.416,04 pesos, está muy lejos de representar las verdaderas y totales erogaciones originadas por las guerras, porque algunas de las cuentas no estaban definitivamente cerradas en la fecha á que se refieren los datos, y porque muchas veces figuran en las cuentas de inversión, con denominaciones diversas, gastos hechos en rebeliones y guerras; pero, asimismo, sirve para dar una idea del enorme sacrificio que éstas han representado para el tesoro de la Nación; y muestra hasta qué punto las guerras han contribuído á acrecentar los gastos nacionales.

La intervención del Estado como garantizador ó promotor de costosas obras públicas, es otra de las principales causas del aumento de los gastos nacionales.

La carta fundamental ha encomendado al Congreso, sabiamente, que « promueva la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias,

Catamarca (1895).....	565 40
Santa Fe y San Luís (1895).....	231.374 29
Tucumán (1895).....	1.569 55
Santiago (1895).....	51.606 86
La Rioja (1895).....	52.993 89

la importación de capitales extranjeros y la exploración de los ríos interiores, por leyes protectoras de estos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulos» (1).

Al proceder así, los constituyentes no han hecho sino inspirarse en el estado embrionario del país para el cual legislaban. En las viejas naciones europeas, donde existen crecidos capitales acumulados, donde la iniciativa industrial y de empresa lo abarca todo, donde el espíritu comercial é industrial se encuentra muy desarrollado, muchas de las prescripciones de la Constitución serían inconvenientes ó extemporáneas. Pero, entre nosotros, donde los capitales propios son escasos, donde, para emplear una frase de un distinguido pensador argentino, somos « naturalmente ricos, pero económicamente pobres », el Estado tiene que hacerlo todo, desde convertirse en empresario, hasta auxiliar con fuertes primas ó estímulos el establecimiento de industrias ó la introducción de capitales y de habitantes.

Es esa, y no otra, la razón por qué en nuestros presupuestos figuran anualmente fuertes partidas para construir telégrafos, ferrocarriles, fomentar la inmigración, garantizar el establecimiento de nuevas industrias y acelerar el movimiento inmigratorio.

Luego, estos estímulos ó garantías insumen cada año una fuerte porción de los gastos totales. Así, hasta fines de 1875, la Nación había invertido :

	Pesos fuertes
En construcciones de telégrafos.....	1.220.651 »
En construcciones y garantías de ferrocarriles.....	15.877.930 13
Fomento de la inmigración.....	851.117 36
Fomento de la agricultura.....	99.765 72
Trabajos públicos y edificios fiscales.....	3.400.375 17
Total.....	<u>21.449.899 38</u>

Esta suma de 21.449.899,38 pesos fuertes, gastada desde 1863 hasta 1875, ha gravado considerablemente los presupuestos de todos

(1) Artículo 67, inciso 16, de la Constitución.

esos años. Pero, desde 1875 á la fecha, este género de erogaciones no ha hecho sino aumentar, en virtud de las exageradas ideas de progreso que han dominado á los legisladores, como lo comprueban las siguientes cifras :

Desde 1875 hasta 1889 inclusive, se ha gastado por el tesoro nacional :

	Pesos papel
En construcciones y reparaciones de telégrafos.....	3.582.526 86
En construcciones y garantías de ferrocarriles.....	41.542.104 79
En inmigración, colonización y tierras.....	6.606.356 93
En trabajos públicos y edificios fiscales.....	60.265.060 25
Total.....	111.996.048 83

Sólo la garantía acordada por la Nación á la construcción de ferrocarriles ha exigido, en 1888, la crecida suma de 6.037.600 pesos.

El año 1887 la Nación acordó al señor Houston una subvención para establecer un servicio de vapores, y otra al señor Tornquist para establecer una refinería de azúcar, alcanzando la suma de ambas á 8.914.400 pesos oro, lo que representa un desembolso anual, por garantía, de 461.720 pesos oro.

Los capitales garantidos á ferrocarriles, cables, usinas, refinería de azúcar y líneas de navegación, hasta el 19 de noviembre de 1889, ascendían á la suma de 397.181.472 pesos oro, que exigían un servicio anual de 22.676.895 pesos oro también.

Es cierto que una gran parte de estas garantías no se hará efectiva, es cierto que la concesión Houston no se ha realizado, que de la garantía acordada á la refinería no se ha solicitado hasta ahora el pago; es cierto que muchas han sido declaradas caducas; pero, con todo, el monto de las que pesarán sobre el tesoro público será muy considerable, y no hará sino retardar el anhelado equilibrio entre los recursos y los gastos anuales.

Desde el año 1890 hasta 1895 inclusive, este capítulo de los gastos públicos ha tenido entre nosotros un desarrollo exagerado. Á pesar de las penurias porque atravesaban las finanzas, del empréstito

moratoria que imponía á la administración un régimen de abstinencia y de sobriedad fiscal, para conseguir el desahogo á que aspiraban el presidente y el ministro que lo propusieron al congreso, los gastos por construcción y garantía de ferrocarriles, por inmigración, colonización y tierras públicas, y, principalmente, por construcción de obras y de edificios fiscales, alcanzaron á cifras fabulosas.

Así, agrupando esta diversa naturaleza de gastos en un solo capítulo, se ve que el monto de las erogaciones realizadas en el expresado período de 1890-1895 alcanzó á 43.844.196,77 pesos papel y 12.609.785, 16 pesos oro, divididos así:

	Pesos papel	Pesos oro
En construcciones y reparaciones de telégrafos.	1.419.258 48	—
En construcciones y garantías de ferrocarriles.	19.248.267 06	3.867.313 45
En inmigración, colonización y tierras.....	2.166.176 09	—
En trabajos públicos.....	<u>21.010.495 14</u>	<u>8.742.471 71</u>
Totales.....	43.844.196 77	12.609.785.16

En las sucesivas cuentas de inversión de los gastos nacionales, la partida consagrada al pago de garantías de ferrocarriles figurará con cantidades reducidas, debido á la circunstancia de que en 1895 y 1896, en cumplimiento de una ley del congreso, el poder ejecutivo celebró acuerdos con las diversas empresas, para rescindir las respectivas garantías, que de manera tan gravosa pesaban sobre el tesoro público.

La base principal de estos arreglos consistía en la renuncia, por parte de las empresas, de la garantía á que tenían derecho por su ley-contrato, mediante la entrega que les hacía la Nación de títulos de 4 % de interés y de 1/2 % de amortización, en una cantidad que compensase equitativamente la suma total que la empresa habría recibido durante la vigencia de la garantía, y el desembolso que, en consecuencia, habría realizado la Nación.

Los ferrocarriles cuyo capital estaba garantido por la Nación, la tasa de interés de la garantía y el monto del capital que representaban, figuran en el siguiente cuadro:

Empresas	Interés %	Capital pesos oro
Pacífico.....	7	13.811.415
Gran Oeste.....	7	10.331.479
Villa María á Rufino.....	6	4.083.120
Bahía Blanca y Noroeste .....	5	4.110.693
Noroeste Argentino .....	5	1.942.605
Argentino del Este.....	7	4.386.966
Nordeste Argentino .....	6	7.289.134
Transandino.....	7	3.720.207
San Cristóbal á Tucumán.....	5	12.025.089
Central Córdoba.....	5	21.000.000
Total.....		<u>82.700.700</u>

Para rescindir cada una de las garantías anteriores, el gobierno ha debido entregar, á las compañías, títulos de 4% de interés y de  $\frac{1}{2}$ % de amortización, creados por la ley número 3350 del 11 de enero de 1896, en la siguiente proporción:

Empresas	Monto nominal de los títulos emitidos en pesos oro
Pacífico.....	1.900.000 »
Gran Oeste.....	2.500.000 »
Villa María á Rufino.....	1.850.000 »
Bahía Blanca y Noroeste .....	2.262.929 43
Noroeste Argentino (Compra del gobierno) .....	1.822.295 67
Argentino del Este (contratado <i>ad referendum</i> ).....	3.780.000 »
Nordeste Argentino .....	11.500.000 »
San Cristóbal á Tucumán (el gobierno compró la sección San Cristóbal á Tucumán) .....	<u>10.584.472 80</u>
Total.....	36.199.697 90

Se ve que el capital nominal empleado para rescindir las garantías de los ferrocarriles se eleva á 36.119.697 pesos oro, suma que representa un desembolso anual, por interés y amortización, de 1.628.986 pesos oro.

Desgraciadamente, esta operación ha sido desnaturalizada por la compra que ha hecho el gobierno de dos líneas improductivas, sin que hayan sido muy convincentes las razones de política económica, de estrategia ú otras que determinaron su adquisición.



He colocado también entre las causas productoras del enorme acrecentamiento de nuestros gastos nacionales, la que se deriva de la costosa é imperfecta máquina administrativa que el país se ve obligado á mantener.

Es este uno de tantos tributos que pagamos á nuestra corta experiencia, al estado de convulsión en que hemos vivido, á la ignorancia de las buenas reglas administrativas y al desdén con que miramos todo lo que implica una economía. Jóvenes, como somos, nos hemos disipado en guerras que han retardado nuestra organización, recargado las rentas y perturbado el gobierno. Nuestros gobiernos han sido más políticos que administrativos, olvidando que la estatua más merecida que puede levantarse en este país, está destinada para el hombre que no haga más que «administrar».

En vista de estas razones, el motor de la máquina administrativa ha funcionado hasta aquí con muchas imperfecciones, empleando más combustible del necesario y dejando escapar por sus grietas una gran parte de sus fuerzas. El personal de empleados ha crecido en proporciones exageradas, gravando considerablemente al tesoro.

En 1864 tenía la administración 12.353 empleados; en 1873, 15.050; en 1882, 26.756; en 1887, 28.661; en 1888, 31.155; en 1890, 32.953; en 1892, 32.867; en 1894, 37.843; y en 1896, 43.952; exigiendo la remuneración de estos empleados, en 1864, 2.961.456 pesos; en 1873, 4.941.660; en 1882, 9.383.628 pesos; en 1887, 17.175.225 pesos; en 1888, 20.099.160; en 1890, 25.990.740; en 1892, 24.319.896; en 1894, 31.697.792 pesos y en 1896, 39.800.095 pesos.

Entretanto, no conozco ninguna investigación legislativa ó administrativa, tendente á demostrar que este continuo y progresivo aumento de personal responde á verdaderas y sentidas necesidades, habiéndome demostrado, por el contrario, mi experiencia administrativa, que todas las oficinas públicas rebosan de empleados completamente inútiles, cuya supresión sería un doble bien para el Estado y para los mismos interesados.

La deficiente fiscalización porque pasan en la República la percepción y la inversión de las rentas nacionales, es también otra de las causas que, á mi juicio, producen el fenómeno que estudio.

En un país donde el control legislativo de los gastos y de las percepciones no existe, donde la fiscalización administrativa es deficiente; donde la máquina de la administración funciona imperfectamente, debe haber, cada año, un exceso de gastos por esta causa; y así sucede en la República. Puede decirse, sin exageración, que el día que entre nosotros se ejerza un control severo y continuo de las rentas que se perciben y gastan, se habrán economizado para el estado fuertes sumas que hoy se pierden.

En tiempos de crisis, en momentos de dificultades financieras, surgen como hongos, en las columnas de la prensa diaria, los curanderos que ofrecen diversos sistemas para conjurarlas. Pero, á ninguno de estos financistas de ocasión se le ocurre presentar este medio sencillo para aumentar las rentas: administrar.

Otra causa que he colocado entre las que determinan el crecido aumento de los gastos nacionales, es la que se deriva del curso forzoso en que desde muchos años vive el país.

Un ejemplo muy reciente va á hacer más perceptible la influencia de esta causa. En 1897, en el presupuesto correspondiente, la Nación destina la suma de 14.244.069 pesos oro para el servicio de la deuda consolidada, de los cuales 12.392.150 pesos oro corresponden á la deuda externa y 1.851.918 pesos oro á la interna. La deuda interna á papel sube á 4.303.033 pesos.

Además de los desembolsos originados por el servicio de la deuda pública, la Nación ha tenido en los últimos años, y los tiene todos los días, otros cuantiosos, exigidos por la apremiante necesidad de completar el armamento terrestre y marítimo que le imponía una política internacional previsorá y defensiva.

Durante el memorable ministerio del doctor Juan José Romero (1895 á 1896), en que los temores de guerra llegaron á asumir proporciones más definidas, y en que, por lo mismo, fué preciso consa-

grar mayores recursos á la adquisición de elementos bélicos, se mandó á Europa, con este fin, y para el servicio de la deuda, la suma de libras esterlinas 4.327.000 y marcos 10.000.000 en 1895, y libras esterlinas 3.660.000 en 1896; en dos años se enviaron entonces libras esterlinas 7.987.000, además de marcos 10.000.000 provenientes de un crédito abierto por el Disconto Gesellschaft; libras esterlinas 300.000 por S. S. Morgan y libras esterlinas 150.000 por Baring Brothers; todo en condiciones muy liberales.

Ahora bien, cotizándose el metálico á razón de 300<sup>o</sup>/<sub>o</sub>, ó habiendo alcanzado, más bien, la depreciación del billete fiduciario hasta 200<sup>o</sup>/<sub>o</sub>, la Nación, en vez de 39.935.000 pesos oro, para el servicio de la deuda y para armamentos, hubiera tenido que dedicar 119.805.000 pesos de su papel depreciado para efectuar el mencionado servicio. Es indudable, pues, que si el peso nacional no se encontrase tan depreciado, el gobierno tendría que destinar una parte más pequeña de sus entradas para hacer frente á este género de erogaciones.

He incluido también entre las causas que concurren entre nosotros á determinar el fenómeno del acrecentamiento de los gastos nacionales, la que se deriva de los cuantiosos desembolsos pecuniarios que se ha visto obligada á efectuar la República en los últimos años, aconsejada por una política internacional prudente, previsora y circunspecta; y aun cuando esta causa, por el orden en que ha sido colocada, figura al fin de las ya enumeradas, en rigor de justicia, debía aparecer entre las más importantes, porque su influencia sobre los gastos públicos ha sido agobiadora.

El estudio de este factor financiero es casi inédito, ha sido esbozado apenas por los poderes públicos. Por eso se me perdonará que lo trate con alguna extensión.

Las crecidas erogaciones que el tesoro de la Nación ha realizado en los últimos años para completar el poder militar, naval y terrestre, á fin de poner á ésta en situación de defender su derecho, en

caso de que fuese desconocido, nunca para atentar contra la integridad ó existencia de los países vecinos — y asegurar la paz internacional, que es el bien más precioso de los pueblos — *si vis pacem, para bellum* — tuvieron, puede decirse, origen en el año 1889, en cantidades dignas de ser mencionadas especialmente.

El primero de marzo del expresado año, el gobierno que dirigía los destinos de la República, consultando poderosas razones de política defensiva internacional, y alarmado, sin duda, por el ruido de armas que se oía en alguno de los países vecinos, resolvió, por un acuerdo de la misma fecha, invertir la suma de 3.689.038,08 pesos (la cuenta de inversión no dice si eran oro ó papel, porque no contenía esta distinción; pero deben ser papel, el cual se cotizaba en relación al oro, con una depreciación de 80 %/, término medio del año) en la adquisición de buques y de material de guerra.

Como las amenazas de una agresión internacional, lejos de disiparse, se condensaban en una nube que obscurecía el horizonte por el lado del occidente, los hombres de gobierno de la República, obrando con toda prudencia y previsión, llevaron á las deliberaciones del parlamento un proyecto que fué convertido en ley, el 17 de septiembre de 1891, por virtud del cual se aprobaba el ya conocido acuerdo del 1° de marzo de 1889, y se autorizaba el desembolso de 4.000.000 de pesos oro para completar todas las anteriores adquisiciones militares.

Subsistiendo las mismas consideraciones, el congreso volvió á votar, el 4 de enero de 1894, un crédito de 6.000.000 de pesos oro para « completar los armamentos de la República ».

Habiendo demostrado la experiencia que este último y los anteriores créditos votados, eran insuficientes para mantener con energía el programa de política internacional defensiva y espectante que se había trazado la República, el congreso, en 1895, facultó nuevamente al poder ejecutivo para adquirir armamentos por valor de 10.300.000 pesos oro, y aprobó el gasto de 1.300.000 pesos oro en que se había excedido aquél, con el mismo fin.

derables sumas en aprestos bélicos se habían dado, las adquisiciones efectivas se hicieron en pequeñas cantidades, ó bien porque las administraciones no prestaron la debida atención á esta materia, ó porque no tuvieron á la mano los recursos necesarios. Yo me inclino á creer lo segundo. Así, se ve que en la cuenta de inversión de las rentas nacionales correspondientes á los años 1890 á 1894, sólo se registran los siguientes desembolsos realizados con este fin: año 1890, 2.064.871,42 pesos papel; año 1891, 1.085.332,51 pesos papel; año 1892 (ley 17 de septiembre de 1891), 2.170.754,70 pesos oro; año 1893 (ley 17 de septiembre de 1891), 2.020.801,40 pesos oro; año 1894 (ley citada), 1.098.610,13 pesos oro.

Como se ve, todos estos gastos efectivos, verificados, hacen una suma total de 5.290.166,23 pesos oro, y 3.150.203,93 pesos papel, ó de 6.340.234.20 pesos oro, convirtiendo el papel á oro al tipo de 300 ‰.

Esta suma de 6.340.234 pesos oro representa, sin duda alguna, de parte del tesoro público, un considerable esfuerzo, que habla muy alto en favor de los funcionarios que lo llevaron á cabo. Pero, el gran esfuerzo, el más meritorio, el más increíble y extraordinario de cuantos se han realizado en el país, es el desplegado por la administración del señor Uriburu, durante el memorable ministerio de Hacienda del señor doctor Juan José Romero.

La desgraciada cuestión de límites con uno de los países vecinos, según lo dijo el mismo ministro en nota oficial, había suscitado en el país un sentimiento unánime que atribuía á dicha nación el propósito de traer la guerra á la República, obligando al congreso y al poder ejecutivo á tomar medidas precaucionales que asegurasen la defensa nacional. Y, aun cuando los hombres más serios y más pensadores de la Argentina, entre cuyo número se contaba el ministro director de las finanzas, no creían en la guerra, todos, sin embargo, participaban de la convicción de que era necesario realizar cualquier sacrificio, por doloroso que fuese, para estar convenientemente ar-

Pero, aun cuando todas estas autorizaciones para invertir consi-

mados y responder á cualquier eventualidad del porvenir» (1).

Animado de esta convicción, y dándose entera cuenta de la gran responsabilidad que comportaba el momento histórico, el Ministro de hacienda, que desde el primer instante había manifestado en el seno del congreso que no omitiría esfuerzo ni sacrificio para proporcionarse los recursos necesarios con que asegurar la defensa nacional, yendo, si el caso llegaba, hasta á suspender la remuneración de los legisladores y principales funcionarios públicos, se puso decididamente á la tarea de enviar al ministro argentino en Londres los fondos para adquirir elementos bélicos.

Era necesario completar la fuerza naval con poderosas máquinas que contrarrestaran las muy temibles de nuestros vecinos; adquirir elementos de artillería, que juegan un papel tan importante en la guerra moderna; aumentar la dotación de fusiles Mauser para armar, si el caso desgraciado se presentaba, el brazo del ciudadano; y munirse, en fin, de los mil costosos artículos ó accesorios inventados por la ciencia militar moderna para destruir rápida y eficazmente. Á todas estas adquisiciones respondió con diligencia el ministro, arbitrando los recursos necesarios para atender á su pago en el exterior.

Por el crucero *Buenos Aires* pagó el tesoro público 382.758 libras esterlinas, por el acorazado *Garibaldi* 686.700, por 30 baterías de campaña 481.154, por el acorazado *San Martín* 670.000 libras esterlinas, por cartuchos y elementos Mauser 175.000, por torpederos Destroyers 142.280, por municiones para material antiguo 160.000; en fin, por éstas y por otras muchas y variadas adquisiciones, el tesoro de la Nación invirtió 4.205.439 libras esterlinas, ó 21.195.412 pesos oro, que el ministro de Hacienda puso á disposición del representante argentino en Inglaterra, en el espacio de año y medio (2).

(1) Comunicación del ministro Romero al ministro argentino en Londres, señor Domínguez, fecha 4 de julio de 1895.

(2) En el solo año 1895, en que empezó á funcionar esta administración, gastó en armamentos 3.837.769,20 pesos oro, con imputación: pesos oro 3.816.935,87, á la ley del 17 de septiembre de 1891; y pesos oro 20.833.33, á la ley del 1º de julio de 1895.

He querido dejar consignada con alguna extensión la historia de las erogaciones pecuniarias exigidas por el sistema de política internacional defensiva en que ha entrado la República, y la parte que en ella ha cabido al ex-ministro de Hacienda señor Romero, no sólo porque ella demuestra los sacrificios que significan para el tesoro público, y la progresión en los gastos nacionales, que son su consecuencia, sino también para rendir un homenaje de merecida justicia al funcionario que arrojó tan graves responsabilidades.

Pero, no se limitan á los presentes los sacrificios que el país debe hacer para sostener la elevada y previsorá política internacional que se ha trazado; existen todavía otros de un peso no menos agobiador.

Paralela á la columna que contiene los desembolsos pecuniarios, extraordinarios ó accidentales, realizados para adquirir ó completar armamentos, figura en las cuentas de los gastos nacionales otra que representa los gastos ordinarios, permanentes, exigidos por la organización administrativa de los departamentos de Guerra y de Marina.

El conocimiento del monto y de la progresión en que se desenvuelven los presupuestos ordinarios de estos dos departamentos, á partir del año 1890, es del más alto interés, y encierra enseñanzas en extremo sugestivas para los hombres que en éste y en los demás países de la América dirigen la política externa, porque puede advertirles que aún es tiempo de reaccionar contra el peligroso sistema de la paz armada, que consume los recursos pecuniarios y las fuerzas vitales de importantes naciones europeas.

Si se pasa la vista por el cuadro que contiene esos datos, se ve que el año 1890 los gastos presupuestados de los departamentos de Guerra y de Marina ascendían á 13.367.398 pesos papel (1) y en 1897, ocho años después, suben á 30.814.762,84 pesos papel (2), sin contar un presupuesto extraordinario de 18.000.000 de pesos papel desti-

(1) Éste se cotizaba, término medio, á 252 %/. Por consiguiente, la expresada cantidad se transforma en pesos oro 5.304.523.

(2) La depreciación del papel llegó, término medio, á 344 %/. Es decir, que por 100 pesos oro debía entregarse 344 papel.

nado á saldar lo que se adeuda por armamentos; de suerte que, en ese corto lapso de tiempo, ha habido un aumento, en este sentido, de 17.447.364,12 pesos papel, ó sea de un 130,6  $\%$ . En el solo departamento de Guerra, el aumento en los expresados años es de 10.432.626 pesos, pues el presupuesto de 1890 fué de 9.507.958 pesos papel, y el de 1897 de 19.949.584 pesos papel. El aumento relativo alcanza á la cifra elevada de 109,7  $\%$ . El presupuesto del departamento de Marina, se ha más que duplicado en el referido período, pues de 3.859.440 pesos á que alcanzaba en 1890, saltó á 10.874.178 pesos papel en 1897. El aumento relativo es de 181,7  $\%$ .

Como se ve, el incremento de los gastos militares ordinarios experimentados en la República en los últimos ocho años, es enorme, y digno de llamar la atención de los hombres pensadores y de gobierno, y de todos los que se interesan por el porvenir de la América, expuesta á ver reproducidos en su suelo virgen los mil desastrosos fenómenos vitales y económicos que se observan en las naciones europeas, debido á un absorbente sistema de paz armada.

Pero, por grande que sea este incremento, él no contiene todos los gastos realizados en el año, en los departamentos de Guerra y de Marina. Quedan muchísimos otros, consistentes en pequeñas y grandes obras, reclamadas por las necesidades del ejército, ó por la conservación del costoso material bélico. Así, si se suman todos los gastos totales de cada año, ya se realicen ellos con imputación al presupuesto, á leyes especiales ó á acuerdos, se encuentran resultados que modifican fundamentalmente los anteriores, empeorándolos, si cabe.

Teniendo en cuenta esos factores, resulta que los gastos expresados se han desenvuelto, desde 1890, en la siguiente forma :

En dicho año se gastaron 15.958.772 pesos papel; en 1891, 14 millones papel (suprimo fracciones) y 1.222.000 oro; en 1892, 17 millones papel y 2.278.000 oro; en 1893, 23.000.000 papel y 2 millones oro; en 1894, 24.000.000 papel y 1.000.000 oro; en 1895, 26.000.000 papel y 8.265.000 oro; por fin, en 1896, 33.000.000 papel y 10.000.000 oro.



La progresión extraordinaria, enorme, que acusan estas cifras en los gastos de los departamentos de Guerra y de Marina de la República, dice elocuentemente que ha llegado el momento de detenerse en la pendiente de la paz armada, que puede consumir las fuerzas vitales del país en el presente y retardar la solución de trascendentales problemas de su organización interna en el porvenir. Y si se hiciese un estudio semejante aplicado á la república vecina del Pacífico, se vería que este régimen produce resultados más desastrosos, porque esa nación no cuenta con los recursos cuantiosos y crecientes que la Argentina.

En cuanto á ésta, no debe olvidar que una de sus grandes preocupaciones debe consistir en acumular elementos pecuniarios para formar un fondo que permita, en un porvenir próximo, convertir el papel moneda depreciado, suprimiendo la calamidad del curso forzoso, que perturba todas las transacciones comerciales, fomenta el espíritu de especulación y detiene, en cierta medida, la corriente inmigratoria destinada á fecundar el territorio argentino.

Ambos países no deben olvidar, como dijo un pensador de la República, que «la misión de la América es la irradiación del ejemplo. El principio republicano está confiado á sus manos, y no deben permitir que sea comprometido en aventuras de guerra, que traen la prepotencia del sable, el régimen del estado de sitio y la ley marcial, que hacen retroceder hasta la barbarie aun á pueblos más sólidos que estos. La paz ¡por Dios! la paz á todo trance, mientras sea compatible con la independencia nacional. Imiten á Inglaterra; su política ha sido acusada, en más de una ocasión, de ser tímida, mientras que sólo era prudente. Nación fuerte y rica, era ante todo nación libre, y ha preferido continuar desempeñando en el mundo civilizado su misión de ejemplo y de modelo, á las glorias fugaces y precarias de la guerra» (1).

ALBERTO B. MARTÍNEZ.

(1) RAWSON, *Escritos y discursos*, tomo I, página 234.

# EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

---

XXI

Los resultados de la aplicación severa de este método son, por otra parte, excelentes. Para verlo, creo suficiente transcribir este párrafo en que están indicadas las influencias psíquicas que pasaron sobre la intelectualidad de José de Alencar, en aquellos años que Goëthe ha llamado « de aprendizaje ». « En sus *Cartas sobre la Confederación de los Tamoyos*, — dice Araripe Junior, — hállanse registrados todos los progresos de esta influencia. Como en la costra de un terreno de formación reciente, encuéntrase allí la historia de todas las capas que fueron superponiéndose á la lava primitiva y con ella se amalgamaron. Un examen cuidadoso de esas cartas muestra cuánto atrajeron su imaginación los Hafiz de todas las literaturas, los fulgores del genio oriental ; pero como su sensibilidad no congeniaba con los rigores y las enormidades fulminantes, con las acritudes apocalípticas de las imaginaciones puras, más de una vez tuvo que evadirse por la melancolía que le inspiraban ciertos

aspectos de la naturaleza. Así, vense las brutales y candentes manifestaciones de Hugo quebradas por la fibra chateaubriánica, una claridad benigna que envolviendo á toda la naturaleza, la transforma en una fantasmagoría. Á sus ojos, el sol no abrasa, antes nos obliga á vivir deliciosamente; á su influjo todo se dora, todo se difaniza, todo se deshace en suavidades, en medio de las cuales el amor vívido se dilata en ondulaciones voluptuosas. Ocúltase lo enorme, deshácense los aspectos terribles, para sólo revelarse las lozanías, el ánimo, el donaire, los caprichos y las coqueterías de la prolífica Ceres. Es así como él lamenta « que el sol de su tierra, ese astro lleno de luz y esplendor, no inspirase á Magalhaes versos más empapados en entusiasmo y poesía ». « Si fuese poeta — dirá el futuro autor de *Iracema*, — si quisiese componer un poema nacional, pediría á Dios que me hiciese olvidar por un momento las ideas del hombre civilizado, y embreñado en los matorrales seculares. contemplaría las maravillas de Dios; vería al sol erguirse en el seno del mar de oro, á la luna deslizarse en el azul del cielo, oiría el murmullo de las ondas y el eco profundo y solemne de las florestas »... La patria de tal artista es una especie de Arabia encantada, donde la vara mágica del genio en todas partes imprime tintas de felicidad. Esta es la tierra del amor. ¡Pero qué amor! un amor edénico y al mismo tiempo caprichoso como sólo el Oriente sabe producirlo. El amor á que él aspira es « uno de esos amores poéticos, inocentes, que tienen el cielo por dosel, los llanos verdes por cortinas, el césped del campo por diván y que la naturaleza consagra como madre extremosa ». No es de admirar, pues, que la mujer, atravesando esos sueños, no se presente sino como una *nimiedad* gentil, cercada de candores y toques infantiles, y que todas sus concepciones propendan hacia lo que la naturaleza contiene de más tenue, perfecto y delicado « en el flojo rozar de los árboles, en los murmullos de las ondas, en los ceceos de la brisa, en las *hojas de rosa de las armonías* ». Los tipos que más le entran en el corazón, son la Eva de Milton, la Haydée de lord Byron, la Atala de Chateaubriand, la Cora de Cooper. Todo en

aquellas cartas está denunciando que lo *grácil* para José de Alencar habíase constituido en la fórmula de la poesía ».

El análisis de las producciones de José Alencar no es menos exacto y delicado. Araripe Junior empieza por examinar aquellos fáciles folletines que el distinguido escritor reunió después con el título de *Al correr de la pluma*, mostrando la alegre ligereza del estilo de esas páginas brillantes en que se da rienda suelta á la imaginación poética de su autor. Algunos de los párrafos que nos transcribe, recuerdan la manera lírica y los interminables arabescos de las fantasías de Jules Janin. Á estas juveniles divagaciones literarias siguen los primeros ensayos novelescos, hasta culminar en el *Guarany*, que es hasta hoy el más hermoso florón de su diadema. Acabo de releer ese libro simpático y, á pesar de lo artificial de su trama, de lo poco real de sus escenas, confieso que encuentro en él una seducción inocente é irresistible. Sería cruel desmenuzar á la luz de la crítica positiva y con el criterio realista de nuestra época, ese cuento azul donde todo es falso, legendario, fantástico, inverosímil. Pero así y todo, ¡qué entretenida es la lectura de esas páginas que corren insensiblemente, qué dulzura se encuentra en ese estilo imaginativo y pomposo que no fatiga un solo instante, y con cuánta suavidad se hamaca el pensamiento al ritmo de esa frase corta, armoniosa, en que trasciende un vago compás de exámetro latino! Los hechos heroicos de aquel indio que habla con las sutilezas de un cortesano de Luis XIV (1), y que bajo su primitivo traje de plumas esconde el corazón de un Bayardo, ennoblecen á nuestros ojos la naturaleza humana y seguramente producen un bien moral superior al que hallarán los jóvenes de nuestra época en la biografía

(1) Véase, por ejemplo, la escena en que Pery explica á Cecilia, que él llama *Cecy* porque esta palabra indígena traduce lo que él siente respecto de ella y *Cecy* « es lo que el indio tiene dentro del alma ». La criatura inocente pregunta á su padre el significado de la palabra *Cecy* y éste le indica que es un verbo que equivale á *doler*, *sufrir*. Con razón dice el señor Araripe Junior: « ¿Qué gallardo mancebo de los más eximios en las justas del galanteo conseguiría herir á su amada con tanta dulzura y delicadeza? »

de Copeau ó de Claudio Lantier. Las páginas que consagra Araripe Junior á la crítica de esa obra son hermosas, y reflejan fielmente el tono y el espíritu de la mágica narración. La impresión que ella produce ha sido traducida de una manera excelente, con una delicadeza de tintas y una seguridad de criterio que revelan la nítida penetración del artista y del psicólogo. No es posible transcribir todo ese trozo interesante, que se prolonga durante varias páginas, y mutilarlo sería hacerle perder una gran parte de su mérito. Sin embargo, para dar á mis lectores una idea del método y del estilo del crítico, voy á traducir aquí el fragmento final del análisis del *Guarany*:

«Si hubo talento en los idealistas, dice Araripe Junior, ese talento consistió en convencernos de la verdad de sus caprichosas creaciones. No puede negarse que José de Alencar, en el epílogo de *Guarany*, á pesar de romper á cada paso con lo real, llega á embecernos en la posibilidad de aquellas fiestas de la naturaleza, en aquel despuntar de amor en Cecilia por el brusco Goytacáz. ¡Está la ilusión tan bien dispuesta, las luces y los cambiantes expresados en la tela por el mágico pincel nos postran en una languidez tan dulce, en una tan grande *nostalgia celeste*! ¿Quién hay que no siga con el corazón palpitante aquella canoa que resbala como una sombra por la faz lisa del Parahiba, arrebatando la intangible *Yara* á las devastaciones de los Aymorés? ¿Y la transfiguración de ese humilde Pery, que por último tiene más de ángel de las florestas que del antropófago descrito por Hans Stade y Lery? En plena selva, la fantasía del poeta expándese en descripciones de un color nativo admirable, en las cuales, usando una expresión suya, encuéntrase todas las acritudes de la manga y del cajú; los paisajes despliéganse en un tropicalismo intenso; recuerdan incontestablemente á Chateaubriand, pero desprendido de ese ofuscamiento de un espíritu exaltado por el desierto, de éxtasis históricos que impulsaron á Proudhon á calificar de *femmelins* á todos los escritores que se ligan á Rousseau. El sentimiento de la soledad es quebrado

á cada instante por el perfume de las gardenias y por el vuelo de los colibríes. La inmensidad retráese para formar un grupo conciso y nítido, donde el espíritu del lector atiéndose á una visión concreta y viva.

«Cecy, despertando de la pesadilla que la perturba, colocada en medio de aquella soledad, abrigada únicamente por el brazo del salvaje, después de consolarse y someterse al destino, anestesiada por los cariños del amigo que la conduce invulnerable y respetada por las fuerzas brutales de la naturaleza bravía, vése por la primera vez sola, delante de «aquel silencio que parece hablar», donde «las sombras se pueblan de seres invisibles, y los objetos en su inmovilidad parece que oscilan en el espacio». El indio duerme postrado por el cansancio en el fondo de la canoa, y ella, la debilidad entregada á la fuerza, no tarda en conmoverse en frente del esclavo que se transformara en héroe. «Como los cuadros de los grandes pintores que necesitan luz, un fondo brillante y una moldura simple, para mostrar la perfección de su colorido y la pureza de sus líneas, el salvaje necesitaba del desierto para revelarse en todo el esplendor de su belleza primitiva». Cae la capa del Goytacáz «surge el hombre ideal, el amante desprendido de todas las preocupaciones sociales, fuerte, con esa fortaleza que sólo poseen las naturalezas virginales. El hijo de las selvas, el señor de las florestas transfigúrase á los ojos de Cecy: «las montañas, las nubes, las cascadas, los grandes ríos, los árboles seculares, sirven de trono y de dosel á ese monarca de los bosques». Admíralo y agradece su abnegación; contéplalo besado por la brisa matutina, acariciado por las aguas del río que palpitan dulcemente, por los abanicos de las palmeras que se agitan rumorosas. Una filosofía que no es de la tierra, una filosofía celestial introduce en su alma una gran resignación. Recuerda ligeramente su vida de otra y una lágrima asoma á sus ojos y cae sobre el rostro de Pery. El indio despierta y un mundo de nuevas y desconocidas sensaciones comienza para ella en esta dulce intimidad. Su encanto

crece á medida que el indio se expresa en su lenguaje pintoresco. Ella «es como la tortolilla, cuando atraviesa el campo, siéntese fatigada y descansa sobre el ala de un compañero que es más fuerte»; él es quien «guarda su nido mientras duerme, quien va á buscar el alimento, quien la defiende, quien la protege». Estas comparaciones la sobresaltan al principio, pero no impiden que sus almas se confundan, que los ojos de Pery brillen con más ardor, que él se repunte su esclavo... su hermano. Cecilia, por fin, olvidada de todo, familiarizada con la selva, que gracias á Pery conviértese en el verdadero *boudoir* de una sultana para satisfacer sus menores deseos, se adormece en un lecho de flores arrullada por los sonoros ruidos que se difunden á su alrededor. Pery, sin embargo, presiente la convulsión de los elementos que lo rodean, ve al Parahiba erguirse en las ferocidades de una inundación y prepárase para disputar su *señora* á las garras del cataclismo. La niña es colocada en la canoa y el indio vuela delante de la tormenta; no tarda en ser alcanzado por el peligro, y trémulo, con la inocente criatura adormecida en sus brazos, acógese al tronco de una palmera. El torrente, entretanto, recrudece con todos los horrores de los fenómenos de esta clase; las aguas, poco á poco, suben amenazando el abrigo; llega el momento crítico; el indio es un héroe, baja, se sumerge, y realizando un trabajo de Hércules, consigue desarraigat la palmera. En medio de la inmensidad de las aguas boya el improvisado esquife «como una isla de verdura, bañándose en la corriente». Por la primera vez el valeroso salvaje desespera por no poder ahorrar á su señora un momento de terror; pero, aun así, él, que venciera al tigre, que venciera á los hombres, que venciera al veneno, cree vencer los elementos, y perdido en la soledad tumultuosa del río, piensa en salvarla en un pliegue del horizonte. La palmera deriva, arrastrada por la corriente, para perderse en lo infinito de los mares, y los dos amigos, embebiendo su alma en un sentimiento de ternura inmensa, coronan el romance con las tintas más delicadas y gráciles de que se sirvió la inspiración de

José de Alencar: « el hálito ardiente de Pery pasó por su rostro; el semblante de la virgen se convirtió en un nido de castos rubores y límpidas sonrisas; sus labios se abrieron como las alas purpúreas de un beso que alza su vuelo ». ¡ La dulce nostalgia que deja en el alma este final vago y vaporoso disculpa bien las violencias cometidas por esa musa femenil contra los documentos de la vida real!

## XXII

En el estudio sobre Gregorio de Mattos, aparecen bajo una nueva luz las cualidades notables de Araripe Junior. En el prefacio de su libro, el autor nos hace saber una vez más que, « orientado en el evolucionismo spenceriano y adiestrado en las aplicaciones de Taine, procuró después fortalecerse en el estudio comparado de los críticos modernos ». Añade en seguida que « todos los puntos de vista de la exégesis nueva han sido objeto de sus preocupaciones, que toda idea buena ó mala, aprovechable ó inútil, es siempre humana y no debe ser despreciada »; el propio pesimismo y sus variadísimos dialectos literarios le van enseñando á discernir mejor las cosas humanas y á dirigir el espíritu poniendo á un lado lo que es fortuito. La curiosa fisonomía literaria de Gregorio de Mattos lo atrae, por otra parte, por tratarse de un hombre y de un poeta que tuvo el valor de ser *nacionalista*. « Gregorio de Mattos, dice, hízose *nativista* sin saberlo, pero halló todas las formas del nativismo que están en boga en la actualidad ». Á pesar de mis esfuerzos, confieso que no he podido encontrar en el viejo satírico brasileiro ninguno de esos rasgos jacobinos que constituyen el credo y programa de los patrioterros de nuestros días. Lo que veo en él es un satírico de la vena y de la escuela de Quevedo, aunque, como lo hace notar Araripe Junior, sin el fondo filosófico, sin la ciencia y las grandes cualidades del maestro español. Desenvuelto en aquel medio curioso de la vida colonial de Bahía, tan admirablemente retratado en el crítico brasileiro,



la vena sarcástica de Gregorio de Mattos debió ensayarse en la pintura de los modelos que se presentaban á sus ojos. No era extraño que el liberalismo *declassé* tomara por blanco de sus ataques á los representantes del gobierno portugués, porque, en su vida de bohemio, él debía sentirse herido por los avances de toda autoridad. Pero de sus burlas y de sus epigramas contra los *Braço de Prata* y otros funcionarios prevaricadores, al sentimiento hostil y feroz con que los nativistas del día convierten al *galego* en macho cabrío expiatorio y descargan sobre él todas sus iras, hay una diferencia marcadamente sensible.

La biografía de Gregorio de Mattos es el trabajo literario más completo que haya sido escrito en Sud América, á propósito de un poeta de la vida colonial. Se conoce que ese estudio ha sido hecho con amor. Los detalles en que abunda arrojan una luz vivísima sobre la vida de aquellos tiempos y constituyen un cuadro histórico lleno de novedad y de interés. El análisis de las deformaciones producidas en el carácter de los pobladores europeos por los ardores y el resplandor de la naturaleza tropical, llega á una altura de verdad y de franqueza á que raras veces alcanzan los escritores de nuestro continente. La riqueza del vocabulario de Araripe Junior, el uso frecuente de términos de *slang* y de criollismos brasileiros, imprimen en esas páginas un colorido local extraordinario y hacen que su expresión se aguce y traduzca con fidelidad los más variados matices y los detalles más característicos. Su teoría de la *obnubilación*, de que he hablado á mis lectores al comienzo de esta obra, aparece con todo su prestigio, y á través de ella se ve el proceso de deslumbramiento que como pródromo de su adaptación posterior á aquel medio capitoso, sienten los primeros aventureros europeos. La descripción del erotismo enfermizo, de la sensualidad mórbida en que caen los colonos enervados y excitados sucesivamente por aquel medio ardiente y afrodisíaco, posee una fuerza indiscutible. Esa página cruda explica con tanta franqueza toda una faz curiosa de la vida del mestizo, que me parece interesante hacerla conocer de mis lectores.

«No tardó en unirse á ese elemento erótico, el fuerte sensualismo de los africanos. Ese importantísimo elemento de nuestra colonización impregnó á Bahía, más que á cualquiera otra región del Brasil, de unas tonalidades originales de mestizaje, dignas de ser analizadas á la claridad de la crítica de un Taine ó de un Hennequin. La negra *mina*, cariñosa, inteligente y bella, seduciendo con la hermosa carnación y por el busto lustroso y escultural de la Venus africana al portugués libidinoso, no tardó en vencer á la indígena en ese concurso de procreación. Es verdad que la mujer tupinambá tenía la indolencia de las orientales, el abandono de las naturalezas mórvidas, la molicie, la indecisión, la oscilación eterna de la hamaca y un gozo vago, intermitente, casi indefinible. Enervantes, depravadoras, es bien cierto que, si no hubiese concurrido el otro mestizaje, el colono portugués no hubiera salido nunca de la choza (teju-par) ni abandonaría la hamaca para empuñar la azada ó el machete y desmontar la floresta. Pero esa enervación no podía dejar de causarles miedo. Los instintos saben buscar sus caminos. Añádase, que la india desconfiada no era capaz de constituir *foyer*. Al contrario de eso, la negra *mina* presentábase con todas las cualidades para ser una excelente compañera y una criada útil y fiel. Esclava, resistente á todos los trabajos, sana, ingeniosa, sagaz, fina, cautelosa, al mismo tiempo que nutría un fuego inextinguible, ella sabía dirigirlo y aprovecharlo en beneficio de la propia prole. Con semejantes predicados y en las condiciones precarias en que en el primero y segundo siglos se hallaba el Brasil en materia de bello sexo, era imposible que la *mina* no dominase la situación. Y, en efecto, en toda la región del país donde hubo esclavatura ella influyó poderosamente sobre el *galego* y *vacunó* en la familia brasilera. Podía entretanto el padre Nóbrega vociferar cuanto quisiese contra lo que reputaba «grande mal», escribiendo al padre maestro Simón Rodríguez que «la gente de la tierra vivía en pecado mortal y ninguno había que dejase de tener muchas negras de las cuales se llenaban de hijos»; la *mina* no retrocedería, y, victoriosa, daría tono á ese mismo liber-

tinaje, á esa desenfrenada poligamia de que tan ofendido se mostraba el misionero jesuíta. Cada vez más entronizada en el seno de la familia colonial, la africana, cuando no señora del lar, era la medianera de la cocina y la providencia de los cuartos bajos. No poseyendo fuerza intelectual para elevarse sobre la fatalidad de su raza, ella empleaba toda su sagacidad afectiva en mantener al blanco y á su gente en el entibiamiento de su seno muelle y acariciador... En ese regazo lúbrico, pimentado por los *vatapás* y por el *dendé*, fortalecido, intensificado por el coco y por las delicias de la *moqueca* (1), enlanguidecido por las cánticas y *lundús* y por mil otras cosas menudas que la imaginación de la africana inventaba á fin de hacer la vida tan acre como ella la sentía en los adustos desiertos del continente negro; en ese nido de voluptuosidad engendröse una raza de mestizos, elocuente, resonante, apasionada y un tanto llena de paradojas en las costumbres, la cual, mestiza por la sangre, á su vez se encargó de mestizar las ideas, los sentimientos y hasta la política de los blancos dominadores de la tierra ».

Gregorio de Mattos, según aparece en el estudio de Araripe Junior, fué uno de los más asiduos adoradores de los representantes femeninos de la raza mezclada. La galería de mulatas endiosadas por su musa zafada y retozona, y catalogada por el crítico, es realmente admirable. Araripe Junior sintetiza el carácter del héroe clasificándolo como un *fauno*, y así aparece realmente en ese desborde de himnos en que la más refinada pornografía alterna con los estallidos de la naturaleza irritable de un viejo sileno desdeñado. Toda esa parte de la vida del poeta, tal como ha sido descripta por su biógrafo y comentador, es de un interés palpitante y revela una existencia de juglar y de parásito, digna de figurar en un medio menos primitivo que el de la colonia portuguesa, por lo menos en aquella Venecia artística y pintoresca en que, rodeado de su corte de concubinas,

(1) Especie de *ragoût* hecho de pequeños pescados y de camarones y sazonado con mucha pimienta y aceite de *dendé*.

tronaba el Aretino, como un príncipe de las letras, á pesar de que en el fondo no era sino un Gregorio de Mattos con jubones de terciopelo. No me es posible traducir algunas de las estrofas del satírico bahiano, y lo siento porque todas ellas son altamente divertidas. Me ha llamado la atención encontrar en medio de todas esas trufas del sadismo, un soneto no muy inferior á los millares de la misma clase que nos ha legado el cultismo y el gongorismo español, italiano y portugués de aquella época sonetista. Ese grito de piedad, alzándose desde las sombras de una conciencia tan obscura, vale la pena de ser registrado, máxime cuando puede ser vertido á nuestro idioma sin cambiar una sola palabra. Hélo aquí:

Pequé, Señor, mas no porque he pecado  
De Vuestra alta piedad yo me despido ;  
Si mayor es el mal que he cometido  
Á perdonarme estáis más empeñado.

Si basta á os ofender tanto pecado  
También basta á calmaros un gemido ;  
Si al pecar, sin razón os he ofendido,  
Al pedir os perdón os he halagado.

Si una oveja perdida y recobrada  
Gloria tal y placer tan repentino  
Os dió, como se ve en la Sacra Historia,

Soy, Señor, una oveja descarriada ;  
Cobradla y no dejéis, Pastor Divino,  
Perderse en vuestra oveja vuestra gloria.

Sin embargo, es necesario no dejarse alucinar por esta confesión de pecador arrepentido. La conciencia de su falta no debió ser muy duradera para el poeta mordaz, y así pronto lo vemos, por las transcripciones de sus versos, que se encuentran en el estudio de Araripe Junior, desatarse en improperios contra la Sede de Bahía á quien clasifica de « pesebre ». Otro de sus sonetos se contrae á hacer una caricatura implacable de la procesión del Miércoles de

Ceniza, tal como sale en Pernambuco. Y finalmente, sus acusaciones impúdicas á la vida de monjes y de enclaustradas á quienes presenta en un *sabbat* infernal de desórdenes y libertinaje, muestran cuál era el fondo real de su naturaleza y la violencia de las pasiones de su corazón impenitente (1).

Para dar una idea siquiera aproximada del mérito y el interés del retrato trazado por Araripe Junior, sería necesario transcribir todas las páginas del libro que ha consagrado al más brasileiro de los poetas primitivos de aquella nación. Pero, como lo he dicho antes, no estriba solamente la importancia de este trabajo en el estudio crítico de las producciones de Gregorio de Mattos. El fondo histórico sobre el cual se destaca la figura del ganapán rimador, del aventurero famélico, está diseñado con pinceladas intensas. La vida colonial del siglo xvii en el Brasil, las pasiones que agitan aquellos centros curiosos, aquellos núcleos estragados por la barbarie que los rodea, las malversaciones de los funcionarios reales, las debilidades del clero sometido también á la influencia enervante del medio tropical, la exuberancia de la tierra que enriquece á los segundones de la madre patria, infundiéndoles los vicios de la opulencia y el orgullo de los advenedizos, todos los detalles de aquella existencia desenfrenada y sensual son registrados por el crítico con una potencia de evocación que admira ; y en la sombra nocturna se ve á todo aquel mundo de mercenarios y leguleyos, de mandatarios y plumitivos, de fazendeiros y trovadores precipitarse, en los ardores de un celo impetuoso, á las plantas de las heroínas cantadas por Gregorio de

(1) La tradición refiere, según el crítico de Gregorio de Mattos, aunque el hecho no es seguro, que en su lecho de muerte, al ver aproximarse al obispo de Pernambuco con un crucifijo en la mano y al mirar la figura del Cristo con los ojos ensangrentados, el sarcástico poeta, recordando á unos niños de la vecindad que sufrían de una enfermedad en la vista, improvisó la siguiente cuarteta :

Quando mis ojos mortales  
Pongo en vuestros ojos fijos,  
Creo que veo á los hijos  
De Gregorio de Morales.

Mattos, esas mulatas que torturan su corazón é inflaman sus sentidos y cuyo reinado efímero ha pintado con rasgos indelebles el crítico brasileiro al seguir las correrías del satírico libertino.

### XXIII

Además de Gregorio de Mattos, Araripe Junior ha estudiado la figura romántica de Dirceu, en un opúsculo publicado en 1890. El poeta de las *Lyras* es más conocido y popular que el satírico de *Marinícolas*. Sus condiciones personales y literarias son más *humanas*, por decirlo así, menos excepcionales y por tanto más aptas para inspirar la simpatía. Gonzaga es ante todo un lírico á la manera del español Meléndez y de todos los cantores de ese diluvio de Filis, de Clovis, Iris y demás pastoras fingidas que inficionaron la decadencia literaria del siglo XVIII. Nada más artificial, nada más pulcro y remilgado que esas anacreónticas empalagosas y esas chochees líricas. Su fecundidad es sorprendente; pero todas sus producciones están escritas en el mismo tono, todas caen en la misma vaguedad y amaneramiento que hace tan insulsa la lectura de sus congéneres literarios. Lo más curioso de este poeta, á mi juicio, consiste en el contraste de su vida y sus ocupaciones jurídicas, y su papel de amante y zagaleta virgiliano. La historia lo representa como un espíritu amantado en la cultura clásica; lo que no obsta para que, en sus momentos perdidos, lo veamos « bordando un vestido para Marília como un dedal de oro » (1). « Aquella ocupación en hora tan peligrosa — dice Araripe Junior — escogida por un ex-oidor, nom-

(1) Traduzco una estrofa de las *Lyras* citada por Araripe :

Pintan que estoy bordándote un vestido  
Y que un niño brillante, ciego, alado,  
Me enhebra en la agujas, el flexible  
Hilo de oro delgado.

brado para una Relación, conspicuo entre los más conspicuos, versado diurna y nocturnamente en la lección de los clásicos, y todavía más aguerrido en jurisprudencia por el manoseo constante de las leyes y de los reinícolas ; ese capricho de ejercer el papel de Hércules junto á Onfalia, en un hombre que ya había llegado á los cuarenta y cuatro años de edad, es, á mi juicio, de una importancia capital para la crítica del carácter de Gonzaga ; y pintando la situación exacta del espíritu del poeta, descubre la fuente verdadera de donde emanó todo el lirismo de Dirceu. »

He tenido ocasión en otra obra, y al estudiar rápidamente algunos de los representantes de la musa española del siglo XVIII, de señalar los ridículos y deplorables balbuceos del género pastoril, á que pertenecen la mayor parte de las inspiraciones de Gonzaga. Aquel género artificial y falso, está condenado de antemano á perderse en divagaciones grotescas y á dejar en el paladar la impresión de náusea de un dulce revenido. Ese mal general de la época de Gonzaga, esta enfermedad cerebral, por otra parte, no pervierte solamente las manifestaciones de la poesía española y portuguesa, sino que nace en Italia, penetra en Francia y hace estragos en Inglaterra. Refiriéndose á Sedley, Villiers, lord Backhurst y otros escritores del siglo XVIII, dice Alejandro Beljame, en su admirable estudio sobre Dryden: « Su musa, es necesario decirlo, no posee una inspiración muy poderosa. Ella la agota, en general, en algunas estrofas, ó por mejor decir en algunas coplas, pues hace más bien canciones que otra cosa, aunque á veces también intenta la elegía. No tiene, por otra parte, aspiraciones muy altas, no busca ni las grandes ideas ni el grande estilo; un pequeño pensamiento delicado, envuelto en una forma fácil y armoniosa, he aquí su ideal. Su poesía se llama « gracia »; el epíteto más elogioso que pueda dirigírsele es decirle que es « ingeniosa ». Los temas que canta varían poco. Se consagra por entero á las « bellas », á la « belleza », y lord Backhurst, la víspera de un gran combate naval contra los holandeses se cubre de gloria escribiendo versos « á las damas que

han quedado en tierra» (1). Las tiernas confesiones y los desdenes, los deseos y los desprecios, la ausencia, los suspiros, la inconstancia, son los temas ordinarios sobre los cuales bordan sus monótonas variaciones. Ella ofrece dulzuras á Chloris (Dorset); á Amoret, á Sacharissa (Waller); á Celimena, á Filis, á Celia, á Thircis, á Aurelia, á Amaranta (Sedley). No desdeña las insulseces y las sutilezas: «Cuando canto en este parque, dice un amante, los ciervos atentos me escuchan y olvidan el temor; cuando confío mi ardor á los olmos, inclinan sus cabezas como si sufrieran á la par mía; cuando dirigiendo mi llamamiento á los dioses, elevo mis quejas ruidosas hasta su morada, ellos me responden con chubascos. Solamente á tí ha sido dado poseer una alma bárbara y cruel, más sorda que los árboles y más orgullosa que el cielo». Hé ahí el tono, cuando no se llega hasta la simpleza. Wallis dirige sus versos «á una dama que lo puede hacer todo excepto dormir cuando quiere». Canta á «un árbol recortado en papel», á «una tarjeta desgarrada por la Reina». El conde de Roscommon, citado por la gravedad de sus inspiraciones en ese siglo ligero, escribe estancias «sobre una señorita que cantaba bien y que tenía miedo de resfriarse», ó una elegía «sobre la muerte de un cachorro» (2). Añadiré á mi vez, que en esta misma época, y como un *pendant* del cachorro de Roscommon, en España, Forner enderezaba una oda vergonzante «Á un caballo del Excelentísimo Príncipe de la Paz».

El perfil literario de Dirceu, trazado por Araripe Junior en una forma concisa, pone de relieve todos los rasgos distintivos de la fisonomía ingenua y simpática de esta víctima del culteranismo anacreóntico. Su juicio se sintetiza en algunos párrafos que valen la pena de transcribirse porque ellos hacen la psicología de todo el género poético, convencional y afeminado, á que acabo de referirme y que, lo repito, inundó las letras del siglo pasado con sus productos inco-

(1) Exactamente el caso de Gonzaga haciendo enhebrar su aguja por Cupido, mientras se prepara el movimiento que llevó al cadalso á Tiradentes.

(2) ALEJ. BELJAME, *Le public et les hommes de lettres en Angleterre au XVIII siècle*.



loros. «Dirceu no era un triste», dice un crítico brasileiro. El lirismo nacíale jovial, cristalino. sin brumas, casi siempre matinal. Aunque destituido de imaginación, incapaz de análisis, sin instintos de psicólogo, poeta objetivo, de inteligencia limitada, nada sugestiva, él sabía penetrar el amor que se presenta por la revelación de las formas carnales de la mujer amada y lo hacía original. La idealización se le formaba por las categorías más conocidas del sentimiento humano. Por más que leamos y volvamos á leer las *Lyras*, no encontramos verso que denuncie una tendencia, siquiera fugitiva, para lo épico, para la percepción del cosmos, ó aun para el sentimiento de la naturaleza pintoresca. Fáltale totalmente la adjetivación, que tanto abunda en Homero, en Tasso, en Ariosto; y cuando el poeta por acaso se refiere á algún héroe, á algún tirano, cuando, por ejemplo, habla de César, ó describe las hazañas de Alejandro, apenas le saltan á los labios un «dichoso pirata» y un «salteador valiente», su musa, como arrepentida, retráese y acaba por espaciarse en la tenuidad afectiva de quien ya confesaba que tratando de decir «héroe y guerra», sólo pronunciaba *Marilia*.

Sin embargo, Gonzaga ha escrito algunas poesías en que, apartándose del molde uniforme de la lírica pastoril, revela condiciones literarias dignas de ser alabadas. Á ellas se refiere con elogio un distinguido y joven escritor brasileiro de quien me ocuparé más tarde (1). Véanse, por ejemplo, las siguientes estrofas que traduzco libremente de aquel libro interesante y en que se ve un esbozo de los trabajos mineros y agrícolas de la colonia:

Tú no verás, Marilia, cien cautivos  
Traer el casajo y la opulenta tierra,  
Ó del cauce de ríos caudalosos,  
Ó de las rocas de minada sierra.  
No verás separar al hábil negro  
Del pesado esmeril que centellea  
La gruesa arena, y las pepitas de oro

(1) M. OLIVEIRA LIMA, *Aspectos da Litteratura Colonial Brazileira*, 1896.

En el fondo brillar de la batea.  
 No verás derribar la virgen selva  
 Ni arder el nuevo matorral lozano ;  
 Su ceniza abonar el blando suelo  
 Y en el surco sembrar el fértil grano.  
 No verás enrollar negros paquetes  
 Del tabaco fragante con la hoja  
 Ni en las ruedas dentadas exprimirse  
 El dulce zumo que la caña arroja (1).

Los estudios histórico-literarios de Araripe Junior, se completan con un libro cuya síntesis nos ha hecho conocer recientemente, y cuya publicación esperan con impaciencia los lectores del distinguido crítico. Se trata de un retrato de cuerpo entero de la curiosa figura del catequizador y misionero jesuíta José de Anchieta (2).

Según Araripe Junior, el poeta sarcástico y el propagandista evangélico, á la distancia de un siglo, están vinculados por un eslabón estrecho, no obstante la diversidad de sus naturalezas. Ambos «representan las necesidades sociológicas del Brasil de aquellas eras». La dulzura angelical de Anchieta, su talento de dominador y de apóstol, forma el contraste más saliente con «el furor iconoclas-

(1) He aquí el original de estos versos :

Tu não veras, Marilia, cem cativos  
 Tiraren o cascalho, e a rica terra,  
 Ou dos cercos dos rios caudalosos  
 Ou da minada serra.  
 Não veras separar ao habil negro  
 Do pezado esmeril a grossa areia,  
 E já brilharem os granetes de ouro  
 No fundo da bateia.  
 Não veras derrumbar os virgens mattos ;  
 Queimar as capoeiras ainda novas ;  
 Servir de adubo a terra a fertil cinza ;  
 Lanzas os graos nas covas.  
 Não veras enrolar negros pacotes  
 Das seccas folhas do cheiroso fumo ;  
 Nem espremer entre as dentadas rodas  
 Da doce cana o zumo.

(2) Con motivo de la celebración del centenario *anchietaino*, el distinguido crítico ha dado á la imprenta el índice de su obra y ha escrito en algunas líneas brillantes y elocuentes la síntesis filosófica de su trabajo, que continúa y completa la serie de estudios á que pertenecen Gregorio de Mattos y Dirceu.

ta » del autor de *Marinícolas*. Sin embargo, el uno maldiciendo la tierra donde se encuentra y flajelando los vicios de su tiempo con su verbosidad implacable, y el otro derramando la plácida luz de su moral elevada y pura para reducir al salvaje y esparcir las santas semillas del cristianismo, los dos han concurrido en su esfera para la depuración de los vicios coloniales.

« Anchieta, — dice Araripe Junior, en una bella página de severa elocuencia, que sintetiza su juicio sobre la acción providencial del santo misionero, — era lo que se llamaba en aquellos buenos tiempos *una vocación, carácter* en la expresión técnica de psicólogos británicos, — esto es, la obstinación que desde luego domina á ciertos hombres en la juventud y los obliga á ejecutar ó realizar *una vida*. Anchieta naciera místico. Á los catorce años era triste, cabizbajo, pensativo; grave más de lo que permitía la edad, todavía niño, ya tomaba el mundo como una cosa seria, si no misteriosa y digna de la oración. Obstinados han existido para todo; para la virtud, para el vicio, para el arte, para el mundo, para las victorias, para las derrotas, para los actos de genio y para los horrores del crimen. Si son de genio fuerte, hélos convertidos en grandes capitanes, tiranos, déspotas ó criminales célebres; si de índole blanda, mansos, ejecutivos en la meditación, poetas, santos, misioneros ó sublimes delicuescentes. Anchieta pertenecía á la clase de los ejecutivos *en la meditación*. Tenía lágrimas en la voz y fuego en los ojos; y cuando se expresaba producía un dolor delicioso en los corazones de los grandes y de los pequeños, y á todos enternecía con su mirada de cordero celestial. Este fenómeno á que el paganismo no fué extraño, y que le dió el mito de Orfeo, en los tiempos más próximos de la fe religiosa constituía una fuerza extraordinaria para los que podían servirse de ella... Fué con este escudo con el que el padre José se apercibió para su misión. A esa fuerza debió él todos los milagros que practicó, el prestigio que ejerció y la admiración porque se hizo acompañar de portugueses y de indios, de legos y religiosos y hasta de las fieras salvajes que salían de las florestas para obedecer su mandato ».

## XXIV

El último libro de Araripe Junior acaba precisamente de aparecer, pero su contenido me era familiar por haberlo leído casi completo en las columnas de *A Semana* (1). El objeto de esta obra es dar una rápida idea del movimiento literario brasileiro durante el año 1893 y el tema es por sí tan interesante que valdría la pena consagrarle una atención mayor que la que permite el tono de estas páginas. Aquel año fué crítico para la política brasileira, y el distinguido escritor empieza por extrañar que la literatura no refleje las agitaciones de aquellos días revolucionarios. La razón de este hecho se encuentra para mí en el carácter de la lucha de que era teatro el Brasil. Las contiendas entre hermanos, por grande que sea el móvil con que quiera disfrazárselas, no son propias para exaltar el espíritu, como sucede con las luchas nacionales, que irritan y hacen vibrar todas las fibras del patriotismo. Por otra parte, según el mismo autor, «no se puede decir que el movimiento republicano en el Brasil haya sido completamente estéril para el incremento de las letras; pues, por el contrario, más de un hecho denuncia que el cambio de las instituciones, la adopción de nuevas costumbres políticas, el sacudimiento de las ideas, las agitaciones de los espíritus crearon una atmósfera intensa, donde se agitan no sólo ambiciones de poder y de fortuna, sino también de glorias olímpicas y literarias».

He tenido ocasión de señalar anteriormente las veleidades del señor Araripe Junior respecto al movimiento de intransigencia política que se ha denominado en su patria «jacobinismo» ó «nativismo». Conviene advertir, sin embargo, que al ocuparse el distinguido escritor de uno de los libros publicados en aquel año (*Festas Nacionaes*)

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *O Movimento de 1893; O crepusculo dos povos*. Rio de Janeiro, 1896.

en que más vivamente aparecen las ideas de este nuevo credo social, él encuentra que el escritor encargado de hacer el prefacio de aquella obra « exageró un poco el punto de vista en que se ha colocado al estudiar el nacionalismo brasileiro ». Á pesar de todo, Araripe Junior disculpa esta exageración, sobre todo teniendo en vista que ella está destinada á corregir una verdadera enfermedad de indiferencia patriótica y de escepticismo que aqueja á la juventud de su patria. Naturalmente, los culpables de esta epidemia escéptica debían ser los portugueses, que, según Araripe Junior, al colaborar en los más conspicuos diarios de la prensa fluminense, se consagraban á demoler el sentimiento de la nacionalidad. No podría decir hasta qué punto puede creerse exacta esta acusación de maquiavelismo político. Sea lo que fuere, el crítico brasileiro afirma que el dogma de Ramallo Ortigaho y otros publicistas era el más soberano desprecio por las patrias ». Y todo esto ¿á cambio de qué? se pregunta el autor de *Gregorio de Mattos*. « Á cambio de una patria idealizada por diletantes fatigados por el gozo, la cual andaba huyendo por los buenos hoteles, por las playas de baños, por los *foyers* de las óperas líricas, por los salones de recepción de las cortes europeas, por los canales de Holanda, por el puente comfortable de los transatlánticos, por los *boudoirs* de las *cocottes* célebres, por las asambleas de grande aparato, por los *caravansérails* de los excursionistas, por las montañas de la Suiza, por las barcas del Nilo, por los museos, por los talleres de artistas y por el mundo del *Tendre*. Esos evadidos de la patria responsable, para la cosmópolis egoísta del placer, cuya situación mental sería inofensiva si ellos no procurasen influir sobre el público y sobre la juventud, bestializándola con las hechicerías del estilo, usaban de un recurso perverso. Del mismo modo que antiguamente en las escuelas el profesor de filosofía racional obligaba al discípulo audaz á detener sus ingenuos raciocinios profiriendo las solemnes amenazas: « así iréis á caer en el panteísmo », los embusteros á que me refiero inventaron el ridículo contra el nativismo, y trataron de fascinar á los inexpertos. Nativista impor-

taba lo mismo que ser estúpido; y no existe nada que aterre más á un joven que pasar por incapaz de progresar. La granada, pues, reventaba en el aire y todos se apartaban seguros de que los hombres superiores eran precisamente aquellos que más despreciaban la solidaridad con la tierra que les diera la vida y para la cual debían trabajar».

Es interesante conocer el modo cómo Araripe Junior encara la cuestión del nativismo, no tanto por la autoridad legítima de que el distinguido escritor goza entre la juventud de su patria, sino también porque él refleja fielmente las opiniones de una gran parte de los hombres intelectuales del nuevo régimen. En lo que, á pesar del respeto que merecen sus opiniones, no estoy de acuerdo con él, es en considerar al *lirismo* sinónimo de *brasilerismo*, por lo menos teniendo en vista las manifestaciones con que él nos ha favorecido durante el año 1893. En ninguno de los poetas cuyas obras examina, y aun en aquellos que menciona para deplorar su silencio, como Olavo Bilac, encuentro yo la más pequeña partícula de nativismo. Lo que ellos no se cansan de manifestar es una intoxicación de parnasianismo, de simbolismo y decadentismo, adquirida en la lectura inmoderada de los maestros de la escuela francesa modernista á que pertenece el pontífice Verlaine y el gran sacerdote Mallarmé. Otro de los síntomas que me llaman la atención en las transcripciones que contiene su revista de las últimas producciones en verso, es la tendencia á caer en una sensualidad mórbida, á evocar imágenes que dejan de ser naturalistas la mayor parte de las veces para convertirse en francamente obscenas. Algunos de los jóvenes poetas, sin embargo, poseen una fuerza de expresión interesante y ajustan admirablemente el verso á los cánones de su escuela. Uno de ellos, Arthur Lobo, concluye un soneto de esta manera atrevida:

Es el dolor un animal perverso,  
Que domestico, que subyugo y doblo  
Al rudo són del cálamo del verso.

La influencia de los maestros es aquí visible; pero ella aparece aún con mayor claridad en otra composición del mismo autor, que también transcribe y elogia Araripe Junior, titulada *Propuestas desonhastas* (1). y que no es otra cosa que una floja paráfrasis de la célebre canción de *Tragaldabas*:

*Le plongeur sur qui la vague déferle,  
M'a crié du fond des gouffres grondants :  
— « Contre Maria, veux-tu cette perle ?  
— « Merci, fils; j'en ai, trente-deux : ses dents !  
. . . . .*

Casi todos los compañeros literarios de este joven poeta cojean del mismo pie. Luis Rosa toma como epígrafe el verso de Musset « *Faire une perle d'une larme* », y es un parnasiano transplantado al Brasil. Silvio de Almeida se esfuerza por emanciparse de la acción extranjera, por lo menos así lo afirma Raymundo Correa en el prefacio de su libro *Poesías*. Figueredo Pimentel, según el mismo Araripe Junior, posee « un talento insuperable para falsificar escuelas » y pasa sucesivamente del *Aborto*, espécimen de realismo feroz, á las *Fototiplas*, « modelos de plástica parnasiana », y á *Leonor*, donde « se enmaraña en el más fluctuante decadismo francés que es posible imaginar ». La panteísta Francesca Julia de Silva, hace sonetos impecables, imitados de los inimitables *Trofeos* de Heredia; Cruz

(1) Hé aquí el soneto original :

« Disse-me a Estrella : A côr mais bella e optima  
Dou-te da minha rutila palheta.  
Volve a Harmonia : « E eu dou-te a estranha rima  
Mais sonora, mais rica e mais completa ».  
Vé a epiderme que meu collo anima ?  
Gemeu á Rosa. « O' venturoso poeta,  
Falla por fim o Aroma, « a essencia-prima  
Dentre todas recolhe a mais discreta. »  
E eu riome, então, ouvindo uma por uma,  
As propostas de toda a gente aquella  
— Gente invejosa e presumida, em summa.  
¡Ingenuidade alvar ! porque mais bella  
Prenda haverá que valha, e em si resuma,  
A côr, a voz, o aroma e o beijo della ? »

e Souza en el *Missal* y en *Broqueis* ensaya «una tentativa de adaptación del decadismo á la poesía brasilera», y esa transplatación literaria «se hace tanto más curiosa cuanto que se trata de un artista de sangre africana, cuyo temperamento cálido parecía el menos apropiado para servir de vehículo á la placidez y la frialdad hierática de la nueva escuela» (1). Y en cuanto á los poetas de la pléyade que ha constituido la curiosa *Panadería Espiritual* del Ceará, todos ellos muestran con mayor ó menor intensidad la influencia tiránica, opresora del espíritu literario francés.

Ocupándose de Cruz e Souza, Araripe Junior, en una interesante digresión, trata de explicar el origen, el programa, y las tendencias del movimiento «decadente», que tantos estragos está haciendo en la juventud sudamericana. Confieso que su explicación no me ha ilustrado mucho respecto al verdadero carácter y propósitos de ese cisma literario. Pero no culpo por esto al distinguido crítico, y debo atribuir más bien este fracaso á mi impermeabilidad para ciertas ideas, ó talvez á las dificultades de explicar lo inexplicable. Por otra parte, el movimiento decadente no me inspira ni curiosidad ni simpatía. Lector infatigable en mi adolescencia de los románticos franceses, devorador de bibliotecas literarias enteras, como me jacto de haber sido, es lo cierto que no he llegado á leer á ninguno de los simbolistas y delicuescentes contemporáneos, que los conozco de oídas y sobre todo por el juicio de Lemaître sobre Verlaine y por alguno que otro artículo de Ruben Darío—un escritor de verdadero talento literario—á quien su «ecuación personal» basta para distinguirlo y darle un puesto aparte entre los insulsos imitadores de las extravagancias de los nefelibatas.

Muy lejos estoy de jactarme de esta ignorancia *voulue*, y carezco de la autoridad suficiente, hasta en el medio reducido de nuestra vida intelectual, para que esta confesión sea otra cosa que la expresión ingenua de las circunstancias que me impiden dar un juicio

(1) T. A. ARARIPE JUNIOR, *Movimento de 1893*, capítulos III y IV.



cualquiera sobre aquella parte del *Movimento de 1893*. Para ser enteramente franco, confieso que alguna vez he tenido tentaciones de recorrer las obras de los maestros del género; pero casi siempre me ha detenido la reflexión de que podría emplear mi tiempo con más placer y provecho, volviendo á las obras consagradas del pasado. Por otra parte, por insaciable que sea la curiosidad del espíritu, la producción intelectual moderna es de tal manera considerable que ella hace imposible para los simples diletantes toda aspiración á penetrar á fondo en las corrientes científicas y literarias que agitan á nuestro tiempo. La selección se impone, de una manera implacable. Y, colocado en este dilema, ante mi deficiencia de conocimientos relativos á la literatura inglesa por ejemplo, y mi carencia de datos exactos respecto al grupo fantástico de los simbolistas, he optado por tratar de poner un pronto remedio á la primera con afán ardoroso, dejando para más tarde ó para nunca el problema de saber si el *Zar Peladán* es un genio ó un loco, si es un apóstol ó un *blagueur*.

Sin duda, después de esta declaración franca, mi crítica sobre cualquier poeta decadente debe quedar forzosamente desautorizada, pues mal puedo sentir lo que soy incapaz de comprender. El señor Cruz e Souza, por consiguiente, puede desde ahora escuchar como quien oye llover la franca impresión que he sentido al hojear, porque no los he leído, sus libros. No ha sido una impresión de horror, de sublevación, de rebelión íntima. Ha sido un tenaz cansancio, como el que produce un *radotage* que se escucha con la mente perdida en divagaciones, un invencible fastidio ante ese palabrerío infatigable, esa verborragia de vocablos sin sentido, esa afectación de una originalidad que consiste en encontrar que en la boca « sulfurina » de la amada « hay músicas, hay cánticos, hay vinos », ó en pedir al Sol « que los *monigotes* no puedan grotescamente, chatos y rombos, con *grimaces* y gestos innobles, imperar sobre él ». Es de esperar que el sol habrá tomado en cuenta la solicitud del simbolista brasileño. Entretanto, Araripe Junior señala en los ardores sensuales de muchas de las composiciones de Cruz e Souza la manifestación de

un atavismo de raza y hasta cita párrafos de un poeta moderno de Senegambia en quien no encuentro la más remota semejanza con las producciones de su compañero de raza. La obscenidad de algunas de las composiciones de éste, como el soneto titulado *Dança do Ventre*, sin entrar en tantas teologías — es para mí una simple manifestación de mal gusto ó tal vez un prurito de llamar la atención con alguna barbaridad « catedralesca », para emplear por la primera y última vez en mi vida, uno de los epítetos favoritos del ardoroso Toussaint-Louverture del nefelibatismo fluminense.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuará).

## LA MEMORIA DE LOS MUERTOS

---

El culto de las exterioridades ha llegado á tal grado de desarrollo entre nosotros, que aun la sagrada memoria de los muertos ha sido impotente para detener los avances de esa vanidad humana, que todo lo atropella en su desenfrenada sensualidad.

Hoy un fallecimiento viene á ser, en muchos casos, el pretexto para una exhibición de lujo y del capital social con que se cuenta en la comunidad — exhibición que aparentemente se ostenta para honrar á los muertos cuando su única causa es satisfacer la vanidad de los sobrevivientes. En verdad que, con respecto á los actos que suceden á la pérdida de un deudo, existe motivo para exclamar que «hay algo podrido en Dinamarca». Es un deber señalar esta llaga social como primer paso para obtener su extirpación.

Será oportuno en esta ocasión recordar algunas de las costumbres que en diferentes épocas, y en distintos países han regido cuando se ha tratado de las exequias de los muertos.

Es probable que aquellos hombres primitivos, cuyo hogar estaba reducido al amparo que les ofrecían las cuevas naturales de las rocas, teniendo apenas otros medios para disponer de los muertos que los que hoy posee el gorilla, harían uso del mismo modo de sepultar que este animal adopta cuando muere uno de los suyos, y

que consiste en acumular ramas de árboles sobre el cadáver para después abandonarlo.

Cuando más tarde, en el curso del tiempo, ese hombre hizo vida gregaria y habitó en tiendas, las cuevas de las rocas fueron destinadas al depósito de cadáveres, y donde las condiciones geológicas del terreno no eran favorables á la formación de estas cavernas, el hombre las suplía con excavaciones hechas debajo de la tierra. Á la entrada de cada cueva ó excavación se encendía una fogata, y en ocasiones ramas prendidas eran arrojadas dentro, las que han quedado algunos de los cuerpos allí depositados.

Se supone que el objeto de estas fogatas sería minorar en algo lo ofensivo de las emanaciones que procedían de estas cuevas, cuando había necesidad de llevar un nuevo cadáver al depósito común. Algunas veces se han encontrado varios esqueletos cuyas vértebras estaban perforadas por pedernales cortantes, lo que ha dado á creer que éstos han pertenecido á víctimas de un sacrificio que se efectuaba á la muerte de algún caudillo. Grabados imperfectos representando la forma femenina, y que probablemente eran imágenes de alguna divinidad, adornan las paredes de algunas cuevas.

Las excavaciones subterráneas no obedecían á un solo plan, sino que eran muy diversas en su configuración. En una que tenía la forma de una gran botella, se han encontrado los esqueletos de cuarenta adultos y algunas criaturas, todas sentadas en el suelo y con la cara mirando hacia el sud.

Pasando de la edad paleolítica á la época neolítica, la sepultura más común era el *dolmen*. Ésta en su forma más simple, consistía en tres ó cuatro losas de piedra fijadas perpendicularmente en el suelo, y cubiertas por otra colocada horizontalmente, de manera que todas venían á encerrar una cavidad dentro de la cual se depositaba el cadáver, sentado ó doblado sobre sí mismo, y entonces todo se cubría con un montículo de tierra.

La edad de bronce fué caracterizada por lo general que se hizo la práctica de incinerar los cadáveres. En Europa continuó el uso del

dolmen. Las cenizas eran algunas veces depositadas en urnas. Fué en esta época cuando en Dinamarca se empleó el roble como ataúd. El tronco de un solo árbol era excavado para albergar el cuerpo del muerto, el cual era colocado allí con la misma vestimenta que había sido de su uso diario cuando vivía. Esta vestimenta consistía en un vendaje de las piernas, una especie de camiseta de lana, una capa y un gorro — ropa que se ha encontrado dentro de esos robles, cuando el cuerpo que vestían había desaparecido casi por completo. Juntos con estas ropas se han encontrado sables de bronce con vainas de madera, cuchillos del mismo metal y copas de madera.

En la edad de hierro comenzó á desaparecer en Europa, aunque lentamente, la costumbre de incinerar los cadáveres, y se hizo general la sepultura de los muertos.

Entre las razas salvajes han existido, y existen hasta el día de hoy, costumbres en extremo curiosas, relacionadas con los ritos de los muertos. Algunas tribus de Norte América exponen los cadáveres sobre las ramas de los árboles. Hay tribus que arrojan sus muertos á los ríos; otros á la mar. Entre los dyaks, cuando ocurre el fallecimiento de un caudillo, lo colocan en su canoa de guerra junto con todas sus armas favoritas y los objetos principales que le pertenecían y entonces se abandona la canoa á la ventura de las corrientes. Los nativos de Kamschatka crían una raza especial de perros para devorar á sus muertos. Hay razas que beben, otras que comen los cadáveres. Entre los primeros se encuentran las tribus de los tarianos y tucanos del Brasil. Un mes después del entierro, exhuman el cadáver, y, colocándolo sobre una gran sartén ó en un horno, lo exponen al fuego. Cuando todo lo que es volátil ha desaparecido, y queda una masa negra y carbonizada, ésta se reduce á un polvo fino, el cual es mezclado con cierto líquido, para después ser bebido en compañía por todos los amigos del difunto, y en este lúgubre festín creen asimilarse todas las virtudes del extinto. Existe en el Indostán un territorio llamado Narmada, donde en tiempos antiguos nunca penetró la civilización ariana, y que en tiempos moder-

nos se ha hecho refractaria á la europea. En este territorio no solamente se comen á los muertos, sino que no se espera que abandonen la vida por causas naturales; á los viejos y á los débiles de la familia se los mata para después comerlos. Es muy probable que todas las razas que comen los cadáveres de los muertos amigos, lo hacen con la idea de ser beneficiados por las virtudes que los extintos poseían durante su vida.

En cuanto al motivo de comer cadáveres de enemigos, existe la teoría de que esto obedece á la idea de un sacrificio religioso. En la antigua mitología egipcia hay un episodio, lleno de interés, que demuestra cómo, hace miles de años, existía el concepto de que las virtudes intelectuales y las propiedades físicas de una persona, podían pasar á otra por el mero hecho de ingerir su cadáver. El dios Sahu era un gran cazador. De día, acompañado por sus genios, acostumbraba atravesar ese mundo que se encontraba del otro lado del firmamento. Al ser divisado por los otros dioses, las estrellas se preparaban para dar batalla y los arqueros celestiales avanzaban á su encuentro, mientras que los dioses en el horizonte temblaban de terror. Uno de los genios de Sahu tiraba un lazo á uno de los dioses, el cual, una vez asegurado, era examinado por otro de los genios, quien determinaba si la víctima era buena y pura para ser comida. En caso afirmativo se le cortaba el cuello, y las carnes eran colocadas en una olla para ser cocidas; si el dios era viejo, la carne se asaba, considerándose que de esta manera el sabor sería mejor. Sahu comía tres veces por día: á los dioses grandes por la mañana, á los pequeños por la tarde, y á los más diminutos de noche. Mientras comía á cada dios, las propiedades intelectuales y físicas de las víctimas se infundían en su propio sér. Con la sabiduría de los dioses viejos fortalecía su propio entendimiento; la juventud de los dioses jóvenes reparaba el gasto diario de su vigor; y el fuego de todos ellos servía para sostener el esplendor perpetuo de su inteligencia. Este episodio de la mitología egipcia tiene también gran interés con respecto á ciertos tratamientos médicos en voga hoy día, en que se recomienda

la ingestión de órganos obtenidos de ciertos animales, con el objeto de que el sér humano, al ingerirlos, asimile las propiedades que estos órganos proporcionaban á la economía de esos animales. Es también interesante por la mención que en él se hace del lazo, siendo probablemente la noticia más antigua que existe de este instrumento de caza criolla, y por último, es interesante por la referencia que hace de la inspección veterinaria. Tardía ha sido la civilización moderna en adoptar los beneficios de esta inspección, que era conocida de los antiguos egipcios, aun en su mitología.

Volviendo de esta digresión, de las civilizaciones antiguas, la que más se ha preocupado de los muertos ha sido la civilización egipcia. La gran preocupación del egipcio era proveer para el muerto. Su creencia era que lo que nosotros entendemos por alma y que él llamaba «el doble», dependía para la continuidad de su existencia de que la parte corporal de la cual se había desprendido en la hora de la muerte, no fuera del todo aniquilada. En el momento en que el cuerpo desaparecía, el «doble» cesaba de existir. De ahí el gran interés del egipcio para conservar su cuerpo después de la muerte y de esa manera evitar la aniquilación de su «doble», —interés que en su desarrollo llegó á dar por resultado la construcción de las célebres pirámides, que son hasta ahora el asombro del mundo, que, al contemplarlas, no puede darse cuenta cómo en época tan lejana el arte arquitectónico pudo llegar á tal grado de perfección.

Egipto, fuera del valle del Nilo, es un desierto de arena, con un clima muy seco, donde la putrefacción se hace con dificultad, y que por consiguiente se presta admirablemente para la conservación de cadáveres. Los egipcios primeramente enterraban en la arena. Aquí el cutis pronto se desecaba y endurecía, mientras que las partes internas desaparecían lentamente, y entonces quedaba durante siglos el esqueleto cubierto por una especie de pergamino, lo que era suficiente para que el «doble» continuase su existencia. Con el tiempo descubrieron el arte de embalsamar, y lo llevaron á la perfección, de manera que hoy es posible distinguir las facciones de

personas que han muerto hace miles de años; y los arqueólogos que con su pico y pala incesantemente están excavando el suelo, y con su erudición descifrando los geroglíficos de las tumbas, nos han permitido conocer las momias con sus fisonomías intactas de algunos de esos Faraones que mayor resonancia tuvieron en la historia del mundo antiguo. Con el tiempo los cuerpos fueron colocados en sarcófagos, cajones fúnebres contruidos de piedra con la tapa herméticamente cerrada en los costados, para impedir toda penetración de aire. La gente de posición construía sepulcros, que se llamaban « mastabas », y que consistían en una capilla sobre tierra, y en bóvedas subterráneas que comunicaban con el exterior por medio de un caño ó conducto; algunos de estos mastabas eran monumentales, teniendo fachadas hasta de cuarenta y tantos metros de ancho. Tenían dos puertas; una, que lo era solamente en apariencia, estaba destinada á que el « doble » visitara el cuerpo que en otros tiempos lo había albergado; la otra era verdadera, para el uso de la familia; encima de esta última estaba inscripto el nombre del muerto, algunas veces con la agregación de sus títulos y genealogía, y otras veces con una oración dedicada á obtener su bienestar. La capilla, generalmente, era pequeña, y su parte esencial consistía en una estela donde el difunto está representado comiendo en su mesa, y donde además están grabadas algunas inscripciones. El objeto principal de la estela era conservar el nombre del extinto, sin cuyo requisito la existencia del « doble » era una imposibilidad.

El dios invocado en las inscripciones estaba obligado á mediar entre los vivos y los muertos, llevando á los últimos las ofrendas que los primeros les hacían, y quedando siempre el dios facultado para apropiarse parte de estas ofrendas para su uso personal. De esta manera se hacía llegar á las manos de los «dobles» pan, carne, bebidas y otros objetos que necesitasen. Pero no era absolutamente necesario que estas ofrendas fuesen llevadas á la capilla en forma material; cualquiera que entrando en la capilla repitiera en alta voz las fórmulas inscriptas en la estela aseguraba al « doble » la posesión de



los objetos enumerados. El caño conductor descendía perpendicularmente hasta una profundidad de doce metros, algunas veces hasta veinticinco y más; de allí tomaba una dirección horizontal que llegaba hasta la bóveda, la cual estaba excavada dentro de la roca, y destituida de toda ornamentación. En esta bóveda se depositaba el sarcófago conteniendo el cuerpo, y á su lado parte de un novillo que había sido muerto en la capilla, también unas redomillas con perfumes y unos jarrones con agua. Inmediatamente después el caño conductor era llenado con piedras mezcladas con cascajo y tierra, á lo que se agregaba agua, quedando todo consolidado en una masa compacta que hacía casi imposible toda penetración en la bóveda subterránea.

Los que construían estos mastabas sabían muy bien que si sus deudos inmediatos visitarían con regularidad las capillas llevando ofrendas para uso del «doble», llegaría un día en que los parientes lejanos no tomarían igual interés, y entonces el «doble» se encontraría en grandes necesidades.

Para subsanar esto, dejaban propiedades cuyo producto estaba destinado á pagar el servicio perpetuo de sacerdotes encargados de atender á estos requisitos del «doble». Durante tres ó cuatro generaciones se continuaban observando las disposiciones del extinto, después de lo cual nadie se acordaba ni de su «doble» ni de su cuerpo.

Por difícil que se hiciera el acceso á las bóvedas subterráneas, no era del todo imposible que con el tiempo manos profanas llegaran á penetrar, y entonces el «doble» quedaba expuesto á perder su existencia. Era, pues, necesario buscar otro recurso más para evitar esa desgracia, que tanto temía el egipcio. Dentro de las paredes del sepulcro, en diferentes partes y secretamente escondidas, se colocaba una cantidad de pequeñas estatuas representando al sepultado. En estas esfinges penetraba el «doble» y de hecho las dotaba de vida, quedando entonces ellos como guardianes de la tumba, con poder de fulminar con la muerte ó la locura á los que intentasen profanar

el reposo del sepulcro. Tan arraigada ha quedado la convicción sobre el poder destructor de estas pequeñas estatuas, que aun hoy, después de decenas de siglos, y después que más de una religión ha dominado y pasado por el país de los Faraones, los fellah les temen todavía.

En un país donde los ricos gastaban fortunas en la construcción de sus hogares eternos ¿qué no harían los reyes, que disponían para su uso particular de gran parte de las riquezas del territorio, y del trabajo personal de muchos de sus súbditos? Las grandes pirámides de Egipto, esas obras colosales, construídas con inmensos blocks de piedra sólida, colocadas en tan perfecta yuxtaposición que sus líneas divisorias eran de difícil apreciación, en cuya labor se empleaban miles de obreros trabajando durante décadas de años, fueron los sepulcros de los antiguos Faraones.

Dentro de estas montañas de piedra, por corredores que procedían de una entrada oculta y que tomaban direcciones varias destinadas á despistar al que por milagro consiguiera algún día penetrar dentro, se llegaba al fin á una bóveda que guardaba el sarcófago del Faraón. Pero todo fué en vano. Con el tiempo los mismos reyes no respetaron las sepulturas de sus antepasados, y usaron los materiales de algunas de ellas para construir nuevos edificios. Y cuando vino la dominación árabe las pirámides fueron entregadas al saqueo. Con labor tenaz, los árabes buscaron y encontraron las entradas ocultas de los corredores, removieron los obstáculos que en éstos existían para impedir el acceso á la bóveda, y una vez dentro de ésta destrozaron la momia en busca de alhajas, dejando sus huesos esparcidos por el suelo. Á tal resultado —la desecación de sus restos mortales —llegó tanto esfuerzo humano para substraerse á las leyes de la naturaleza. ¿Y los que hoy en países cristianos imitan al antiguo egipcio, haciendo uso de cajones impermeables y bóvedas, creen por acaso que con el olvido del tiempo sus restos disfrutarán de mayor consideración? Que respondan esos antiguos cementerios de Europa que hasta hace poco se explotaban para vender los huesos

como abono para chacareros. Los egipcios aun tenían gran razón para hacer lo que hacían, pues su creencia hacía depender la existencia del alma de la conservación del cuerpo, pero los cristianos no tienen absolutamente ninguna doctrina que les obligue á persistir en esas costumbres de origen pagano.

Los caldeos no tenían un concepto tan claro como los egipcios respecto de lo que les esperaba después de la muerte. Sobre todo no creían que el « ekimmu » — esa parte del sér que sobrevivía á la muerte — dependiera de la conservación del cadáver para la continuidad de su existencia. Sin embargo, creían que el « ekimmu » algo sufría si el cuerpo, en lugar de ser enterrado, era abandonado como despojo á los buitres. El « ekimmu », después de la muerte, visitaba por un tiempo el sepulcro donde se encontraba lo que antes había sido su cuerpo, y luego, trasladándose á « Aralu » — el país obscuro situado muy lejos de este mundo — se despedía para siempre de su compañero perdurable. Pero mientras permanecía en este mundo necesitaba comer, vestirse y gozar de ciertas comodidades — requisitos á los que la familia atendía por sentimientos de piedad; pero en el caso de no hacerlo, podía con toda seguridad esperar los tormentos que el « ekimmu » se encargaba de mandarle, ó las enfermedades que éste permitía entrar en su antiguo hogar. Cuando en una casa ocurría un fallecimiento, y los deudos se entregaban á llorar su pérdida, llegaban los plañideros, quienes además de llorar, lavaban el cuerpo, lo perfumaban, lo vestían con sus mejores ropas, pintaban sus mejillas y párpados, sobre el cuello colocaban un collar, y anillos sobre los dedos, y luego disponían el cuerpo sobre la cama, á cuya cabecera se encontraba un pequeño altar conteniendo las ofrendas usuales. Como en la Caldea no existe piedra, las sepulturas eran construídas con ladrillos. Dentro de la sepultura, alrededor del cuerpo, se colocaban jarrones y fuentes, conteniendo los vinos favoritos del extinto, dátiles, pescado, y en ocasiones la cabeza de un cerdo. Además se colocaban también dentro de la sepultura las armas de defensa que el extinto

había usado durante su vida, juntas con un cilindro en que estaba inscripto su nombre.

Si en vez de un hombre era una mujer la que había muerto, entonces, en lugar de armas, se ornamentaba el sepulcro con abundancia de adornos, flores, botellas de perfumes, peines, lápices de cosmético, y panecitos de una pasta negra que se usaba para pintar los ojos y los bordes de los párpados.

Para que nunca faltara agua al « ekimmu », se colocaba una serie de cilindros, uno sobre otro, desde el sepulcro hasta la superficie de la tierra; el último cilindro tenía un pequeño cuello que recogía el agua de la superficie ó la infiltración del río. En algunas ocasiones se practicaba la incineración del cadáver antes de sepultarlo. Las costumbres funerarias de los caldeos no eran más que el reflejo de sus creencias religiosas, y la ornamentación de los sepulcros no puede tacharse de espíritu de vanidad, sino más bien atribuirle á sentimientos de piedad que velaban por el bienestar del alma de un deudo.

Desde que Max Müller, en sus estudios filológicos, ha demostrado la consanguinidad de idioma que une al sanscrito con la mayor parte de las lenguas europeas, las costumbres de los antiguos hindúes vienen á tener gran interés para nosotros, desde que por descendencia europea podemos reclamar el pertenecer, con los hindúes, á la gran raza ariana.

En el Indostán las costumbres funerarias variaron con el cambio que sobrevino en la religión introducida por los primeros arias que llegaron á la India, procedentes del occidente; al principio se enterraba debajo de la tierra. En uno de los himnos del Veda, libro sagrado de los hindúes, se encuentran estas palabras destinadas á ser pronunciadas en el momento en que el cadáver era devuelto á la tierra. « ¡Ábrete, oh tierra! no seas demasiado angosta para él; cúbrelo como la madre cubre á su hijo dentro de su vestimenta! »

Existen también invocaciones para que el extinto llegue al mundo « que no perece y no cambia, donde existe luz eterna y esplendor, donde hay paz, gozo y deleite ».

Los sobrevivientes conservaban el mayor respeto por los muertos. Llevaban ofrendas para que á los muertos no les faltase ni alimento ni abrigo. Cada luna nueva la familia observaba una fiesta funeraria; se cavaban tres surcos en el suelo, y en cada uno de éstos cada pariente depositaba tres tortas, una para el padre, otra para el abuelo y otra para el bisabuelo de la familia. Más tarde se introdujo la costumbre de incinerar los cuerpos; y por un tiempo la sepultura y la cremación se practicaban conjuntamente en el valle del Indo.

Cuando los sacerdotes brahmas desarrollaron la religión bajo un nuevo aspecto, y en lugar de la adoración de los dioses antiguos todo el culto religioso se concentraba para reincorporarse en el alma del mundo — el dios impersonal Brahma, — y para llegar á lo cual era necesario destruir por medio de la mortificación todo lo que tuviera sensación en el cuerpo humano — mortificación que en sus manifestaciones prácticas llega á extremos increíbles, tal como la suspensión durante horas del cuerpo desde un gancho enterrado en la carne viva del sér humano — cuando la religión del hindú tomó esta nueva dirección, las antiguas costumbres funerarias hubieron de suprimirse en gran parte, á no ser por el arraigo profundo que habían tomado dentro del organismo social.

Un cambio notable en los ritos de los muertos fué el que se produjo en lo que se relacionaba con la conducta que debía observar la viuda. En la religión primitiva, la procesión fúnebre, de la cual formaban parte la viuda del muerto y las mujeres casadas de la familia, lejos de ser una ceremonia en que se lamentaba la pérdida del marido, era más bien una apoteosis de la vida matrimonial. Un himno, al referirse á las mujeres que seguían en el acompañamiento de un hombre casado, dice: « Las mujeres que aquí son esposas, no viudas, contentas con sus maridos, se adelantan con la gordura y manteca del sacrificio, y lo hacen sin lágrimas; con gozo y hermosamente adornadas ascienden los escalones del altar » — á la viuda le dice: « ¡ Elévate, oh mujer, al mundo de la vida! El aliento

de aquel al lado de quien estás sentada, ha partido; el matrimonio con aquel que una vez te tomó de la mano, y te amó, se ha consumado ».

Otra fué la suerte de la viuda cuando el sacrificio de la persona fué la idea dominante en la nueva religión. Entonces, en lugar de « elevarse al mundo de la vida », la viuda ascendía á la pira funeraria para confundirse con su esposo en las llamas que conjuntamente abrasaban á los vivos y á los muertos.

Esta inmolación no solamente no era rehuída por los que habían de servir de víctimas, sino que como los hindúes tenían más de una esposa, y la ley de los brahmas únicamente permitía que una subiera á la hoguera, las diferentes viudas se disputaban el honor de este sacrificio. Cuenta la historia que en el año 316 antes de la era cristiana, en una batalla que tuvo lugar entre Eumenes y Antífonas, cayó muerto un capitán de los hindúes llamado Ceteo. Las dos esposas de este capitán lo habían acompañado á la guerra, y cuando llegó la hora en que los restos de Ceteo iban á ser entregados al fuego, las dos viudas clamaban por el derecho de acompañarlo en las llamas. La más joven alegaba que como la mayor estaba en cinta no podía ser sacrificada; la mayor á su vez exigía el honor de la inmolación en virtud de sus años. Al fin los otros capitanes del ejército decidieron favorecer á la menor. Entonces la mayor sacándose la diadema de su cabeza, se tiraba del cabello, llorando amargamente; mientras que la más joven, gozando en su victoria y adornada como para una fiesta nupcial, se dirigió á la pira funeraria. Cuando se acercó á la hoguera, mientras que las amigas entonaban un canto, ella se despojó de sus adornos, entregándolos á sus parientes y amigos. Una vez desprendida de sus alhajas, tomó la mano de su hermano, quien la condujo directamente á la pira. Sobre ésta subió é inclinándose ante el cadáver del marido, fué devorada por el mismo fuego que se alimentaba con los restos de él. Durante esta terrible inmolación ni un solo lamento escapó de sus labios para herir los oídos de los que concurrían á presenciar espectáculo tan extraordinario.

Hoy ya no se queman las viudas de los hindúes, pero en cambio quedan relegadas á un estado social en que los sufrimientos morales durante una vida entera superan en mucho á los dolores físicos que antes, si bien eran agudos, concluían en pocos momentos.

La esposa del más rico hindú, desde el momento que fallece el marido, es señalada al desprecio de todos, su comida es lo suficiente para no perecer de hambre, y unos harapos constituyen toda su vestimenta.

El sacrificio de la esposa, como parte de ritos funerarios, no quedó limitado á los hindúes. Igual práctica ejercían los escitas, á lo menos sus caudillos, solamente que en el caso de éstos, la viuda no era quemada sino enterrada viva en el sepulcro del marido, y juntos con ella participaban de igual destino el caballo del esposo y varios esclavos. En uno de estos sepulcros, en Koul-Oba, al sud de Rusia, se ha encontrado un precioso vaso metálico ricamente ornamentado, que ha dado lugar á mucha discusión entre los arqueólogos, pues el hecho de que este vaso fué encontrado al lado de los restos de la mujer ha sugerido la idea de que contenía algún veneno para adormecer la sensibilidad de la viuda en momentos tan angustiosos.

Miss Kingsley, una intrépida viajera que hace poco se internó en el centro del Africa, entre países caníbales, acompañada únicamente por una escolta de negros, relata que por allí también existe la costumbre de sacrificar la mujer á la muerte del marido.

Inquiriendo de un rey á qué obedecía esta costumbre, el negro contestó á Miss Kingsley, que en su país era muy general el envenenamiento de las personas, y que sabiendo de antemano la morena lo que le esperaba á la muerte de su marido, tendría poco interés en suministrarle nada que á ella le devolviera la libertad de su viudez.

Volviendo á los hindúes, hoy es muy general la incineración del cadáver, y el arrojar después las cenizas al río sagrado. Nosotros presenciarnos esta ceremonia en Calcutta, situada en las márgenes del sagrado río Ganges. Entramos en un pequeño galpón sin techo, en la barranca del río. En el centro del galpón estaba colocada la

pira funeraria, compuesta de leños superpuestos en orden hasta una altura como de un metro. Al poco tiempo de estar allí entró un acompañamiento; — eran tres ó cuatro hindúes que llevaban á una viejecita. Ésta fué colocada sobre la pira, uno de los acompañantes, pronunciando ciertas palabras y mojando los leños con un líquido, dió una vuelta alrededor, y concluyó aplicando fuego á la pira. Después todos se entregaron á conversar alegremente y á reirse.

Las llamas se encendieron, el humo llenó el interior del galpón, y siendo un poco fuerte la fragancia de la viejecita quemada nos obligó á retirarnos del local. Dejamos á los acompañantes en la duda de si eran incineradores de oficio, insensibles á la solemnidad de la ceremonia, ó si eran yernos que cariñosamente recordaban las virtudes de una extinta suegra.

Los sepulcros de los hindúes, en todas épocas, han sido sencillos, y esta sencillez ha estado en armonía con las creencias religiosas de los brahmas, según las cuales el cuerpo humano no servía sino para retardar la felicidad que anhelaba alcanzar la parte espiritual del hombre.

Los ritos funerarios de los persas se practican en las célebres « torres de silencio ». Estas son unas torres altas, que concluyen arriba en un enrejado de hierro. La procesión fúnebre llega al pie de la torre ; el cuerpo es conducido al enrejado, y colocado sobre las barras de hierro. Pocas horas después ya no quedan más que los huesos del cadáver. Los buitres que en gran número viven sobre la torre han efectuado este despojo. Los huesos son llevados después abajo y depositados en un osario común. La razón de este rito se encuentra en la religión que Zoroastro fundó en Persia. Todo lo que existe en este mundo pertenece á uno de dos espíritus, el bueno y el malo. Entre estos dos espíritus y sus respectivos partidarios se hace una guerra incesante. Cuando una persona muere, su alma se separa del cuerpo y se dirige á otro mundo para allí ser juzgada por sus actos efectuados aquí. El cuerpo, una vez separado del alma, queda como



propiedad del espíritu malo, y no puede tocar nada de lo que pertenezca al espíritu bueno sin peligro de contaminarlo.

La tierra pertenece al espíritu bueno; el cadáver no puede entonces ser enterrado. El agua es propiedad del mismo espíritu; tampoco puede el cuerpo ser arrojado á la mar ó en los ríos. Por último, el fuego está bajo su dominio; y los restos de un persa no pueden acercarse á una pira funeraria. No queda otro recurso que entregar el cadáver á los buitres, que son agentes del espíritu malo.

En la China dos religiones nuevas y un sistema de código moral suplantaron á la antigua religión del país, no sin que las huellas de ésta hayan permanecido visibles en la práctica de las nuevas. El budhismo, que surgió en la India como reforma de las ideas implantadas por los brahmas, y que aconsejaba se separara la parte espiritual de la parte corporal del hombre, no por medios horripilantes de auto-mortificación, sino más bien por un ascetismo moderado y por prácticas de beneficencia, fué introducido en la China sesenta años antes de la era cristiana, y obtuvo con el tauismo — religión de la cual era característico el elemento racionalista — y el confucionismo — sistema de código natural — el dominio religioso de ese país.

La adoración de los antepasados se ha observado en la China desde los primeros tiempos. Esta práctica está fundada sobre la piedad filial, sosteniendo los chinos que se debe respetar á los antepasados en la muerte como si estuvieran presentes en la vida. En la primavera, y ocasionalmente en el otoño, los chinos visitan los sepulcros de los que fueron sus antepasados durante varias generaciones, llevándoles diversas ofrendas. Esta presentación de ofrendas se practica varias veces al año en el hogar, delante de una especie de altar consagrado á los antepasados. Pero si los chinos honran á los muertos por sentimientos de piedad filial, no dejan de ser influenciados á este respecto por el temor que les inspiran los espíritus de los extintos. Un residente europeo en Shanghai, que había vivido muchos años en el país, nos contaba que en algunas

partes la fama de ser excesivamente bondadoso constituía un peligro, porque el que tal fama poseía estaba expuesto á ser asesinado con la idea de que su buen espíritu, permaneciendo en la localidad, serviría de protección á los vecinos.

Los chinos no tienen cementerios. El muerto es depositado dentro de un ataúd en cualquier terreno, sobre el cual se acumula un montículo de tierra. Al caminar por los alrededores de los pueblos chinos, se ven estos montículos de tierra esparcidos por todas las chacras, y como las lluvias los demoran continuamente, no es extraño de cuando en cuando encontrarse con parte de un cajón fúnebre que sobresale del montículo que lo resguardaba, y esto al lado de un terreno dedicado á la agricultura. En Hong Kong presenciarnos el entierro de un sacerdote budhista que se había ahogado en la bahía. La procesión fúnebre iba precedida por unos chinos que sobre sus hombros llevaban una tabla con un cerdo asado; más atrás venían otros también con tablas conteniendo tortas y frutas; y por último seguían los acompañantes, llevando los últimos sobre sus hombros el féretro con el sacerdote dentro. Seguimos al cortejo fúnebre hasta la distancia de una legua fuera de la ciudad, cuando llegando á un paraje accidentado la procesión se paró, y los sacerdotes comenzaron á entonar cantos, mientras quemaban ciertos papeles que son de uso sagrado en sus templos. Entretenidos en oír los cánticos de los sacerdotes, no nos apercibimos que gran parte del acompañamiento había tomado otra dirección, llevándose al difunto y todas las viandas, las que probablemente habían sido depositadas juntas con el muerto como primera instalación para la satisfacción de su futuro apetito. La idea dominante en los ritos funerarios de los chinos está en honrar la parte espiritual del hombre; por eso, aunque los sepulcros son visitados con asiduidad, éstos, que contienen solamente la parte corporal, reciben poca atención en su parte decorativa.

Los judíos han sido notables por lo acertado de sus prescripciones sanitarias. Sin duda, para evitar la diseminación de enfermeda-

des contagiosas, los cadáveres eran considerados como objetos contaminados. El israelita que había tocado un cadáver tenía que ausentarse del campamento por cierto tiempo. No por eso se dejaba de enterrar á los muertos con toda decencia. Cuando un judío moría, su cuerpo era entregado á ciertas mujeres, quienes lo lavaban y lo ungián con especias. Se ponían también especias entre la ropa que cubría el cadáver. Rara vez se usaban ataúdes, y cuando se empleaban éstos eran abiertos, sin tapas. Se empleaban con abundancia fumigaciones de mirra, áloe, y otras substancias fragantes. Los cadáveres eran colocados debajo de tierra ó en sepulcros.

Los judíos nunca favorecieron la idea de quemar los cuerpos, en parte porque habían de asociar este modo de disponer de los cadáveres con el « fuego », que consideraban como una abominación de los primitivos habitantes de Palestina, y, en segundo lugar, porque también lo asociarían con lo que sucedía en el célebre valle de Hinnon, —ese valle que había sido contaminado moralmente por uno de sus reyes, y que después sirvió como depósito para los desperdicios de Jerusalén, que se arrojaban á un fuego que nunca cesaba y donde también echaban los cadáveres de los criminales que habían sido ejecutados.

En Grecia, durante una época de su historia, no solamente era costumbre que el cadáver fuera incinerado, sino que el no serlo se consideraba como una deshonra para el extinto. Más tarde vino el uso de enterrar, y mientras algunos seguían esta nueva moda, otros persistían en la antigua costumbre.

En Atenas, las exequias de los muertos llegaron á tal grado de extravagancia, cuando á la pira funeraria se arrojaba armas, joyas, vestidos y hasta animales, que Solón intervino reglamentando los ritos funerarios, para detener las exageraciones de la vanidad ateniense. Cuando Solón murió, su cuerpo fué quemado, y sus cenizas, por disposición suya, fueron esparcidas alrededor de la isla de Salamis.

Los romanos, al principio, enterraban á los muertos; después

adoptaron de los etruscos el sistema de la incineración. Los romanos, con principios de higiene más adelantados que los nuestros, decretaron que todo rito funerario se efectuara fuera de la ciudad.

Cuando la incineración se hizo general, la cremación se hacía de una manera para los pobres y de otra distinta para los ricos. De noche se encendían grandes fogatas en la colina Esquilina, y allí los esclavos que atendían el servicio arrojaban, uno tras otro, los cuerpos de los pobres, los cuales aún ardiendo antes de estar completamente quemados eran tirados á una fosa común.

La ceremonia de quemar el cuerpo de un rico era muy costosa, y en ello los emperadores y cortesanos gastaban sumas fabulosas, que encendían la envidia de los que queriendo imitarlos no lo podían hacer por falta de medios. Primeramente se hacían incisiones en el cuerpo para estar seguros de que la muerte no era meramente aparente. El cuerpo era bañado con bálsamos y aceites. Envolturas de asbesto separaban las cenizas del rescoldo. Durante la ceremonia, los parientes, vestidos de blanco, se agrupaban alrededor. Estos se cortaban un mechón de cabellos para colocarlo junto con el cuerpo. Cuando todo estaba listo, el pariente más cercano abría los ojos del muerto, y volviéndose á un lado prendía fuego á la pira. Cuando las llamas abrasaban, se arrojaban á la hoguera los animales favoritos del extinto, armas, vestidos y otros objetos, y con profusión se esparcían especias, aceites y bálsamos sobre el fuego.

Se consideraba como una deshonra si el cuerpo no había quedado completamente consumido. Las cenizas se recogían después, para ser guardadas en urnas construídas de mármol ó bronce, y algunas veces de plata ú oro. Las urnas eran depositadas en nichos excavados en cámaras subterráneas que se denominaban « columbaria ».

Cuando la religión cristiana fué introducida en Roma, los cristianos, que protestaban contra las costumbres que los paganos observaban en su vida, protestaban igualmente contra los ritos que éstos seguían en sus funerales.

Además, la idea de la pronta resurrección del cuerpo chocaba

con la ceremonia de quemar el cadáver. Por esto los primitivos cristianos de Roma construyeron las célebres catacumbas, que sirvieron para el entierro de los muertos, y en épocas de persecución para escondite de los vivos. Estas catacumbas eran pasajes subterráneos, apenas de un metro de ancho, y algunas veces menos, con huecos á los costados para los muertos. En el siglo iv, cuando la mayor parte de la población había adoptado la religión cristiana, y el mismo emperador Constantino fué bautizado, las catacumbas comenzaron á caer en desuso. Entonces se permitieron los entierros dentro de las iglesias, y se construyó el primer cementerio en el recinto de la ciudad.

De la época de la primitiva religión cristiana en Roma, y sin necesidad de detenernos en otros tiempos, cuando esa religión pasó por días de tinieblas y días de luz, podemos entrar á considerar las costumbres funerarias que rigen hoy día en Buenos Aires.

Para poder apreciar debidamente nuestras costumbres es necesario darse cuenta de la evolución que las condiciones sociales han seguido desde la época colonial. Darwin ha dicho de la simpatía, que es el elemento fundamental de los instintos sociales. En las sociedades embrionarias, este instinto de la simpatía es muy marcado. Al principio, la escasa población y la ausencia de esas condiciones que se asocian con un alto grado de civilización, hicieron que aquí predominase esa generosa hospitalidad que es característica de las sociedades nacientes. El viajero á quien la noche lo sorprendía en la inmediación de algún rancho, se dirigía á éste para descansar de sus fatigas, en la seguridad de ser recibido con cordialidad y de que se le haría partícipe de todas las comodidades que pudiera ofrecer la humilde familia. Esta generosidad, inspirada por el sentimiento de simpatía, no se limitaba á dar albergue al viajero, extendía sus brazos hasta las desgracias del vecino, y un fallecimiento en un rancho era la ocasión para demostrar que, aunque pocos en número, era grande la solidaridad que los vinculaba haciéndoles partícipes comunes en las desgracias ajenas. Con el tiem-

po, los ranchos se juntaron para formar pueblitos, y los pueblitos crecieron hasta llegar á ser pueblos, pero el instinto de simpatía se mantenía siempre vivo en el alma de sus habitantes.

El frío, el calor y los vientos continuamente están gastando la superficie de la tierra. Cuando las lluvias caen, arrastran este desgaste hasta los ríos, y el agua corriente de los ríos lo lleva en suspensión hasta encontrar el agua inerte de los mares. En este encuentro de las dos aguas lo que antes era llevado en suspensión cae al fondo, y lentamente se va acumulando con el tiempo. Después de muchos siglos esta acumulación surge á la superficie como una nueva formación geológica.

Así sucede con las corrientes civilizadas, al encontrarse con el estancamiento de las sociedades embrionarias; lentamente se va formando un nuevo orden de cosas que con el tiempo surge después como una civilización nueva y especial; así ha sucedido en Buenos Aires. Desde los primeros tiempos, la civilización europea ha venido influyendo lentamente sobre nuestras antiguas costumbres, hasta que ha seguido una civilización especial que tiene como característica el instinto social de simpatía. Lo arraigado que este instinto está en nuestra sociedad, y que se manifiesta en diferentes formas, pasa desapercibido para los que nunca han salido de Buenos Aires, pero inmediatamente llama la atención de los que han vivido en otros países por algún tiempo, y de los extranjeros que vienen aquí á residir entre nosotros.

Cuando ocurre un fallecimiento en una familia, lo primero que sucede es que las relaciones acuden á la casa del duelo, y en ciertos casos la casa se convierte en una verdadera romería. Llega la noche y la casa se llena de gente. Fué el sentimiento de simpatía lo que primero motivó estas reuniones y es aún ese sentimiento el que las mantiene, aunque algo mezclado hoy con la idea de cumplir con deberes sociales que están de moda. Poca meditación se necesita para ver la imprudencia que encierra esta costumbre. Los muertos en la familia son hitos en la vida, que invitan á la contemplación

del pasado y del futuro. Las pocas horas que quedan desde la muerte de un deudo hasta el momento en que sus restos para siempre abandonan el hogar, son horas en que la familia necesita el mutuo consuelo de sus miembros; son horas en que la soledad forma el ambiente más armónico para palpar esos sentimientos del alma que mantienen vivos los vínculos entre los que quedan y el que se va; son momentos en que es profanación penetrar en el íntimo dolor de la familia; y son instantes en que las observancias religiosas exigen para los deudos cierto alejamiento de la sociedad.

De estos momentos tan caros, la familia no puede disponer, pues la omnipotente moda se los arrebatata, disponiendo que ellos sean empleados en atender á las relaciones. No es ya el íntimo amigo cuyo corazón palpitando al unísono con la desgracia del hogar se confunde en el dolor común; son ahora los amigos ordinarios y hasta los conocidos los que penetran en el círculo del duelo, con el sano pretexto de ofrecer sus simpatías, pero con el resultado práctico de incomodar grandemente á la familia enlutada. Los miembros de ésta se ven obligados á separarse; por un lado la esposa ó madre con sus hijas, en compañía de sus relaciones, por otro el esposo ó padre con sus hijos, atendiendo á las visitas que se encuentran en otra parte. En algunos casos, los restos son colocados en una sala que está en directa comunicación con las piezas donde se encuentran reunidas las señoras; pero en otros la falta de comodidad obliga á que las piezas donde se recibe á los caballeros intercepten á la sala mortuoria de la parte donde se congregan las parientas del extinto. Refinadamente cruel es la moda que exige esta separación, y más que cruel — atentatoria á todo sentimiento de delicadeza es esta misma moda, que, cuando una hija oprimida por intenso dolor tenga que desahogarse ante el cadáver de un padre, sus sollozos tengan forzosamente que llegar hasta los oídos de los extraños que han acudido al velorio. Hé aquí cómo el sentimiento de simpatía, mal encaminado, puede dar lugar á resultados tan contraproducentes. Después, estos velorios algunas veces tienen mucho tinte de fiestas gastronómicas. No es una

casa mortuoria la parte más adecuada para ir á tomar refrescos, sin embargo, hay velorios que más bien parecen reuniones de comensales sentados alegremente alrededor de licores, mientras que discuten los temas del día. No ha faltado tampoco quien haya presentado una mesa que constituía un verdadero banquete, sin duda parodiando á esos restos de los tiempos bárbaros, que aún existen en algunas provincias de Francia, cuando después del entierro todos los acompañantes se sientan en un festín que es ofrecido en nombre del muerto, y donde se alzan las copas brindando por el descanso de su alma. Hay necesidad de reforma en nuestros velorios. No es que se deba herir este sentimiento de simpatía digno de todo cultivo, y tan útil para contrarrestar ese egoísmo que generalmente acompaña á los excesivos refinamientos de pseudo civilización, de cuyas manifestaciones absurdas se ven hoy ejemplos en la vida de algunas estaciones balnearias. La familia desolada necesita para su consuelo las vibraciones de cariño que le llevan sus amistades, pero como para apaciguar el dolor físico no se hace elección de los acordes de cualquier instrumento musical, así también para calmar el dolor moral es necesario elegir el medio de expresar el sentimiento de simpatía.

Mientras permanezca el cadáver en la casa mortuoria, toda manifestación de condolencia debería hacerse por medio de tarjetas, y solamente los más íntimos amigos de la familia tener acceso al hogar.

Después del velorio viene el entierro. Ya no es como antes, que las invitaciones se hacían por tarjetas, y los amigos acompañaban los restos del compañero hasta su última morada. Hoy la invitación se hace pública por los diarios, y la moda exige que no solamente concurren los amigos y conocidos de la familia, sino también las relaciones particulares de parientes lejanos, que al extinto no han conocido ni de nombre. Resulta que en los grandes acompañamientos algunos van rezongando, por el tiempo que han perdido, mientras que otros que en cuestiones solemnes no se prestan á farsas, por el hecho de no concurrir quedan como delincuentes de deberes socia-



les. ¿Quién es el vivo, que si tuviera la elección de los que habían de acompañarlo hasta el sepulcro, no preferiría ser acompañado por unos cuantos amigos que en el trayecto recordaran su vida pasada, y no por una gran concurrencia que de lo que menos se acuerda es del extinto, y cuyos temas de conversación son las últimas novedades del día? Si en los velorios es la sociedad la que incomoda á los deudos, en los entierros son los deudos los que incomodan á la sociedad. Hay aquí también necesidad de reforma. Las invitaciones á los entierros deben ser particulares y dirigidas á los amigos de la familia. Entonces los entierros cesarían de ser lo que muchas veces son ahora—paseos incómodos á los cementerios;—y serían lo que debieran ser —acompañamientos solemnes de un muerto á su último descanso.

Después está el lujo del entierro. Parecería que hubiera necesidad pública de satisfacer algún apetito de visión de espectáculos, pues con el decaimiento del carnaval se ha venido elaborando el aparato de la ostentación funeraria, hasta el punto que hoy, para conducir á los muertos, tenemos grandes carrozas, tiradas por varios caballos de raza, lujosamente enjaezados, carrozas donde, sostenidos por cordones, van parados unos cuantos negros, que con una sonrisa de oreja á oreja demuestran lo complacidos que se encuentran en su elevada situación, mientras que los pilluelos de la calle, al ver desfilar cortejo tan imponente, asombrados exclaman en su lenguaje especial: « ¡ché mirá, qué lindo muerto! ». ¡Y esta demostración tan pomposa y tan ridícula se hace para honrar al muerto! ¡Pobre muerto, durante su vida muchas veces habrá tenido que sobrellevar culpas ajenas, pero entonces á lo menos tenía la oportunidad de defenderse; hoy que ya no puede hablar más, sobrelleva la última carga en silencio — ricamente encajonado, y expuesto en lujosa carroza, á cuenta de honrar su memoria, tiene que ser paseado en exhibición por las principales calles para satisfacer la vanidad de los que le sobreviven! ¡Alarmante síntoma de la sociedad! Grecia y Roma tuvieron sus días de excesiva vanidad en las exequias de

sus muertos — días que fueron precursores de la desaparición de ese gran poder cuya misión fué educar á la humanidad, y de ese otro cuyo papel consistió en conquistar países y darles leyes. Es verdad que aquí no se ha llegado á los excesos de Grecia y Roma, pero se va adelante, y es necesario reformar el lujo que hoy rige en nuestros entierros. No bien ha concluído el entierro cuando los diarios están en posesión de los nombres de la concurrencia, y, en ese refugio de los pobres de inteligencia que se llama « vida social », aparece la lista completa de todos los asistentes. Hoy que se ha llegado al colmo del exhibicionismo, cuando en esa « vida social » se encuentran los nombres hasta de las personas que concurren á los templos á practicar ejercicios de devoción, no es de extrañarse que las listas de los concurrentes á los entierros sean publicadas para fruición de unos y otros, pues no son solamente los deudos los que se sienten satisfechos al desplegar ante el público la nómina de los que los han favorecido en esta exhibición de su vanidad, sino que, según afirmaba últimamente un periódico de esta ciudad, hay muchas personas que son asiduos concurrentes de todos los entierros con tal de ver sus nombres figurando en letras de molde. Estamos muy lejos de suponer que todas las familias sean igualmente culpables en este respecto; conocemos casos en que sin su conocimiento se han hecho esas publicaciones; pero lo cierto es que estas publicaciones ya se han hecho moda, y que poco se hace para evitarlas, y sí mucho para conseguirlas. Oportunidades sin fin se presentan en la vida para la manifestación de los sentimientos de vanidad, que en grado mayor ó menor todos podrán poseer, y que solamente ofenden cuando pasan de ciertos límites que señala el buen sentido, pero en la hora de la muerte, que se dé tregua al culto de las exterioridades, y se honre únicamente á ese sér que nos precede en el eterno viaje que todos tenemos que emprender.

Concluído el entierro, el cadáver queda en la bóveda. Hay familias que tienen sus bóvedas, y hay muchas más que no las tienen.

Cuando muere un miembro de los últimos, se busca un amigo que posee una bóveda y en ésta se deposita el cadáver. Con el tiempo las bóvedas se van llenando, y viene el momento en que el dueño, quien ni de nombre conoce á muchos de los que allí descansan, pone un aviso en los diarios reclamando á los deudos que tengan cadáveres en su bóveda para que los saquen. En la mayor parte de los casos, ya sea porque no existen deudos cercanos, ó por otras razones, el dueño de la bóveda no recibe contestación, y entonces él por su cuenta la hace desalojar entregando los restos al osario común. Este es el fin de muchos entierros de lujo. ¡ Al principio mucho aparato y mucha ostentación; después de poco tiempo el olvido y abandono en el osario común! Pero aun los que poseen bóvedas ¿ creen por acaso que escaparán de idéntico destino? Las generaciones se suceden, y el interés en los antepasados disminuye progresivamente; tampoco las bóvedas son elásticas. ¡ No han escapado los Faraones de Egipto, encerrados en sus monumentales sepulcros, al sacrilegio de sus cuerpos, y no escaparán otros de mucho menor cantidad! ¿ Cuánto tiempo pasará sin que se repitan las escenas de los sepultureros de Elsenor, cuando cantando daban de palos á los cadáveres que desenterraban? Acaso no se encontrará alguien que al presenciar esa execración de los muertos no recuerde las palabras de Hamlet, tan apropiadas al caso nuestro: « ¿ cómo permite que este villano aporree su cabeza con su inmunda azada? » Pero quizás fuera aquél en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus escrituras, sus seguridades, sus registros, sus garantías y fianzas; y es esta la seguridad de sus seguridades, la garantía de sus garantías? La idea de enterrar en bóvedas ha nacido en muchos casos por el deseo de poder contemplar el cajón donde han sido depositados los restos de un muerto querido. Si el cadáver se conservase en el mismo estado en que fué colocado en el ataúd, todavía se podría explicar este piadoso deseo de contemplar el féretro, pero cuando un cuerpo ha sido colocado en un cajón impermeable, al poco tiempo se convierte en una masa horripilante, en cuya descomposición se elaboran gases

putrefactos que hacen saltar las tapas, como continuamente está sucediendo en la Recoleta. Las leyes de la naturaleza no se van á eludir con encerrar á los muertos en cajones impermeables, y después depositarlos en bóvedas. ¿Siendo imprescindible que el cuerpo cambie después de la muerte, es preferible que este cambio se efectúe en el aire con la producción de gases putrefactos que hieren á los vivos, ó es preferible que este cambio inevitable se lleve á cabo debajo de la tierra, en armonía con el misterio de la muerte, sin la elaboración de nada que ofenda á los sentidos y lastime la salud, y sí con la producción de flores que representan la vida, recordando que el sepulcro no es el último destino del sér humano? El sepelio debe efectuarse debajo de tierra, y en cajones de madera friable que opongan poca resistencia á las fuerzas de la madre tierra.

Son muchas las familias que contra toda su voluntad siguen nuestras costumbres funerarias, no rebelándose abiertamente contra ellas por no hacerse conspicuos.

Se presenta aquí una buena oportunidad para que aquellos á quienes corresponda tomen la iniciativa de llevar á cabo una sana reforma en estas costumbres. No hace mucho tiempo que en Inglaterra se formó una asociación que tenía por objeto propender á que los entierros fueran lo más sencillos posibles. De esta asociación formaban parte personas de lo más selecto de la sociedad inglesa.

En toda sociedad hay un poder de mucha influencia que se llama la imitación. Sin la imitación no habría sociedad posible—es lo que le da su gran cohesión. Pero este poder, como todo otro, puede ser usado para el bien, como para el mal. Los miembros de una sociedad se parecen en mucho á las ovejas de un rebaño : á donde corren cinco siguen después quinientas. En la sociedad, grande es la responsabilidad de esos cinco, que saben que detrás de ellos siguen tantos imitadores. En cada esfera de la sociedad hay cierto número de personas cuya conducta sirve de norma para los otros. En el caso presente son las personas de gran fortuna y elevada posición social las que están indicadas para asociarse y to-

mar la iniciativa de estas reformas, desterrando de nuestras costumbres funerarias toda manifestación de vanidad, respetando la reclusión de los deudos en los momentos inmediatos á la muerte, revistiendo á nuestros entierros de solemnidad y honrando la memoria de los muertos no con actos inspirados en antiguas costumbres paganas, pero sí con actos que, encuadrados dentro de las doctrinas que enseña la religión cristiana, no se opongan á las benéficas leyes de la naturaleza.

DIEGO T. R. DÁVISON.

## « PARSIFAL » EN BAYREUTH <sup>(1)</sup>

---

### I

Seis veces he cruzado la Baviera, pasando por el Gran ducado de Baden desde las orillas del Rhin, sin cansarme de admirar estos países tan atrayentes por sus sitios naturales como por el carácter simpático de sus poblaciones, sus manifestaciones sencillas y francas, lo mismo en la vida de familia que en la *Wirtshaus* alegre y decidora, si bien un tanto bulliciosa.

Los bellos panoramas de esas accidentadas campiñas, con sus hermosos ríos, lagos extensos, arroyos correntosos y cascadas cristalinas; con los bosques seculares y valles frondosos de su suelo feraz, tan prolijamente cultivado, desde el Rhin, la Selva Negra, el lago de Constanza, Baden-Baden (la comarca idealmente pintoresca) hasta el valle de Bohemia, — me han causado siempre una impresión gratísima; y he comprendido cómo puede aquí la imaginación encontrar los elementos de su éxtasis fecundo para dar forma y vida á las creaciones más fantásticas, al par que más perfectas del arte.

La Baviera es un pequeño país de 75.000 kilómetros cuadrados, la cuadragésima parte de la República Argentina, que con no tener muchos más habitantes que ésta y gastar anualmente 160.000.000 de pesos de la moneda argentina, no suspende sus servicios públicos,

(1) La centésima representación de *Parsifal* ha tenido lugar este año en Bayreuth.

y, lejos de escatimar el dinero para el cultivo del arte y de la ciencia, difunde la instrucción clásica y protege los establecimientos donde se reúnen los elementos para el estudio: sostiene 3 universidades, 2 conservatorios y 13 escuelas de música; 2 de escultura; 17 teatros; 24 bibliotecas, de las cuales, la Real de Munich contiene *un millón de volúmenes* y la de la Universidad 283.000. Tiene museos de pintura y edificios monumentales que rivalizan con los primeros del mundo, palacios majestuosos y jardines variados y elegantemente trazados, que envuelven á los habitantes de este país en una atmósfera propicia para la concepción intelectual y la producción artística.

Si la ingenuidad y pureza en el sentimiento conducen á los espíritus selectos al campo de la investigación idealista, á los otros mismos, cuyas facultades no tienen mayor vuelo, aquéllas los levantan por instantes á la región de las ilusiones celestiales, muy arriba del terreno de la vida material: y es aquí donde uno llega á comprender á los *Minnesinger*, á los fieles creyentes de Oberammergau, donde hace 260 años se repite, cada diez años, con recogimiento y fervor religioso, la *Pasión de Jesucristo*, como testimonio de gratitud por la desaparición de una peste que asolaba á la población.

Los Reyes de Baviera prestaron siempre protección ilimitada á las bellas artes. Luis I entregó de su caja particular 18 millones de florines; y es muy sabido que el exaltado Luis II consumió en realizaciones artísticas toda su fortuna y casi la del Estado. Wagner, que, según uno de sus biógrafos, tenía en su gesto la «amenaza de una voluntad conquistadora», buscaba un banquero protector, y, cosa inverosímil, lo descubrió en París, después de grandes esfuerzos, — aun cuando Enrique Heine sostenía que Wagner no debía tener talento, porque Meyerbeer lo recomendaba. Como era de temerse, el banquero faltó á su palabra, y Wagner, imperturbable, se conformó con exclamar: «¡Tanto peor para él, ha perdido una brillante oportunidad para ilustrarse!». — Pero la verdad — ó la convicción profunda que la revela ó la reemplaza — logró triunfar al fin:

Luis II, cediendo á las indicaciones de Hans von Bülow y de Liszt, tomó á Wagner bajo su protección, y Bayreuth, esta pequeña ciudad, tranquila y primitiva, fué la favorecida para servir de incubadora á la inspiración fecunda del gran maestro.

Bayreuth (antiguamente *Boirut* y *Baierrute*, ruta de Baviera) tiene, como todas las ciudades de su época, una historia llena de peripecias. En las guerras de 1430 y 1554, como en la de los Treinta años, sufrió bastante, lo mismo que por pestes é incendios. El margrave Christian la unió en 1603 á *Kulmbach*, paraje tan conocido por su excelente cerveza (¡poderoso coadyuvante del arte alemán!) y, trasladando su residencia á esta ciudad, contribuyó eficazmente á su desarrollo. En 1791 pasó á poder de la Prusia; por el tratado de Tilsitt fué entregada al dominio de la Francia, y en 1810, por fin, fué cedida al reino de Baviera.

Tiene algunos edificios de regular importancia, como el nuevo y el viejo Palacio, la Catedral, dos teatros y la Casa de Ayuntamiento. La parte antigua conserva todo su estilo medieval; pero en la parte nueva ya algunos edificios de arquitectura reciente empiezan á suplantar las casas estrechas de techos ojivales, que, si son de interés para los viajeros que no las habitan, carecen un tanto de las comodidades exigidas por nuestros hábitos modernos. Tiene la ciudad 24.000 habitantes y, cosa extraña, en medio de esta región ultracatólica, su mayoría pertenece á la religión protestante. Los alrededores son amenos y pintorescos, como casi todo el sud de la Alemania, y abundan los parajes ligeramente accidentados que, variando incesantemente las perspectivas, renuevan por momentos el encanto del paisaje.

Es esta la ciudad que Wagner eligió para la construcción del teatro, ideado ya por otros, para representar sus óperas en la forma original que tienen: aquí, donde también fijó su residencia, y se guardan hoy sus cenizas veneradas por todos los amantes del arte serio musical. He querido, antes de reseñar mis impresiones en esta audición reciente de *Parsifal*, describir ligeramente la comarca pri-



vilegiada en que se ejecuta, porque, como dice Goethe: « Quien quiera comprender al poeta, debe ir al país del poeta ».

Después de quince minutos de camino, desde la estación del ferrocarril, por una avenida de tres filas de coposos árboles, para peatones y para carruajes, se llega al parque, en cuyo centro se eleva el *Bühnenfestspielhaus*: una sola palabra que se expresa con seis en español, puesto que quiere decir, traducida literalmente: *Casa de las representaciones escénicas festivas*.

La construcción, confiada al arquitecto Otto Brueckwald, de Leipzig, se empezó con escasos recursos en 1872, terminándose en 1876, con un costo total de 428.000 marcos.

Su forma es la de un anfiteatro, sin palcos á los costados y solamente unos pocos en el fondo, llamado la Galería de los príncipes: se han suprimido los palcos laterales obedeciendo á una preocupación un tanto pueril, porque desde ellos podría verse la orquesta. La sala contiene 1600 personas sentadas, y los costados han sido llenados con siete series de columnas de mayor á menor, donde se han colocado los candelabros de luces eléctricas; dichas columnas sirven para dar una acústica completa al teatro y evitar las resonancias. Los profesores de la orquesta quedan invisibles para el público, porque un muro más elevado que la escena los oculta. El director de orquesta, desde su puesto, puede ver la escena sin ser visto por el auditorio.

Wagner ha venido á dar forma práctica á lo que Grétry ya indicaba á mediados del siglo pasado, cuando decía: « Desearía que la sala fuese pequeña y que contuviera, cuando más, mil personas; que no hubiese sino una clase de asientos, sin palcos. Quisiera que la orquesta estuviese oculta y que no se viera ni á los músicos ni las luces de los atriles, por el lado de los expectadores ».

La más severa sencillez en la ornamentación es el signo característico de este edificio, único en su género, y al cual el público tiene fácil y cómodo acceso por 12 puertas. (Es más ó menos lo que prescriben las ordenanzas municipales de Buenos Aires, que por desgra-

cia no se cumplen, hasta que una catástrofe nos enseñe á ser más previsores.)

Los festivales de Bayreuth tienen lugar cada dos años; en el presente se han dado varias representaciones de *Parsifal* y del *Anillo del Nibelungo*; más de 20.000 personas de todas partes del mundo las han presenciado. Las representaciones de este año han señalado una reacción favorable respecto de las últimas anteriores. Es muy sabido que ciertas innovaciones de la señora de Wagner, el alejamiento de algunos directores de orquesta y su reemplazo por el joven Siegfried Wagner, unido á la desaparición ó decadencia de los intérpretes primitivos, habían hecho desmerecer un tanto el brillo de algunas representaciones recientes. Felizmente, el entusiasmo de la madre y la experiencia mayor del hijo han restablecido la situación artística. Al lado de los cantantes consagrados y capaces de transmitir á los sucesores el puro estilo de la tradición, se han reclutado elementos nuevos que pronto se desempeñarán magistralmente: así las señoras Mildenburg, Schumann y Gulbranson, los excelentes artistas Burgstaller, Van Rooy — sin contar á Van Dick, que ha cantado *Parsifal*, y que no es nuevo ni necesita aprender nada de sus mayores. De éstos quedan todavía la Sucher, tan admirable en Isolda, la Brema, Vogl y algunos más. Las segundas partes son cantadas por artistas principales de los primeros teatros de Alemania, que sería largo mencionar. Un detalle, que es un signo de los tiempos: algunos excelentes maestros de canto y repetidores son franceses. Es conocida la sorprendente ejecución de los conjuntos vocales, sobre todo en el *Anillo*, acaso más admirables que la misma orquesta. Veinte artistas de canto componen el coro de las mujeres-flores de *Parsifal*, y 30 damas, todas elegidas, 30 tenores con 32 bajos, de los cuales cada uno es un solista, completaban el coro más homogéneo que se ha conocido hasta hoy. Más de treinta bailarinas y otros tantos bailarines cierran el cuadro del numeroso y seleccionado personal que ha interpretado magistralmente sus papeles.

En cuanto á la orquesta, dirigida principalmente este año por Sieg-

fried Wagner, Mottl y Seidl, se compone de 125 profesores, elegidos entre los mejores de Europa, entre los cuales hay 32 violines, 12 violas y 12 violoncelos.

Muchos de los artistas que toman parte en estas representaciones reciben por sus servicios una remuneración que nos parecería ínfima; algunos se prestan gratuitamente á cooperar al mejor éxito de estas fiestas, por amor al arte y por su propio crédito, por cuanto constituye un mérito y da nombre al artista, el que haya sido admitido á tomar parte en las representaciones de Bayreuth.

Los artistas de mayor renombre no desdeñan, al día siguiente de haberse lucido en un papel prominente, desempeñar uno secundario, y esto explica la perfección que se consigue en la ejecución de estas grandes obras.

Daremos fin á estas indicaciones informativas, agregando que las representaciones empiezan á las 4 de la tarde y terminan á las 10 de la noche, con intervalos, en los entreactos, hasta de una hora, para poder comer y pasearse por el parque, oyéndose todos los idiomas civilizados de la tierra en la numerosa y selecta concurrencia que compone el auditorio.

## II

« Los coros festivos del fervor más santo, y, mezclados con ellos, los gritos desesperados de un alma cargada de pecados; la risa retumbante del delito y el eco y suspiros del arrepentimiento; la locura diabólica de una envidia repleta de odio y la atracción báquica del placer sensual — el tañido de las campanas de la fe y el quejido salvaje de la desesperación: todo esto se liga para formar un mar de sonidos poderosos que se unen simpáticamente, rebosando de alegría algunas veces, y otras sintiéndose los quejidos del dolor, hasta que, por fin, un acorde sublime y conciliador se posesiona del conjunto, y con poder triunfal abarca los sonidos discordantes,

transformándolos en armonías bendecidas y divinas del amor mundanal y humano, que redime.

«Esta elevada expresión del amor, esta canción del amor más grande, se llama *Parsifal* y liga con perspicuidad admirable todo lo que el corazón humano ha esperado y temido, sufrido y combatido.

«El misterio secreto del cristianismo forma la base, el éxtasis mental de la leyenda; el alma de la obra es, sin embargo, el hombre, el hombre que lucha eternamente, golpea las puertas del cielo, mortal en fin. Así como Amfortas, grita el débil pecador, pidiendo perdón por sus culpas. — Así como Klingsor, desprecia y engaña el espíritu del mal y á los demás y á sí mismo. — Como Kundry, ríe la mujer caída á impulsos de su propio tormento, y como Parsifal, camina el noble paciente, por entre las penas del mundo, reconciliando su corazón inflamado, con esas mismas penas. La Lanza maravillosa, ese símbolo sublime, abre también, con la herida del rey, nuestras propias heridas, y la gloria resplandeciente del Santo Graal, derrama también, en nuestros pechos, la esperanza consoladora de un porvenir más risueño.

« ¡*Parsifal!* sonido afectuoso : un mundo entero se levanta bajo tus encantos y, cuadro sobre cuadro, se amontona delante de los ojos embriagados. »

Con estas palabras, un tanto simbólicas, que he vertido del alemán al español, procurando conservarles su carácter propio, explica Dietrich Echart el concepto de esta mística y meditada concepción de Wagner.

El lugar de la escena es el castillo de Montsalvat y las selvas que lo rodean: es un *burg* edificado por el caballero Titurel en una cima de los Pirineos, para conservar allí el *Graal*, la copa santa en que bebió Cristo durante su última Cena, y que contiene hoy la sangre de sus heridas divinas en la cruz, junto á la lanza que las abrió. Otro cuadro nos llevará á la torre del mago Klingsor, enemigo de los caballeros del *Graal*, situada en la vertiente opuesta de la misma serranía.

Después de la muerte del caballero Gamuret, que ha sucumbido en un combate, su mujer Herzeleide ha criado en la soledad de las selvas, para salvarle de suerte tan funesta, á su hijo Parsifal, hermoso adolescente que nunca conoció á su padre, y que ha crecido tan ignorante de la carrera de las armas como del lugar en que naciera y del héroe que le dió el sér.

En momentos en que la madre se aleja á recoger raíces y frutas, se oye un tropel de brillantes caballeros que pasan por la cabaña. Al rumor despierta Parsifal y contempla admirado esa pomposa belleza. Se siente atraído á ellos, quiere tomar las armas, pero los hombres se rien de él y parten á la carrera. Parsifal sale en pos de la comitiva deslumbradora, corre sin miedo ni fatiga, procurando en vano alcanzar á los que no divisa ya. De piedras y madera construye arcos y flechas, y con sus fuerzas hercúleas vence á los hombres que quieren detener su paso.

Camina siempre, hasta llegar sin sospecharlo á la tierra sagrada en que se alza el santuario de Montsalvat. Allí la copa misericordiosa, el Santo Graal, alumbra á horas determinadas, y con su gloria admirable guía á sus caballeros, para concederles la victoria y librarles de la muerte. La Lanza divina protege el territorio con poder invencible, y ante el que la maneja caen rendidos los enemigos.

Habían llegado los tiempos en que, agobiado por los años, el anciano Titurel, fundador de Montsalvat, y jefe de la santa milicia de Cristo, tenía que entregar el poder á su hijo Amfortas. Habita en una torre vecina de Montsalvat el mago Klingsor, quien, rechazado de la Orden, se ha entregado á las artes diabólicas, y en odio á los caballeros, ha convertido en jardín de criminales deleites el desierto próximo al castillo: allí atrae y pierde á los que se dejan seducir por la belleza de seres extraños — mitad flores, mitad mujeres.

Amfortas invade los dominios de Klingsor, enarbolando la lanza sagrada; pero una mujer de extraordinaria belleza le sale al paso y, en tanto que el desgraciado sucumbe á la seducción, su enemigo Klingsor sale de la selva, empuña la sagrada lanza abandonada y

abre en el flanco de Amfortas una herida que ningún remedio podrá cicatrizar. Con gran trabajo consigue Gurnemanz, guardián del Santo Graal, salvar á su rey, que, herido, es conducido á su castillo.

Ha sido en vano que la misteriosa hechicera Kundry fuera á lejanas tierras en busca de bálsamos que pudieran cerrar la herida incurable : los sufrimientos físicos y morales de Amfortas le hacen desear la muerte... Es el momento en que comienza la acción.

Parsifal ha llegado hasta aquí, tras la misteriosa comitiva que perturbó su soledad ; atraído por las señales de alarma de las cornetas de los defensores, que vigilan la frontera, se encamina en dirección de sus sonidos y percibe un cisne blanco que vuela hacia un lago. Sin titubear, el joven coge sus armas ; su dardo certero cruza los aires y el pájaro cae al suelo mortalmente herido. Repentinamente le rodean muchos hombres que, á pesar de su gran resistencia, le dominan, y cuando le explican el mal que hacía, matando á un pájaro tan fiel al hombre, Parsifal se arrepiente de su imprudencia juvenil. Le preguntan por su origen : él no conoce más que á su madre ; algunos presumen entonces que podría ser el *Puro é Insapiente*, á quien todos esperan con tanta ansiedad.

Kundry, la mujer huraña que descansa de sus fatigas después de correr en busca de bálsamos, cuenta la historia del huérfano y la muerte de la madre, por cuya noticia se exaspera Parsifal y le salta al cuello, queriendo matarla ; pero un dolor repentino ha extinguido sus fuerzas.

El viejo caballero Gurnemanz le cree un predestinado y resuelve llevarlo al recinto del Santo Graal ; contempla allí Parsifal la imponente ceremonia, pero sufre con el espectáculo de los dolores de Amfortas, que la preside, hasta que Gurnemanz empuja al profano fuera del sagrado recinto.

Contristado con el espectáculo doloroso que acaba de presenciar, Parsifal piensa en ese desgraciado rey, que tanto sufre y que no

puede morir ni quiere vivir, sin poderse explicar cómo, por quién y por qué fué herido.

Toma el camino de los bosques, cuando de pronto se ve asaltado por un grupo de hombres armados; son los malos caballeros seducidos por Klingsor. Pero Parsifal se defiende con valor heroico, arranca su espada al primer adversario y, partiendo brazos y cabezas, pone á sus enemigos en precipitada fuga.

Vencedor y de pie sobre la muralla de la torre mágica, contempla asombrado los encantos de un palacio y una pradera que florece maravillosamente. Niñas hermosas preguntan ansiosas por sus amantes, que huyeron ante Parsifal, en diversas direcciones, y éste bajando de la muralla las consuela. Todas se adornan precipitadamente con flores, y procura cada una atraer las frías miradas del joven, que recibe con indiferencia sus insinuaciones lascivas; al pronto quiere retirarse de allí, pero siente una voz á distancia, que le dice :

*¡ Detente, Parsifal !*

Por segunda vez oye el nombre con que su madre le llamaba : es la voz de Kundry, enviada por Klingsor. Kundry se acerca, y con su hermosura procura seducir á Parsifal; le cuenta la historia de su infancia, le exalta con sus caricias : extraviado, el joven cae en los brazos de Kundry, y sus labios ardientes se juntan con los de la hechicera, cuyos encantos están al servicio del mal. En este momento cruza por su imaginación el sufrimiento de Amfortas, cuya causa conoce ya; y las seducciones de la mujer perversa, que le maldice, se estrellan ante su resolución inquebrantable de conservarse puro y luchar por el bien. Klingsor le ataca con la Lanza sagrada, pero ésta no alcanza al joven virtuoso, se desliza por sobre su cabeza y él la empuña con su brazo al pasar. — Los años transcurren, el niño se ha vuelto hombre; pero antes que vuelva á pisar el territorio sagrado, después de infinitos combates, Parsifal, vistiendo armadura negra, tiene que recorrer aún aquellas ciudades que abandonó.

Hacía muchos años que Amfortas no descubría ya el Santo Graal; pues, triste y macilento, no deseaba más que la muerte, como único fin de su tortura.

Ha llegado el Viernes Santo, y es el día en que Parsifal pisa nuevamente la frontera del Santo Graal, que Gurnemanz, ya viejo, y Kundry, vigilan siempre; ambos lo reconocen y el primero mira con asombro la lanza sagrada en sus manos, en tanto que la maga desvía la vista del héroe. Cansado de su larga jornada, se sienta Parsifal al lado del arroyo; le quitan su armadura, Kundry le desliga las piernas, le saca sus sandalias y, como la Magdalena al Cristo, le lava los pies en el agua cristalina, mientras Gurnemanz le unge la cabeza solemnemente, con estas palabras: *Así nos fué mandado; y bendigo tu frente, para saludarte como rey.*

Sin titubear desempeña Parsifal su primer acto real y bendice con el agua sagrada á Kundry que llora. Los tres purificados se dirigen á la ciudad y encuentran á Amfortas, siempre sufriendo, pidiendo la muerte á sus caballeros, para que muriendo el pecador, pueda el Santo Graal seguir realizando sus milagros.

Parsifal, sin ser sentido, se acerca al rey y con la lanza sagrada toca la herida sangrienta; entonces Amfortas logra instantáneamente su curación.

Todos elevan acción de gracias por la salvación, y á Parsifal, como al predestinado, se le transmite el mando. Bajo un rezo mudo se enrojece el Santo Graal en sublime gloria y esparce su luz conciliadora sobre toda la asistencia. Mientras que Kundry desalentada se inclina ante el nuevo mandatario, se mece en alto sobre su cabeza una blanca paloma y resuenan como voces de ángeles palabras solemnes sobre el milagro de la Salvación y de la Redención.

Así termina Parsifal: la alta canción del amor, la canción de la más elevada pasión.

Las decoraciones con sus cambios de escena son verdaderamente grandiosas, y se experimenta, fuera de las sensaciones puramente musicales, el sentimiento de la más completa y extraña admiración.



El bosque que aparece en el primer acto, después de la primera escena, empieza á desaparecer lentamente, y á los espectadores les parece realmente que fueran ellos los que se van alejando, hasta que una obscuridad completa cubre la escena. Poco á poco y con una maestría que nunca he visto, sale de las tinieblas el hermoso palacio de Amfortas, y al reunirse los caballeros alrededor del trono que guarda el Santo Graal, surgen efectos de luz de diversos colores, que dan un encanto indecible á la escena.

En el segundo acto aparecen la torre y el castillo de Klingsor, y éste se hunde con la torre, poco á poco, apareciendo el jardín encantado, todo cubierto de vegetación tropical, con flores que cuelgan del aire, y siempre en el fondo el castillo de Klingsor. De pronto, como por un terremoto, se destruye el castillo, se secan las plantas del jardín; y las doncellas, que alegres cantaban en él, aparecen como flores marchitas, desparramadas por el suelo.

Todas estas transformaciones se realizan con tanta rapidez y exactitud tan admirable, que hacen completa la ficción. En el tercer acto aparece la choza de Gurnemanz en un valle pintoresco, paisaje de primavera, rodeado de bosques; y luego, transformándose gradualmente la escena se ve surgir de nuevo el palacio de Amfortas.

### III

Sin entrar en el análisis de esta última y más sublime composición de Wagner, transcribiremos algunas de sus propias apreciaciones: « La sensibilidad y los goces de la vida, dice, solamente se presentaban ante mis sentimientos como nuestro mundo moderno los ofrece; me aparté de ellos con repugnancia, y debo la fuerza de mi repugnancia solamente al desarrollo de mi naturaleza artística humana, que había adquirido ya toda su independencia. Así se manifestó humana y artística, indispensable como aspiración, para satis-

facer, en un elemento más elevado y más noble, la necesidad de una oposición á la vida y al arte modernos que extensamente me rodeaban, y que debía aparecerme como algo puro, juvenil, inabordable é impalpable, que debía amarse».

El doctor Dwenshauvers-Dery agrega que las representaciones de Bayreuth procuran desentrañar en lo posible el pensamiento fundamental de la obra, para que la música no solamente nos deleite fácilmente, sino que nos obligue á reflexiones graves. Envueltos en precioso ropaje se nos presentan alegrías y pesares que también son los nuestros. ¡Que la lucha sostenida por el héroe despierte en nosotros la inspiración, y nos obligue á aspirar seriamente hacia lo más elevado: la pureza!

¡Qué efecto tan extraño, grandioso y desconocido produce la ejecución de aquella sinfonía, por 115 profesores, entre los mejores que tiene la Alemania, oculta la orquesta á la vista de los espectadores, en un recinto obscurecido, en medio de un silencio sepulcral y tocando con una precisión de que solamente pueden formarse ideas los que han tenido la fortuna de escuchar los festivales de Bayreuth!

Para suministrar un indicio del sistema musical wagneriano en *Parsifal*, es decir en el término de su evolución, bastaría que analizáramos el extraño y bello preludio de la obra, que, si bien parece por momentos traer una vaga reminiscencia intencional de *Lohengrin* y hasta de *Tannhäuser* (frase final sobre el cuerpo de Elisabeth), es absolutamente original por su corte y estructura armónica. Allí aparecen sucesivamente, y separados por varios intervalos de silencio absoluto, los principales temas del simbólico poema. Primero, el tema de la *Cena* se inicia con un interminable *la* bemol grave de todos los violines, desarrollando luego sus cinco majestuosos compases sin acompañamiento; se repite el motivo después de un silencio, pero en el tono menor, que le impregna de dolorosa tristeza. Después de otro silencio prolongado, aparece el motivo del *Graal*, no menos expresivo que el otro; en seguida el tema de la *Fe*, siempre en *la* bemol, pero magníficamente desarrollado y enlazado con los an-

teriores; por fin, en medio de maravillosas complicaciones orquestales, las cuatro notas características de la *Lanza* completan el cuadro de los motivos que, con el último de la *Promesa*, se repetirán durante toda la obra, ya en la orquesta, ya en boca de Gurnemanz y otros personajes, transformados y combinados por la ciencia más compleja y la inspiración más soberana que existiera jamás.

He citado más arribalas dos obras más populares de Wagner, y, en efecto, además de las reminiscencias indicadas, se impone al espíritu una suerte de aproximación entre esta página y aquéllas. Pero el preludio de *Lohengrin* ostenta una belleza de formas menos compleja y nueva; en cuanto á la hermosísima sinfonía de *Tannhäuser*, sus efectos grandiosos son mucho más homogéneos y exteriores, infinitamente menos etéreos y sublimados que las armonías místicas de *Parsifal*. Aquí Wagner desarrolla y combina este canto religioso, sencillo y apasionado, con esa riqueza de libertades atrevidas que sólo él es capaz de afrontar; á la introducción, muy pronto siguen escalas ascendentes y descendentes de las arpas, que acompañan la melodía, para incorporarse más tarde á todos los variados instrumentos de la orquesta y formar una masa compacta de sonidos que conmueven hondamente y arrebatan la imaginación.

En cuanto á los hallazgos geniales, son de cada página, de cada momento, y me limitaré á señalar de pasada algunos de los que conquistan al público desde la primera audición.

Son extraordinariamente atrayentes los coros de los caballeros que rodean á Amfortas cuando descubre el Santo Graal, y jamás he oído, en ópera alguna, nada que pueda compararse á esta escena, de una grandeza inconcebible y de un efecto sinfónico majestuoso, que envuelve al espíritu en una atmósfera de sonoridad tan sorprendente y tan maravillosa, que conmueve el sentimiento y la imaginación hasta sus más extremos límites. Salen de la orquesta melodías sentimentales, armonías nunca oídas, etéreas, con repentinos fulgores de pasión sobrehumana.

Algunas escenas verdaderamente extrañas, como la de Kundry

acostada boca abajo por media hora, sin cantar más que dos ó tres frases entrecortadas, ó Parsifal presenciando la escena de los coros, que acabo de mencionar, durante mucho tiempo, sin articular una nota y dando la espalda al público, suelen causar cierta sorpresa á los espectadores poco familiarizados con la estética wagneriana.

Pero nada es más interesante que la escena de las doncellas del jardín: el canto alegre y juguetón ligado con sus combinaciones orquestales, tan nuevas como expresivas, da testimonio de la creación inagotable del gran maestro. Cantan el amor con gracia é ingenuidad, con la pureza de los corazones juveniles y con la poesía de las almas que no se han contaminado con los vicios humanos. Sus expresiones son una mezcla de armonías delirantes, confundidas con el eco de los instrumentos, combinaciones inenarrables que forman el himno colosal del amor sobrehumano, el amor de la naturaleza entera, como si á la par cantaran el aire, las flores y los pájaros.

La escena de Klingsor en su palacio evoca la del Samuel de *Freistchütz*, pero es de una riqueza melódica superior, y es esta una de las partes que más me han impresionado, interpretada magistralmente por el bajo Plank, uno de los mejores artistas, en su género, que haya oído jamás.

Los diversos cantos de Amfortas están llenos del sentimiento angustioso que inspiran la fe y el sufrimiento. Es magistral su frase al finalizar el primer acto, cuando pide que no descubran el Santo Graal, para que no se convierta en pena lo que para otros es motivo de placer, y llora con lágrimas de sangre los dolores de la herida abierta, pidiendo purificación para su alma atormentada por las penas del arrepentimiento.

Es inútil prolongar esta enumeración de bellezas originales que se desarrollan sin discontinuidad durante los tres actos, hasta concluir con el *Encanto del Viernes Santo* y ese prodigioso final, en que al tema de Parsifal se unen los de la Fe y de la Lanza, en medio de

los deslumbrantes arpeggios que sostienen los tres coros superpuestos de la Aleluya y de la Redención.

El que escucha detenidamente estas óperas grandiosas comprende fácilmente cómo muchos compositores modernos no hayan dejado de bañarse en las aguas regeneradoras de este caudaloso Jordán.

No sé si es debido al progreso que se opera en el entendimiento, á medida que se oyen con más frecuencia las obras del arte clásico; pero es el caso que en la primera audición de *Parsifal*, he podido darme cuenta del carácter de la obra, penetrar muchos de sus encantos y no salir con la cabeza abrumada, como me sucedía cuando no estaba connaturalizado con esta clase de producciones.

Como consecuencia de la superioridad de la música de Wagner, todas las composiciones posteriores parecen triviales y monótonas, y la explicación es perfectamente lógica; si los autores modernos quieren imitar el estilo del gran maestro, no consiguen producir los efectos alcanzados por él, y si tratan de buscar un estilo propio ó superar los límites de la altura en que aquél colocó á este arte sublime, agotan sus fuerzas infructuosamente antes de llegar á la cima.

Hay que tener fe en el progreso, sin embargo; y la difusión de la música de Wagner, por todos los escenarios cultos, hace esperar que no ha de pasar mucho tiempo sin que aparezca un hombre inspirado que continúe su obra, interrumpida desde 1883.

FRANCISCO SEEGER.

# EL HOGAR DESIERTO

(*Conclusión*)

---

## VI

Los días que siguieron, después de la escena que he referido, figurarán siempre entre los más amargos de mi vida, junto á los que pasé en la estancia cuando, repuesto de mi ataque, tuve conciencia de mi desgracia. Una sola vez tuve que entrar en explicaciones respecto de mi conducta, y esto fué, naturalmente, con mi hermana Estela. Por supuesto que ella combatió mi determinación con todas las razones que pudo discurrir— y no eran pocas. Pero yo, sacando fuerzas de flaqueza, me dí maña para contestarle y, hasta demostré cierta ruda energía que le impuso, porque no supo ver la procesión que andaba por dentro ni adivinó que era el dolor, más que la ira, lo que hacía temblar mi voz...

Mas, poco á poco, llegué á sentirme casi extraño en mi propia casa. Nada había cambiado en la apariencia; no se oían palabras destempladas ni discusiones entre nosotros; nos sentábamos como antes á la mesa de familia; pero estos minutos de las comidas eran los únicos en que nos veíamos reunidos, y en lugar de las charlas expansivas de otro tiempo, la conversación tomaba un giro noticioso é indiferente, como en el comedor de una casa de huéspedes. El único síntoma exterior, que algo dejara ver del descalabro íntimo, era el

tono desabrido que mi hermana gastaba con la sirvienta Aschuna. La pobre chinita no se atrevía á contarme sus cuitas, pero dos ó tres veces, estando ausente su terrible señora, se acercó á pedirme que la mandase con cualquier familia argentina, pues se sentía mala de salud... La consolaba como podía, prometiéndole que no pasaría el año sin que volviéramos todos á la tierra.

Por mi parte, no hacía mucho caso de los refunfuños ó viarazas de Estela; tampoco me inquietaba sobremanera la actitud algo fría de Manuel—gran partidario y admirador de Bosquet; no así la tristeza resignada de Graciana: su aspecto de creciente abatimiento me oprimía el corazón. No podía yo dudar de que sufriera intensamente: pero contaba con el tiempo para aliviar y desvanecer su sufrimiento. Me repetía á mi mismo que la vida, cuanto más la juventud, tiene una como eficacia cicatrizadora. Después, haciendo de abogado y de juez, me demostraba con razones poderosas la justicia de mi proceder: « Esa gente, decía entre mí, ha procurado un buen negocio con este casamiento; no es natural que un parisiense envanecido solicite la mano de una muchacha de familia humilde, por encantadora que sea: ha de ser un cazador de dotes, como los hay en todas partes y mucho más aquí ».

Pero todos mis razonamientos no me dejaban satisfecho. La casa ahora parecía robada. Las mujeres salían á caminar ó se sentaban á leer en el corredor, en tanto que Manuel sacudía las teclas de su piano, tocando no sé qué maldita música de entierro que me daba gana de llorar.

Entonces yo salía á pasear por las orillas del mar, no emprendiendo la vuelta hasta la oración. De noche, solía llegar hasta la aldea de Guétary, donde tenía algunos viejos amigos. Allí encontraba también muchos refugiados carlistas que me contaban por centésima vez las derrotas de Estella y San Sebastián. Uno de ellos había sido ordenanza del general Lizárraga, y tenía siempre que referir alguna nueva hazaña de su jefe. No habían perdido la fe: ni las locuras del Pretendiente, ni las penurias de esas campañas atroces

habían entibiado el entusiasmo vascongado, ¡ con decir que resistía á las mentiras y cobardes explotaciones de los intrigantes, que yo veía en Bayona y otras partes, viviendo cómodamente, mientras los pobres *capelac gorriac* quedaban sembrados en la sierra ! Á pesar de todo, la causa de su Rey y de sus fueros era siempre la causa de Dios ; los encontraba prontos, como antes, para cruzar de nuevo la frontera al llamamiento del que, entre tanto, calavereaba en París ó Venecia ; y en el corazón del más sosegado y manso vizcaíno, desde el rico *Etchecojauna* hasta el humilde pastor, se conservaba vivo el patriotismo montañés, como bajo el rescoldo del hogar la brasa que basta sacudir y soplar para que de nuevo eche llamas y chispas. Y no pasaba velada sin que soltasen el aire, contando con la complicidad de la población y de las mismas autoridades, los viejos cantos vascongados, dirigidos contra los alfonsinos de hoy lo mismo que contra los cristinos de hace cincuenta años.

Yo, por supuesto, muy poco entendía de esas políticas, y no hubiera podido, á punto fijo, decidir si era Dorregaray ó Martínez Campos quien defendía de veras la causa del derecho y de la patria ; pero me sentía vasco ante todo, y no dejaba de comprender que esos fueros tan peleados eran lo que quedaba en pie de nuestra antigua independencia é historia popular. Además, con ese egoísmo del hombre que todo lo refiere á su propia situación, me parecía que eran esos mismos forasteros de París, que llenaban nuestras playas, los que nos habían corrompido y moralmente arruinado. Y mi rencor contra los Bosquet sirviéndome de opinión política, hacía coro con los que cantaban desaforadamente :

*Á la francesa berba*  
*Á la francesa jhan*  
*Á la francesa jhantsi,*  
*Á la francesa edán... (1)*

(1) « Á la francesa hablamos, comemos, vestimos y bebemos... » (*Anchinarik ona !* canto popular de Eusebio Azcue, vizcaíno).



Y clamaba yo también por las boinas coloradas, aunque hacía treinta años que no las usaba de ningún color.

Pero, después de estas inocentes calaveradas y desahogos, volvía-me más pensativo á mi casa, por entre las villas todavía iluminadas ó llenas de música. Casi siempre encontraba á Graciana y á Estela sentadas en la terraza; ésta me preguntaba de donde venía, yo contestaba algunas palabras que no encontraban eco prolongado, y á poco yo ganaba mi cuarto, corrido por el silencio que tenía traza de reproche ó acusación. Ya no venían á visitarnos los Bosquet, y como también muchas otras relaciones, apercibidas de los sucesos, espaciaban más y más las visitas de noche — « por discreción », como decía Estela — la casa estaba sola la mayor parte del tiempo. En cuanto á Manuel, poco paraba después de comer; estábamos á fines de septiembre, que es el gran momento de la estación en Biarritz, y una noche á pretexto de una tertulia, otra por un concierto en el Casino, el muchacho no se demoraba de sobremesa y se iba al pueblo á refocilarse, hasta las dos ó las tres de la mañana.

Las noches en que, por el mal tiempo ú otra causa, yo dejaba de salir, permanecía en el corredor, abrumado por una tristeza inmensa que, algunas veces, tomaba un carácter de sorda irritación ante la actitud insoportable de mi hermana. Parecíame que afectaba encogerse á mi presencia, contestando luego á mis preguntas familiares con una suerte de sumisión hipócrita y como temblorosa que me ponía fuera de quicio. Exageraba el respeto, cual ante un amo despótico y sin entrañas, capaz de cualquier exceso: asentía á cuanto decía yo con un apresuramiento fingido, que chocaba con su genio alborotado y me daba gana de romper algo á mi alrededor... ¡Las mujeres son el mismo diablo!...

Pero, si en la actitud de Estela había mucho de postizo y aspa-ventero, no así en la de Graciana. Lejos de demostrar por fuera su abatimiento, fingía conmigo estar dispuesta para todo. Sólo su fisonomía cada vez más pálida, sus mejillas enflaquecidas, y el círculo violado de sus párpados eran muestra demasiado visible de

su muda y secreta desesperación. Había perdido el apetito ; pero á todas mi preguntas contestaba sonriéndose : *No tengo nada, te lo aseguro ; me siento bien...*

Todas las mañanas salía sola ó con Estela, en dirección á la iglesia. Conocía bastante á mi hija para no tener siquiera el pensamiento remoto de observar su conducta. Un día, que me había levantado más caviloso y descontento que de costumbre, me encontré tan flojo y vacilante en mi propósito, que cedí al deseo supersticioso de examinar nuestra dolorosa situación, allá, más cerca de *ella*. Fui al cementerio ; y aunque estuviera desierto por la hora matinal, pasé tras de la tumba de Teresa para evitar toda posible perturbación. Experimenté al pronto como un gran descanso en este silencio, y me pareció que la quietud de los muertos apaciguaba poco á poco los tormentos de mi vida. No sé cuanto tiempo estuve así, absorto en un recogimiento tan profundo, que me quitó la conciencia de cuanto pasaba á mi alrededor ; cuando un ruido ligero me estremeció. Presté el oído, un tanto inquieto ; después de un intervalo de silencio, percibí nuevamente algo como un lamento vago, un murmullo de ahogados sollozos y de palabras entrecortadas en que volvía esta queja de agonía : *¡ Mamá Teresa, mamita !...*

Me levanté y dí vuelta al sepulcro... De rodillas, casi postrada en la tierra húmeda, asida con una mano en la reja de la tumba, estaba mi hija, mi Graciana, más blanca aún bajo sus velos negros, y con los ojos bañados en lágrimas. Dí un grito que la hizo incorporarse. La levanté del suelo, recordando el tiempo pasado, cuando tenía cinco años y la llevaba á mi boca como una flor bendita ; y así la tuve en mi pecho, cubriéndola de besos y mezclando con los suyos mis sollozos.

En seguida, la hice sentar en un banco de la avenida, bajo un tejo frondoso donde cantaba un gorrión. ¡ Ah ! no fueron muy largas las explicaciones ! El viejo corazón reventó al contacto de ese corazóncito dolorido, y tomando la mano de Graciana entre las mías, le dije :

— ¡Estás sufriendo mucho, hijita del alma! Perdóname... He sido un egoísta: no quería perderte. ¿Le quieres mucho, verdad? Debe ser digno de tí ¿cómo habías de amar á quien no te mereciera? He consultado á Teresa, y estamos conformes: te lo doy. Pero dime que me perdonas...

— ¡Oh! padre mío! murmuró la dulce criatura, arrojándome sus brazos al cuello...

Volvimos á casa, saboreando paso á paso las delicias de nuestra íntima felicidad recobrada. Me abrió púdicamente su alma virginal, donde no leía sino pensamientos de pureza y santidad, como en un devocionario. Á ella no le había venido la idea de la separación, y no podía explicarse mis angustias: « ¿Separarme de tí? murmuraba asombrada, ¿cómo has podido pensarlo? Gabriel es huérfano de padre como yo de madre: y bien, nuestra familia se completará. Viviremos donde tú quieras ¿qué importa donde vivamos, siempre que estemos juntos? »

Me convenció. Apenas llegados á casa, tomé aparte á Estela, para consultar con ella sobre lo que habíamos de hacer. Yo temía ahora una repulsa, como antes la hubiera deseado y comprado con mi sangre. Mi hermana me tranquilizó: Gabriel y su madre no habían mudado de propósito ni perdido la esperanza de vencer mi resistencia. Pero era necesaria una visita mía. No hice objeción alguna; fui á la casa de los Bosquet, y llevé sencillamente á la madre la contestación que había diferido — es decir, mi consentimiento.

Las cuestiones de interés se arreglaron pronta y decentemente. Prevenido por Estela, no hice observación alguna respecto del dote de Graciana: lo fijé en doscientos mil francos. Graciana, que merecía un rey, aunque no tuviera más dote que su belleza y su alma de santa; tuvo que presentarse ante el notario con un puñado de billetes en la mano! Así lo requería el honor de la familia de Bosquet: son las costumbres de la civilización...

Se casaron á fines de octubre, en la pequeña iglesia de Biarritz, con asistencia de toda la sociedad balnearia: un montón de gente

desconocida para mí, que me saludaba con cierto aire de protección amable. ¡Ah! rayo de Dios! qué poco se me daba á mí de las monadas y morisquetas de todos aquellos elegantes tísicos y perfumadas mundanas, sin sangre, ni pulmones, ni corazón; y si no hubiera sido por Graciana!...

## VII

Después del corto paseo de moda por Italia, interín madame Bosquet preparaba la instalación en París, donde habíamos de pasar el invierno juntos, los novios volvieron á Biarritz y allí permanecimos hasta mediados de diciembre. Ni con mis cavilaciones quería yo remover los hechos consumados, ni arrepentirme por la coronada que me hizo quebrantar en una hora la firme resolución de muchos meses. Á decir verdad, tampoco tenía hasta entonces motivo para ello. Dicho se está que Graciana era feliz; así principian todos los matrimonios, hasta los que peor han de concluir, y, como dice un refrán de la tierra: á la luna de miel le toca siempre un cielo sin nubes. Pero otros indicios también me tranquilizaban; todos me daban á entender que, lejos de servir de estorbo, mi presencia completaba su felicidad. Graciana había cumplido su promesa de darme un hijo más: Gabriel me trataba realmente como á padre; había aceptado sin objeción lo que él llamaba la «hospitalidad» en la *Villa Graciana*, como la bauticé al día siguiente del desposorio, para indicar que en adelante sería mi hija la verdadera dueña de casa.

Fuera de sus viajes á París, madame Bosquet pasaba con nosotros la mayor parte del tiempo. Á veces, sentados los dos en la terraza, al buen sol del invierno, parecíamos compadres de veras, cuando seguíamos con la misma mirada de ternura á la pareja alegre que se alejaba hacia el pueblo ó bajaba á la playa, entre risas y gritos que parecían cantos. Esa dicha andante, obra exclusiva nues-

tra, era como otro reflejo de sol y otra brisa marina que acariciaban nuestras almas satisfechas; y yo, pobre viejo sin aspiraciones propias, no pedía á Dios, en recompensa de mi trabajo, sino el derecho de vivir arrimado á este mismo hogar, siempre, sin incomodar á nadie ni pedir cuenta de mi sacrificio. No me costaba querer al que mi hija quería, y, por momentos, mis ojos se detenían en él con tanto cariño real como los de madame Bosquet en mi Graciana. Mis prevenciones respecto de aquella señora se iban desvaneciendo poco á poco; parecíame una buena mujer, á ratos tan sencilla y franca como Estela. Los ribetes pretenciosos que antes me la mostraran poco simpática, se ocultaban y perdían en la sanidad del fondo... Así somos los montañeses sencillos, de una pieza para odiar ó querer; el corazón del vasco es como su tierra: picos ó despeñaderos, pero todo de piedra y á la vista; nada de pantanos ni tembladerales!...

En resumidas cuentas, todos estábamos encantados con la nueva existencia. Digo todos, pues nadie se ocupaba en averiguar la opinión de una sirvienta. Aschuna era la única que no se rendía; pero protestaba con su alejamiento y su silencio. Ni antes ni después había aceptado á Gabriel — yo lo sentía, lo adivinaba por su actitud más que por sus pocas palabras. Con todo, la víspera de marcharnos á París, la pobre chinita me preguntó, mirándome á la cara:

— Y yo, señor, ¿cuándo me vuelvo á mi casa?

— ¡Tu casa! contestéle fingiendo indignación ¿acaso quieres abandonar á Graciana, no estás bien con nosotros?

— Vea Vd., señor, agregó con intención y meneando la cabeza, sería mejor que Vd. me mandara ahora ¿quién sabe si no tendrá que mandarme después, quiera ó no quiera?

Esa observación de la sirvienta montaraz me disgustó bastante, y le ordené rudamente que fuera á prepararse para acompañarnos.

Nuestra instalación en París fué cómoda y confortable. Madame Bosquet se había ocupado de todo con su sentido práctico y su actividad habitual. Hizo un último viaje á París, mientras estábamos to-

davía en Biarritz, y á su vuelta me comunicó que había sentido sobremanera no poder adquirir un inmueble admirablemente situado y bastante espacioso para la familia entera. Pero su antigua casita no valía sino ciento veinte mil francos, y le habían pedido doscientos mil por la nueva. Era una lástima: una ocasión única; pero le repugnaba hipotecar sus bienes... y me mostraba los planos de la casa—del *hotel*, como decía ella, con toda la boca llena.

Consulté á Manuel, que me contestó ingenuamente:

—Pero, la fortuna es tuya; y además se trata de todos nosotros. No necesitas de mi aprobación; sin embargo, por mi parte apruebo tu pensamiento...

Eran ochenta mil francos añadidos á la dote matrimonial; una *yapa* algo considerable. Pero había recibido buenas noticias de la Cañada; y además, ya que debíamos también vivir allí con Manuel y Estela—que se había resuelto á dejar su Guétary—era muy natural que adelantáramos algo por alquileres. Puse en manos de madame Bosquet un cheque de cien mil francos contra mi banquero, diciéndole:

—Con el excedente, le ruego á Vd. que nos haga arreglar el pequeño departamento que necesitamos Estela, Manuel y yo...

Y agregué para mí: «Bah! cien mil francos, en resumidas cuentas, no son sino veinte mil duros; despacharé quinientos novillos más al Perú...»

Madame Bosquet volvió á marcharse definitivamente, precediéndonos por algunas semanas; cuando llegamos, estaba todo concluído é instalado. La casa, situada Rue Poncelet, cerca de los Campos Elíseos, tenía muy buena apariencia, con su jardincito al frente y su puerta de reja. Se componía de un cuerpo central y dos pabellones contiguos. En uno de éstos estábamos alojados todos los Baigorry, ocupando el centro el joven matrimonio con la suegra de Graciana; el segundo pabellón estaba reservado para salas de recibo, estudio y biblioteca. Madame Bosquet nos dijo con satisfacción:

—Los he colocado á ustedes juntos para que estén con más independencia...

No contesté nada, pero la advertencia me sorprendió: independientes... ¿de quién, de Graciana?

Por lo demás, ese pabellón, fuera de nuestras habitaciones, comprendía un comedor y un saloncito: todo muy decentemente amueblado, y pronto para constituir, el día que quisiéramos, un departamento completo y tan desligado del resto del *hotel*, como la casa vecina.

No soy caviloso, pero sentí al punto una vaga inquietud, un anuncio indefinible de lo que estaba por venir. Y desde el día de la instalación, en medio de las exclamaciones alegres de Graciana, divisé la primera nube que cruzó rápidamente nuestro cielo sereno.

## VIII

Manuel estaba encantado con esta combinación. Colocó su piano en nuestra pequeña salita para estudiar á su gusto, después de las lecciones del Conservatorio. Naturalmente, no hice observación alguna contra sus proyectos musicales. Puesto que habíamos resuelto vivir en Francia, no podía oponerme á lo que Estela llamaba su « vocación ». Á mí la tal vocación no me decía gran cosa: pero el muchacho era juicioso, reposado, cariñoso conmigo; yo sabía que, músico ó no, sería un hombre honrado; tenía los medios de vivir sin trabajar, con sus gustos modestos. Los mil francos mensuales que le pasaba para « dinero de bolsillo » le bastaban ampliamente, pues encontraba todavía cómo comprar con el excedente, libros y música. Por ese lado todo marchaba bien.

Graciana entró de lleno en el movimiento del mundo parisien- se: visitas, bailes, conciertos, teatros, obras de beneficencia, en fin, esa existencia artificial y febril que gasta las fuerzas mucho más rápidamente que los sufrimientos y las privaciones. Insensiblemente, llegamos á vernos con menos frecuencia. Por la maña-

na, ni Graciana ni su marido solían asistir al almuerzo, por no estar levantados aún. Después de un ligero desayuno, se vestían para visitar ó pasear por el bosque. Algunas veces los acompañé, pero como viera que no insistían mucho cuando pretextaba poco deseo de ir, me acostumbré á dejarlos salir solos. En los primeros tiempos, todavía nos encontrábamos reunidos para la comida; fuera de las noches de gala, estábamos sin invitados, y esa hora de buena intimidad bastaba para llenar el vacío de todo el día. Pero comenzaron las comidas de etiqueta y recibos en el *hotel*: además del traje de ceremonia que me pesaba en el cuerpo como una coraza y las presentaciones en que no encontraba nada que decir, venían las conversaciones sobre personas y cosas desconocidas... Y yo me quedaba inmóvil y callado, al lado de Estela aún más contrariada que yo.

Entonces comprendimos la utilidad del departamento independiente; y con mi hermana solíamos comer solos en nuestro pabellón, ocultando mutuamente nuestros pensamientos y procurando conversar de lo que no nos interesara. Algunas veces nos acompañaba Manuel, pero Estela era la primera en aconsejarle que se fuera allá, para aprender los usos del mundo y adquirir relaciones, y, por supuesto, el muchacho no se hacía repetir la invitación.

La primera que puso el dedo en la llaga secreta fué la criada Aschuna. Una mañana se presentó en mi cuarto, diciéndome que quería de una vez volverse á América; y como rompiera á llorar en el principio de sus explicaciones, esto no contribuyó para que fueran más claras. Pero, yo no necesitaba mucho para comprender. Graciana había tomado una *femme de chambre* parisiense para reemplazarla: la sirvienta que la vió nacer, y la cargó en sus brazos en la estancia, no era bastante elegante y entendida para servirla ya. Además, tenía confianzas de nodriza que no cuadraban á su nueva situación...

Comprendí que era inútil aplazar lo que era inevitable. Me entendí con una familia argentina que volvía á Buenos Aires; aseguré la



existencia de nuestra humilde compañera de tantos años, escribiendo á mi socio para que eso fuera cumplido exactamente, y todo quedó concluído á mediados de marzo. Á las ocho de la mañana Aschuna vino á despedirse de nosotros. Estela le puso en la mano un regalo que había comprado para ella, y otro tanto hizo Manuel, después de un abrazo que para la pobre valía mucho más. La sirvienta me miraba sin decir una palabra. Comprendí su pregunta callada y le dije:

—¿Cómo quieres irte sin verla? Entrate por allá, si está durmiendo se despertará...

Y la empujé por el hombro hacia el aposento de Graciana sintiendo una especie de sorda irritación. Entró en el tocador, pero volvió á salir á los pocos segundos. La sirvienta tenía orden de no entrar antes de ser llamada; pero el señor Bosquet le había hecho entregar una carta cerrada con esta dirección: *Para Mercedes*. Llamé á la mucama francesa le tiré á la cara la carta de su amo, gritándole:

« ¡Dígales á su señor y á su señora que no hay aquí persona de este nombre, y que Aschuna no pide limosna! »

Y dándome vuelta hacia Estela, con los labios trémulos de indignación, agregué:

—Ya que Graciana se olvida de sus deberes, yo los cumpliré por ella. ¡Acompañaré á esta chinita hasta Burdeos, y que se rían de mí los tontos y los desalmados!...

## IX

Pensaba volver á París inmediatamente, después de embarcar á Aschuna; pero en el malecón dí con un antiguo comerciante de Buenos Aires, que me acompañó hasta el centro, é hizo tantos empeños que me quedé con él en el *Hotel de Bayonne*, tres ó cuatro días.— ¿Qué asunto urgente le llama á Vd? me preguntaba cada vez que quería emprender la vuelta.

Y ¡á fe mía! no sabía qué contestarle. Tiempo hacía ya que mis hijos caminaban solos, y no podía contarle á un extraño las circunstancias poco gratas de mi salida de París.

Al cabo me resolví; después de comer, tomé el *rápido*, despidiéndome de mi nuevo amigo, como de un compadre de veinte años. ¡Qué buenas charlas sobre las gentes y las cosas del Plata! Parecía-me que después de muchos años había dado al fin con un paisano mío!

Al encontrarme solo en mi departamento del salón-dormitorio, no pude dejar de reflexionar en la situación incómoda que me había creado con mi alborotada salida de la casa. No me arrepentía, por cierto, de mi buena acción con una pobre mujer envejecida en nuestro servicio, y que, después de diez años de destierro, se separaba de nosotros poco menos que echada...

Pero, me confesaba también que la violencia es pocas veces buena consejera. Era por lo menos inútil tratar duramente, y delante de una mucama, á mi hija y á mi yerno, culpables quizá de indolencia más que de mala voluntad. Iba á encontrarlos, ahora, probablemente resentidos conmigo. ¿Quién sabe si la suegra, siempre celosa de mi influencia con Graciana, no se habría valido de mi algarada para abultar las cosas y promover escenas penosas entre los dos jóvenes?

Todo esto y mucho más iba repitiéndome, á medida que el tren devoraba la distancia que me separaba de París. No había calculado que el *rápido* me llevaría al término de mi viaje antes del amanecer. Me había quedado dormido, y la brusca interrupción del movimiento me despertó, al tiempo que el empleado abría la portezuela: estábamos en París. Á la desteñida luz del alba, reconocí la estación de Orléans. Me metí en un coche de alquiler y empezamos á rodar á través de las calles interminables. Me sentía más solo en esta inmensa ciudad dormida que en mis trasnochadas por el desierto de Atacama. Atravesamos el Sena y entramos en los grandes bulevares, sin más transeuntes á esta hora matinal que los jornaleros que iban

al trabajo y algunos grupos de vividores nocturnos que salían de una orgía. La masa de la población estaba todavía entregada al sueño; y lo que se divisaba al pálido reflejo del alba, era el París vicioso ó ese otro París lúgubre y miserable que arrastra por el asfalto de los bulevares desiertos sus pies todavía mal descansados de la labor de la víspera. ¡Ah! ¿por qué muchos de esos infelices no se resolvían á dejar el seno de esa patria que se volvía para ellos madrastra, con ser tantos los hijos que necesitaba criar? ¿por qué no cruzaban los mares en busca de las tierras nuevas y anchas donde el trabajo es fácil y bendecido, y hasta la pobreza pierde su aspecto irremediable y desconsolador?

El trayecto por el bulevar Haussmann, que me anunciaba la próxima llegada, volvió mi pensamiento á la realidad. Me contrariaba sobremanera volver á tales horas, encontrando cerrada la puerta y obligado á alborotar toda la casa. No quería despertar á mi Graciana: prefería verla entrar en mi cuarto como una bocanada de primavera, cuando le dieran la noticia. Abriría mis brazos, y en dos besos, sin más explicaciones, irían pelillos á la mar. Y en resumidas cuentas, si ella quisiera reñirme por el mal rato que le causara mi calaverada: pues bien, dejaría que me retara á su gusto, seguro de salir perdonado y ganancioso de la escena. Pobre Graciana ¡qué tristes horas le había procurado!...

El carruaje dobló la esquina de la *Avenue des Ternes*, y bruscamente, me encontré embutido en una fila de coches parados: creía equivocarme, pero la duda no era posible. Á la vislumbre del amanecer, que empañaba ya las luces del gas, vi mi casa abierta, iluminada, llena de gentes que entraban y salían. Mi coche de alquiler tuvo que detenerse, y, para no esperar más, pagué al cochero y con mi balija en la mano, salvé el umbral del jardín.

Mi aspecto de viajero estaba tan poco en la nota del momento, que el conserje vaciló un segundo antes de reconocirme. Llamó á un sirviente que pasaba — nuevo ó alquilado para la noche — y que me libró de mi maleta. En dos palabras, el portero me puso al corrien-

te: era un gran baile de fin de estación; una fiesta magnífica, etc., etc. Magnífica ó no, la fiesta estaba concluyendo, pues encontraba á cada paso parejas con sobretodo y tapados blancos que ganaban sus carruajes. Fuí derecho á mi pabellón, algo corrido con verme de sombrero gacho y sobretodo de viaje en medio de tanto amigo encopetado de mi hija. Entré en mi cuarto con verdadera satisfacción, y me dejé caer en mi sofá, lanzando al aire un gran suspiro de descanso.

Mi dormitorio se encontraba entre el saloncito de que ya hablé y el cuarto de Estela. Al principio, creí que mi hermana estaba de recibo con la gente de casa, pues escuchaba un murmullo de conversaciones cubierto á ratos por un chasquido seco que no me podía explicar. Pregunté al sirviente y éste me avisó que se había convertido esa habitación en sala de juego, para la circunstancia. En buena hora: llevaban alegremente el peso de mi ausencia. En cuanto á Estela, según se me dijo, no había querido dejarse ver en el baile, encerrándose desde temprano en su dormitorio.

Conocía las hábitos de mi hermana, y no dudé de que estaba ya despierta: fuí á la puerta de comunicación y la llamé en voz alta. Á los cinco minutos, la puerta se abrió y Estela vino corriendo á abrazarme. Después de las preguntas y respuestas de fórmula, me pareció notar en ella cierto embarazo y como un deseo de no entrar en muchos pormenores respecto de la fiesta que concluía. Las últimas notas apagadas de la orquesta llegaban hasta nosotros, y sonriéndome le dije:

— Esto tiene traza de durar hasta el almuerzo.

Me contestó, como distraída:

— Ha de ser el cotillón que se prolonga todavía; pero está el baile para terminar. Debe haber sido espléndido.

— Y ¿cómo no has ido tú, siquiera para reemplazarme?

Estela me contestó evasivamente; yo notaba en sus palabras un acento descontento y como trabado, muy distinto de su acostumbrada verbosidad. Como le reprochara cariñosamente tanta indife-

rencia por Graciana y su marido, vi sus ojos hincharse con lágrimas que al fin no pudo contener, y entonces supe la verdad.

El mismo día de mi salida para Burdeos, ese baile, de muy atrás preparado, se fijó para esta noche. Estela creyó que debía hacer notar á Graciana la inoportunidad de una fiesta dada en ausencia mía, mayormente teniendo yo que volver de un día para otro. Mi hija parecía convencida ; pero Gabriel y su madre intervinieron. « Creía comprender hace tiempo que los Bosquet evitaban más y más nuestro contacto con sus amigos. Esta vez me convencí de que, lejos de lamentar tu ausencia, se felicitaban de la ocasión. No sé si hago mal en decírtelo, Martín, pero no puedo fingir más. Esa gente se ruboriza de nosotros. ¡ Ah! yo tengo la culpa y te pido perdón, pues tendrás mucho que sufrir!... No quise asistir á ese baile, y nadie insistió. Graciana es buena, he visto sus ojos colorados después de conocer mi resolución. Pero, al fin, está de parte de su marido: es su deber. Te digo que nos desprecian. Ahora, si quieres saber cuándo me marchó á Guétary, te anuncio que estoy de viaje la semana próxima. ¡ Estoy muy vieja para sufrir desaires! »

Sentí un golpe de sangre al corazón, y debí ponerme muy pálido, pues mi hermana me hizo una seña suplicante indicándome el cuarto vecino, desde donde podían oirme. Me contuve, y Estela aprovechó el momento de silencio, para agregar en voz baja:

— Sobre todo, hermano, guarda consideración por Graciana: toda emoción violenta sería un peligro, en su estado...

Y al pensar que no sería ella quien recibiera en sus brazos al niño tan anhelado y querido de antemano, Estela rompió nuevamente á sollozar.

En ese momento la puerta se abrió, y entró vivamente Graciana dando un grito de alegría tan franco, que olvidé un instante cuanto acababa de oír. Á pesar de la hora matinal que suele marchitar los colores más juveniles, ella estaba tan fresca y rosada como si se levantara de dormir. Después de despedir á la última familia invitada, acababa de saber mi llegada, y no había resistido al deseo de

abrazarme antes de acostarse. Gabriel se había retirado ya... Pero en cuanto supiera...

Le rogué que no molestara á su marido: luego nos veríamos. Y la iba conduciendo á la puerta que comunicaba con el pasadizo, cuando reparó en la cara entristecida de su tía, y corrió hacia ella con su ímpetu de corazón.

— ¿Qué tienes, Estela? No quiero verte triste cuando soy tan feliz... Te juro que ha sido mala inteligencia...

Y con esa volubilidad febril que produce el exceso de fatiga nerviosa, Graciana habló de mil cosas en cinco minutos: de su cariño por nosotros, de los sentimientos de los Bosquet, del éxito de la fiesta: « Había dos barones y un vizconde... El señor X ex colaborador del *Figaro* y redactor en jefe de la *Revista de los salones*, había prometido un *compte-rendu* —no en el *Figaro*, desgraciadamente— sino en la *Revista*. En fin ¡un gran triunfo!...

Cuando Graciana se hubo retirado, Estela me miró fijamente mientras meneaba la cabeza. Comprendí su intención, y le dije:

— Tienes razón, comenzamos á estar demás en esta casa: vizcondes, bailes, nuestro hogar exhibido en los diarios... Vuelve á Guétary, pobre hermana; creo que yo mismo no tardaré mucho en seguirte también...

## X

Á pesar de todos nuestros empeños, muy sinceros por parte de Graciana y Manuel, se marchó Estela como lo había anunciado; la vasca testaruda nada quiso saber de pegamientos ni composturas. Por una extraña coincidencia, madame Bosquet tuvo que salir muy temprano ese mismo día, y Gabriel había anunciado desde la víspera que sentía no poder acompañar á « su tía », por tener entre manos un informe urgente. Fuimos, pues, mis hijos y yo hasta la estación. Prometimos á Estela ir pronto á Biarritz; y se perdió á lo lejos el tren que llevaba á mi desengañada hermana...

Quedaba solo con mis hijos, que parecían tan conmovidos como yo, y me vino un gran deseo de pasar con ellos el resto del día. Era una encantadora mañana de mayo; los castaños de las avenidas estaban en flor, y nos llegaban bocanadas de brisa tibia con olor de lilas y violetas. Hice bajar la capota de nuestro landó, y, ya en marcha por los bulevares, dije á Graciana:

—Es necesario que me des este día de asueto. Vamos á almorzar los tres á cualquier parte, al Bosque ó á Vincennes: quiero echar una cana al aire ¿estamos?...

Pero mi proposición no fué recibida con el entusiasmo que esperaba. Después de una rápida mirada á Manuel, Graciana me tomó de la mano y con un gran acento de pesar, me dijo:

—¡Qué desgracia! Tenemos hoy el compromiso de ir los tres con Gabriel á visitar el taller del gran pintor Dumarsais. Es una fatalidad: Gabriel nos espera y el artista está prevenido. Además, creo que se aprovechará de la circunstancia para escuchar la sentencia del pintor respecto de mi retrato: él no pinta sino cabezas de carácter... Ya comprendes lo importante de esta visita...

—Sí, ya comprendo, murmuré con desaliento.

—Pero ¿por qué no vienes con nosotros? preguntó Manuel.

—¡Qué entiendo yo de cuadros ni de cabezas de carácter! contesté con mal humor... Y no agregué una sola palabra hasta llegar á casa.

Entonces, volvieron á correr los malos días de otro tiempo, con algo más de abandono y tristeza incurable que me los hacía más pesados que antes. Los Bosquet resolvieron demorar la salida al campo hasta después del Gran Premio; pero, entonces, el estado de Graciana impidió un viaje tan largo como el de Biarritz. Alquilaron una casita en Saint-Germain, la que era tan estrecha que no podíamos pensar en instalarnos allí todos nosotros. Mi yerno resolvió alegremente la dificultad, diciendo:

—Manuel está más apurado que nunca con sus estudios, en vísperas de los exámenes. Don Martín quedará para acompañarle en

París. Es cosa de un mes, á lo más... Y Saint-Germain está á cuarenta minutos de ferrocarril. Quedarán los dos de caseros...

Tiempo hacía que evitaba toda cuestión. Sentía que fermentaba en mi alma una levadura de indignación que ya nada podía disolver. No hice objeción alguna, y los dejé partir. Consideraba á Graciana como perdida para mí, y sólo me quedaba ya la esperanza de aprovechar la forzosa intimidad de la vida entre dos, para reconquistar á Manuel.

Pero aquí también me esperaba una nueva sorpresa. Mi hijo había tomado un profesor particular que, según él, le era indispensable para preparar sus exámenes, sobre todo al aproximarse el gran concurso para el premio de Roma. Salía por la mañana, almorzaba allá por el boulevard Poissonnière, cerca del Conservatorio, volvía para comer, y ganaba nuevamente la calle poco después, con motivo de una sesión musical ú otra ceremonia que yo no quería averiguar.

¡Ay! qué largas y tristes horas he pasado en ese bullicioso París, ahora desierto para mí! Tenía dos hijos, y estaba obligado á esperar durante días enteros un momento de libre conversación con ellos. Manuel estaba más preocupado y sombrío, á medida que se acercaba la época de los concursos — de la « entrada en loggia » como él decía. Á veces lo encontraba tan descorazonado, que le tenía lástima y le decía:

— ¡No estés triste, Manolo! Si sales mal, nos volveremos á la Cañada. Te prometo llevar el mejor piano de París...

— ¡Ah! no hable Vd. así, padre mío! contestaba con acento desesperado: el pensamiento de un descalabro posible me pone fuera de mí. Sólo un compañero me inspira terror: es un pobre diablo, Pedro Mazolier, que almuerza todas las mañanas con un panecillo de dos cuartos, que trae en el bolsillo y desmenuza con los dedos. Pero ¡tiene genio! Y el día en que se proclame su nombre vencedor, me parecerá más rico y envidiable que todos los elegantes impotentes como yo...



La primera semana fuí á Saint-Germain casi diariamente. Pero me encontraba siempre con familias de visita; nuevas relaciones aristocráticas de los Bosquet. Noté que casi nunca me recibían en el salón, sino en un cuartito de huéspedes, donde se turnaban Graciana y los Bosquet para hacerme compañía; otras veces me invitaban para un paseo á la selva. Me volvía á veces sin haber cruzado cuatro palabras con mi hija. Y entonces, dejé pasar semanas enteras sin moverme de París. ¿Para qué incomodarlos más? Pertenecían á un mundo donde no podía yo penetrar sin ser ridículo ó causar extrañeza. Tal vez más tarde me dejarían al nietecito, para quedar ellos más libres. Y esta sola idea me daba fuerzas para aguantarlo todo. ¡Ese siquiera sería mío, todo mío, durante cinco ó seis años!

## XI

Á principios de junio, Manuel entró en logia para el concurso tan anhelado y temido. Á los pocos días, salió de su reclusión, pálido y ojeroso, y estaba preparándose para ir á tomar el tren en la estación *Saint-Lazare*, cuando ví entrar á mi yerno con una cara entre contenta y preocupada. Me apretó la mano con menos frialdad que de costumbre, exclamando:

—¡Ya soy padre! Graciana está fuera de peligro...

—¡Cómo! exclamé asombrado y casi indignado ¡todo eso ha pasado y no me han prevenido!...

Se disculpó diciendo que había sido una sorpresa para todos. Felizmente estaban su madre y la baronesa de *no sé cuántos*, la cual se había portado con toda abnegación... En fin, todo había pasado con felicidad. Pero ¡era una niña!

No quise saber más, ni siquiera averiguar si él se volvía ó no para allá. Tomé el primer tren y caí á la casita que miraba al río. ¿*Dónde está?* grité desahogado al primer bulto con quien tropecé. Me lle-

varon al cuarto de Graciana, que me abrazó toda llorosa. ¡ Ya se ve, la debilidad! Pero yo repetía *¿dónde está?* como que no me había referido sólo á la madre. Al fin me trajeron el montoncito rosado en un nido de encajes blancos.

Pero delante de aquellas sirvientas y personas extrañas no me sentía libre. Pedí permiso para llevarla al cuarto vecino, y sólo allí me desahogué besando la criatura y porfiando por descubrir en el pequeño sér delicado y sin facciones aún, los rasgos de Graciana cuando chiquita. Entonces, en ese cuarto adornado y dorado en los cuatro cantos, me acordé de los tiempos lejanos, de los años de franca alegría y robusta juventud, cuando había recibido en mis brazos á la criatura que era hoy esposa y madre. La cara de Graciana se confundía en mi recuerdo con la de Teresa... sin saber por qué me puse á llorar como una mujer, y tuve que devolver la niña á su nodriza...

Encontré á madame Bosquet en un pasadizo, y me sentía tan feliz, que le dí un buen apretón de manos, exclamando:

— ¡ Esta vez sí que vamos á ser compadres! Vd. es madrina y yo padrino ¿verdad?

Me miró como asombrada, preguntándome:

— ¿Cómo, no le ha dicho Gabriel? El señor barón de Vernoy, Consejero de Estado, nos ha hecho el honor de ofrecerse con su esposa. Vd. comprende que no podíamos...

La interrumpí rudamente, y con un acento de desprecio que acaso parecía mayor por el esfuerzo que hacía para contenerme, al fin la arrojé á la cara, entre dos puertas, cuanto había amontonado en el corazón, durante seis meses:

— Lo que comprendo es que ni su hijo ni Vd. tienen entrañas. Desde que han conseguido lo que querían: mi hija con su dote y lo demás—no piensan sino en la manera de deshacerse de nosotros. ¡ Lo que hemos tragado de ultrajes sordos y de desaires! ¡ Oh! ¡ rayo de Dios, si no fuera por ella!... Y ¿qué son ustedes para despreciarnos á Estela y á mí? ¿Quién conoce el nombre de Gabriel, qué ha hecho, en qué fundan tanta vanidad? ¿En sus dos casitas minadas

de hipotecas, y su *propiedad* á la que yo daría vuelta á la pata coja en diez minutos? ¡ Han vuelto ustedes á saber lo que es dar recibos en su casa, gracias á nosotros: lo que bailaba este invierno en la rue Poncelet era la dote de Graciana!... ¡ Puede usted repetir mis palabras á su hijo: no me importa!... ¡ Ojalá quiera venir á pedirme más explicaciones!...

Y salí como un huracán de aquella maldita casucha de cartón y papel pintado, parecida á sus dueños... Á la noche le conté todo á Manuel, esperando verle estallar en indignación. Pero se quedó muy frío y hasta procuró disculpar á aquella gente. Eran las sujeciones, los sacrificios de la posición. — Gabriel tendría en el barón á un protector poderoso, etc. No pude contenerme y le grité como á la otra :

— ¡ También tu estás con los extraños contra tu padre! ¡ Ah! maldita educación que seca y achata el corazón! ¡ Anda, pues, á tocar tus teclitas y refregarte con los vizcondes y barones de pacotilla! Olvídate que si te reciben allí, es gracias á estas manos encallecidas en treinta años de trabajos. ¡ Ah! miseria! y para eso he tenido yo hijos y querido ser rico! Está bien, yo me voy: vuelve á tus musiquitas, muchacho ¡ sabes que la pensión no te ha de faltar!...

## XII

Bien se figurará Vd. que no pasé una noche muy tranquila, después de las escenas que acabo de referir. Un padre que riñe con sus hijos se parece á aquel caballero herido de quien dice una leyenda de mi país que, en una batalla, se abrió una vena para beber su propia sangre ¡ tanta era la sed que le devoraba! Nuestros hijos son parte de nuestra vida, son nuestra carne, y cuando los herimos, sentimos el dolor más que ellos mismos.

Al día siguiente, me levanté con el deseo de tratar mejor á Manuel. Después de mi estallido, yo había salido bruscamente, deján-

dolo entregado á sus remordimientos. Estaba persuadido de que mis palabras indignadas habían producido en su corazón el efecto de un hierro candente. Lo había visto caer en el sofá, blanco como el yeso del cielo raso, y cubriéndose la cara con las manos. ¡Vamos! el muchacho era disculpable: al principio no se había dado cuenta de la situación; pero con esa andanada, me lo había dado vuelta como un guante.

Con estas ideas, entré en su cuarto. Estaba vacío, y la cama sin deshacer. Interrogué al sirviente: me dijo que Manuel había llenado una maleta y que él mismo la había llevado hasta la estación *Saint-Lazare*, donde tomó el tren de las diez, con boleto para *Saint-Germain*. Al escuchar esta noticia, sentí una opresión en el pecho, como si me faltara la respiración. ¡Mi hijo me había dejado para irse á vivir con ellos!

Me puse á cavilar tristemente en los misterios de la vida. ¿Cómo podía salir de mí y de Teresa, que era una santa, un hijo cobarde y sin corazón? ¡Oh! este era el resultado del abandono de la familia. Lejos del hogar tranquilo y cariñoso, se había criado en los colegios y las aceras de París, como esas plantas frutales que, al crecer al aire libre y sin cuidado, no dan sino flores vistosas sin semilla de provecho. Y era hombre ya, sin más compostura posible que el escarmiento de la existencia. Era muy tarde para que pudiera convencerle con mis palabras, y temprano aún para que sacara enseñanza del experimento en la propia carne.

Sin embargo, no había que desesperar todavía. ¿Quién sabe si había ido á casa de Graciana impelido por un deseo de reconciliación? Este pensamiento me alivió, y hasta saber si estaba ó no fundado, salí á la calle para buscar alguna distracción en el movimiento de la gran ciudad. Á las once entré en un café para almorzar. Estaba recorriendo maquinalmente un diario sin poder fijar mis ideas en lo que leía, cuando un encabezamiento de artículo paró mi atención: CONSERVATORIO DE MÚSICA. Era el resultado del concurso para el gran premio de Roma. Leí una serie de nombres

desconocidos, y allá, en la cuarta ó quinta fila, encontré á mi pobre Manuel con un *accessit* de composición...

No me daba cuenta de lo que pudiera importar el tal concurso. Si se trataba de dinero, Manuel tenía más del que pudiera regalarle el gobierno. No obstante, me sentí como humillado en el primer momento. El resto del artículo era un elogio de un tal Mazolier que había salido primero — ¡ *Grand prix de Rome!* — y me acordé entonces del pobre muchacho que almorzaba con un pan de dos cuartos. Era él: ya recordaba su nombre; y me figuraba la felicidad de su anciano padre al ver á las gacetas saludar ese nombre ya célebre, esa pobreza estudiosa, ese resultado de años de privaciones y valiente labor. Me venían ganas de conocerlo, de ir á abrazarlo en su boardilla y dejar en su mesita de trabajo un puñado de billetes azules, para que no tuviera que sufrir más...

Pero otro pensamiento más absorbente cruzó por mi cabeza: Manuel conocía ya el resultado. Estaría desencantado de esa descabellada carrera de músico: se resolvería á dejar á París después de esta última decepción. Y en mi egoísmo de padre, confieso que me alegré de su derrota, que lo arrojaba nuevamente en mis brazos.

Volví á casa con el pensamiento de tener allí alguna novedad.

Efectivamente, me entregaron una carta de Manuel. ¡ Ah! la leí tantas veces que la sé todavía de memoria! Decía lo siguiente:

« Mi querido padre: Anoche comprendí que no podíamos entendernos. Vine á casa de Graciana muy resuelto á tomar un partido que me diera los medios de vivir independiente. Felizmente, he tenido la suerte de alcanzar un rango honorable en el concurso: el Jurado me ha acordado un *accessit*. Este resultado me decide á seguir mis estudios un año más.

« Estoy seguro del éxito para el año que viene. Creo que Vd. no se opondrá á mi resolución. Graciana y Gabriel me ofrecen su casa, y sólo espero su consentimiento de Vd. para arreglar mi vida en el sentido que acabo de indicar. Mi vocación artística se ha afirmado

con esta prueba, y nunca sería feliz en otra profesión.—Le mando un abrazo. Su hijo: MANUEL. »

Volví á leer esa carta, la doblé cuidadosamente y la guardé en mi bolsillo. En seguida, fuí á la agencia de las Mensajerías Marítimas, bulevar de la Madeleine, y tomé mi pasaje para la partida siguiente, del 20 de agosto. Arreglé con mi banquero la pensión de Manuel para un año más, concluí con todo lo que tenía que hacer en París, y la víspera de dejar aquella casa, cuya atmósfera me sofocaba, como si los techos se bajaran día á día, mandé estos renglones á Saint-Germain:

« Voy á pasar quince días en Biarritz. Me embarcaré en Burdeos el 20 de agosto, en el *Équateur*. Perdono á mis hijos lo que he sufrido por ellos, y les deseo felicidad. »

Mandé esta carta por la mañana, y ¿por qué no confesar esta debilidad de padre? — esperé todo ese día en casa, con la esperanza de ver la puerta abrirse de golpe, y que se presentara Manuel ó el otro — ya que Graciana no podía salir. — Pero nadie vino, y quedó indeleble en mi alma la suprema amargura de esta última decepción.

Estas dos semanas de Biarritz fueron crueles. La terquedad vascuence de Estela, que no quería perdonar á los ingratos, era para mí como una chaira en que se afilaba diariamente mi rencor. Aseguré la modesta existencia de mi hermana, dejándole, además, un depósito para algún caso imprevisto, un revés que no era imposible alcanzara á mis hijos. La víspera de marcharme fuí al cementerio. Dije á Teresa, en la tristeza del último adiós: « He hecho cuanto he podido por tus hijos. No pudiendo vivir con ellos, te he obedecido: he procurado su felicidad á costa de la mía ».

Y subí en el tren. Había recibido una carta de Graciana que me anunciaba su completo restablecimiento y me prevenía también que toda la familia me despediría en Burdeos. No quise prolongar inútilmente esas horas amargas, y sólo les avisé mi salida de Biarritz la víspera de mi embarque. Encontré á Graciana, á Manuel y á mi yerno en la estación. Sentí una opresión del corazón, cuando no ví

á la niña. ¡Ah! aquella mujer maldita se había vengado hasta en el último minuto: la había hecho quedar con ella en París.

Esos minutos de despedida era incómodos para todos. Había demasiada cortesía y condescendencia fingida en nuestras palabras. Aprobé la resolución de Manuel: me prometió venir á la estancia el año siguiente. Á Graciana nada tenía que decirle. Al fin nos abrazamos por última vez. Pero había entre nuestros corazones algo extraño que les impedía estrecharse y confundirse; algo parecido al apretón de las manos enguantadas: no se tocaban las carnes.

Han transcurrido dos años. Por lo que conoce Vd. ya, no tengo necesidad de pintarle mi vida. Graciana me escribe con cierta regularidad, y Manuel algunas veces. Mi muchacho es hombre ya, pero su vida es más inútil y vacía que cuando se pasaba los días corriendo por estos montes, buscando nidos ó colmenas silvestres. En lugar del premio que esperaba, el año pasado no alcanzó siquiera el *accessit* del concurso anterior. Ha entrado en la administración, después de hacer su servicio militar. Le gusta más copiar notas ó limarse las uñas delante de su escritorio que venir á trabajar á mi lado. Estela me dice que es arreglado, económico, nada calavera — y que se espera ascienda á jefe de división á los cuarenta años.

No he querido vivir con mi socio. Prefiero esta existencia de perro, sin novedades ni conversaciones. Él tiene su casa más adelante: Vd. la verá de paso. Cuando me quedo unas horas allí, en medio de ese hogar lleno de risas y gritería de muchachos, cuando oigo á esa madre que charla con sus hijos, los riñe un minuto por una travesura, y cuenta luego el caso á mi socio que hace bailar al delincuente en sus rodillas... ¡Ah! entonces maldigo la ambición y la vanidad paterna que han acarreado nuestra desgracia!...

Me acuerdo de nuestra pasada felicidad, cuando éramos todos jóvenes y vivíamos como campesinos acomodados. Me figuro que esa mujer de mi socio podría ser Graciana, y suyos esos muchachos robustos y sueltos como cabritos, en lugar de su *bebé* delicado y menudo,

criado entre algodón, y que nunca quizás conoceré... Después de estas visitas, me parece más vacía mi casa, llena de cuartos sin huéspedes, y más frío que antes este hogar desierto...

Á fe mía, no sé por qué le he contado todo eso... Vd. no es un aldeano como yo. Sin embargo, la experiencia de un viejo campesino puede tener para otros su enseñanza. Cuando se viaja en caravana, no habiendo baqueanos del camino, los primeros que dan en un mal paso lanzan el grito de ¡ alerta! á los que vienen detrás: así me parece que ha de suceder también en el viaje de la vida.

P. GROUSSAG.



## LA EDUCACIÓN POR EL FOLLETÍN

---

Días pasados fuí á casa de mi amigo X., á las diez de la mañana, es decir, algo temprano para encontrar despabilado á uno de los más distinguidos *clubmen* de Buenos Aires. En el hall suntuoso y fresco — que sería del todo *chic* si un ratero inteligente lo aligerase de algunas chucherías aciagas — la joven señora de X. estaba sentada delante de la mesita. Elegante, risueña, con su gracia casi tímida que la hace más simpática, interrumpió la lectura de *La Nación* para recibirme, y á los pocos minutos de una charla poco profunda se levantó para ir á mover al dormilón.

Dejé caer la mirada en el diario, para desviarla de un bronce afligente : estaba abierto en la tercera página, la que no suelo abrir ; — conocílo á la distancia por un aviso de *La Biblioteca* ( ¡ inocente manía del administrador ! ) que, precisamente ese día, aparecía vergonzante ¡ junto al BITTER GAILLARD ! — Ví que el piso bajo de la página estaba ocupado por un folletín : era el *París*, de Zola, sin duda vertido artísticamente, conforme á las augustas tradiciones de la casa. No creo calumniar á la señora de X., al suponer que estaba recorriendo el piso bajo ; y tuve curiosidad por conocer el exquisito desayuno intelectual de esa encantadora joven, nacida y criada en una atmósfera de honradez y delicadeza moral, esposa impecable y madre de una niñita de tres años, cuyas risas me llegaban desde el cuarto vecino.

Recorrí el folletín del día (el 19° de la serie). Aquello comenzaba con el paseo inverosímil de un cura por los bulevares y la plaza de la Opera ; luego seguía la sempiterna descripción maciza y acumulativa con que, hilada por hilada, construye sus novelas de cal y

canto el maestro albañil de Medan. Atranqué por sobre la composición compacta, para llegar á los respiraderos de un diálogo que llenaba las últimas columnas. Era la conversación en carruaje de dos jóvenes, hermanos, una niña de veintitres años y un mozallete de veinte. Aquellos hijos mimados de la fortuna, perteneciendo por tanto á la « aristocracia social », estaban conversando de sus padres, al salir de no sé qué *matinée* cosmopolita. Ahora bien: lo que decían de sus autores esas flores de la elegancia parisiense; las alusiones que uno y otro dirigían á las aventuras maternas y á las propias, son de tal orden pornográfico, que me es imposible transcribir en una revista decente uno solo de los párrafos con que la inconsciente señora de X. se intoxicaba, leyendo el folletín de *La Nación*.

No se estaba, lo repito, sino en el número 19: el preámbulo de la serie folletinesca, que probablemente pasará del centenar. Espero que no tendré necesidad de absorber mayor ración de esa espesa bazonía que, recalentada en mala jerga de periódico, se vuelve naturalmente más nauseabunda que en la escudilla original. Pero, á fuer de testigo verídico, he debido recorrer algunos folletines antecedentes, entre los que ya han llegado en francés. He podido así formarme una idea aproximativa de las pinturas morales — ó *murales*, — de las enseñanzas que el órgano farisaico de la burguesía porteña viene ofreciendo á las familias que lo reciben.

No se trata, en efecto, de equiparar el papel social de un diario como *La Nación*, sea cual fuere su decadencia presente, con el del despreciable *Journal* parisiense: hoja de escándalo y *chantage* para tabernas y vagones de fumar, « lanzada » por un ex cronista *bulevardero* apenas francés, sin escrúpulos ni sombra de talento, — especie de *grue* de la prensa que asciende á *cocote* por obra y gracia de un protector judío. El *Journal* es algo así como un sub *Gil Blas*, un diario de cinco céntimos que vive de reclamos intérlopes y necesita aumentar su circulación para hacer subir proporcionalmente sus tarifas clandestinas. No penetra en una casa decente. Y es, desde luego, un indicio harto elocuente del aprecio que merecen las últimas

producciones de Zola, el que ningún diario serio ó en buena situación — ni el mismo *Figaro*, que no peca de melindroso — haya aceptado esa mercadería lupanaria.

Por muy real y palpable que el descenso de la prensa francesa y europea aparezca, quedan todavía diferencias profundas entre los diarios de aceptación doméstica y general, como *Le Journal des Débats* ó *Le Temps*, y los de lectura vergonzante, como el que expende la novela de Zola, entre una delicuescencia de Catulle Mendès y una biografía de Vacher. Hay escalones en la degradación. El *Journal* no es diario que ningún hombre formal ó mujer honrada confiese haber comprado. Hasta para « acreditar » su nueva mercancía, — juntamente con el estrépito circense que aquí se admira y remeda de barato, — ha sido necesario pagar la *forte somme* á Bourget, el psicólogo para *snobs*, quien no podía rehusar á Xau lo que concediera á Bennett, y nos ha servido el más chato de sus clichés yankees. Por cierto que ni Lemaître ni France hubieran aceptado ese papel de Barnum académico.

Con razón ó sin ella, es muy otra aquí la función ó la figuración de la prensa. Desde luego, casi no existe diferencia social entre sus principales órganos; si es cierto que el más difundido de todos prospera industrialmente merced á la masa popular, ello no importa decir que le falte la otra clientela : agrega á la propia la de todos los demás. Y, sin duda, obedeciendo al menos confesable de los móviles mercantiles, es como, de algún tiempo á esta parte, el antes más solemne y almidonado de los diarios bonaerenses viene corriendo tras una popularidad de mala ley que, por tales medios al menos, esperamos no alcanzará.

Sea de ello lo que fuere, lo que nos interesa establecer es que, á favor de la política y otras secciones de interés más femenino, todos los diarios de Buenos Aires penetran en nuestros hogares; quedan en las mesas, pasan de mano en mano, de las más delicadas á las más venerables — *maxima debetur puero reverentia*; — y si tenemos el derecho de comprobar lo que es evidente, tenemos el deber

de calificar lo que, hace un mes, circula libremente en nuestras casas, como « triunfo periodístico » de *La Nación*: es un manual completo de corrupción y significa un verdadero ultraje al pudor doméstico.

Nada hay allí, por otra parte, que justifique el pregonado « sacrificio » pecuniario ó atenúe lo escandaloso del desacato social. Aunque no fuera notorio que, hoy más que nunca (1), es el lucro el numen inspirador del grupo naturalista (*numen, numus*), bastaría observar la inconsciencia artística con que se ha realizado la traducción de *La Nación*, para comprender que sólo se perseguía el grueso efecto de los cuadros lúbricos ó sanguinolentos, contándose con el estímulo malsano de este cebo ofrecido á los peores instintos físicos. Las últimas producciones de Zola poco merecen ocupar la crítica seria. El crítico del *Temps* ha sido casi el único que se diera el trabajo de señalar en *Roma* la puerilidad de una falsa erudición, extraída toda entera de dos obras conocidas, literalmente, y, acá y allá, con divertidos traspiés de profano que no ha entendido. *Paris* será inferior á *Roma*; señala el período *gâteux* de una escuela que ya no tiene discípulos y que, por no saber renovar su fórmula invariable y tediosa, recurre, para alcanzar un éxito de cualquier ley, á la exageración creciente de sus viejos procedimientos naturalistas. La religión, la familia, la patria, la sociedad, el arte y la ciencia: todo lo santo y respetable que allí se evoca por un Caliban moderno, compuesto como el antiguo de una mitad de mago y otra mitad de bruto, sólo aparece para sufrir el ultraje y la mancha afrentosa. La moralidad privada ó colectiva, que es una fuerza civilizadora porque es una virtud, se encuentra descrita — es decir escarnecida y caricaturada — por un artesano solitario y codicioso, que nunca reco-

(1) Y antes también. Hace muchos años, cedi á la curiosidad de conocer á Zola y pedi á Daudet una tarjeta de introducción. El gran novelista me puso algunas palabras amables; pero, sabedor de que deseaba obtener una verdadera sesión de « retratista » en Medan, pidióme la tarjeta que ya estaba en mi poder y cuyo sobre iba yo á cerrar, y agregó este *post-scriptum*, con su sonrisa irónica: *Faites bon accueil: Buenos Aires est un pays á duros!*...

noció sus principios ni practicó sus preceptos. Ese novelista que, ayer mismo, se negaba á ser ciudadano; ese anciano que no ha sido padre; ese esposo que no ha conocido la turbación y el misterio de los castos esponsales; ese semi-italiano criado en un hogar errante y que no sufrió por la invasión que había de explotar; ese monje sin caridad ni continencia, que del mundo no conoce prácticamente sino el antiguo Barrio Latino y su aldea de Medan: ese ignorante y puro instintivo es quien se erige en pintor atrevido de la civilización contemporánea, sin más elementos que los colores de su paleta recargada y vistosa ni más ideal que el lucro sórdido. Naturalmente, no mira la vida sino por la faz accidental y callejera, la que da pábulo á la curiosidad y se refleja en la prensa diaria: las torpezas y locuras, los crímenes y escándalos que pueden estudiarse ó documentarse con los recortes de periódicos y las confidencias del fámulo Alexis. Compulsa ahora las causas célebres recientes, que sabemos hasta el asco y la náusea, las vergüenzas políticas y mundanas, los criminales atentados anarquistas, la podredumbre decadente, — lo propio que antes las huelgas ó las angustias patrióticas: todo ello para crearse un suplemento de renta. — En tanto que allá lejos, en su estepa y su escuela gratuita de Yasnaia-Poliana, el noble iluminado Tolstoï se hace *mugik* para predicar con el ejemplo, y no percibe un rublo por sus generosas y geniales utopías.

Hoy se describe á París como ayer á Roma, con idéntico fin y procedimientos invariables. No son más que cuadros de abyección é ignominia, en que la complacencia del pincel, ó de la brocha, revela el móvil interesado del pintor. Y todo ello es falso, grotescamente caricatural, pintado *de chic*: tan absurdo como el registro de un hospital ó de un manicomio que pretendiera ser el resumen cabal de la humanidad. Zola no ha frecuentado el mundo elegante, ni conversado jamás con un estadista, ni permanecido un día en un laboratorio, ni rozádose de veras con un grupo socialista. Menos conoce el alma de un sacerdote, de un sabio, de un obrero, de una mujer ó de un niño — ni siquiera de un libertino. Su con-

cepto del lujo y del vicio mundano es el de un rústico : cree, por ejemplo, que los « gozadores » se atracan de manjares complicados y gastan entre ellos un lenguaje de cuartel. Es un Bárbaro que refiere por oídas el festín de Trimalción. Por eso, ahora como antes, pululan en sus bambochadas los disparates y los traspiés.

Presenciamos de primera entrada las actitudes románticas y las declamaciones vulgares de un mal sacerdote, que prefiere vivir de celebrar misas en que no cree, á ir á labrar la tierra ó trabajar en un taller, y que elige el propio momento de su infame comedia en el altar, entre el Ofertorio y la Comunión, para « despreciar su oficio » y soñar con las reivindicaciones anarquistas y la legitimidad de la propaganda por los hechos. Y, acto continuo, emprende la más extraordinaria odisea por calles y bulevares, desvanes de miseria, antesalas de la Cámara y salones intérlopes (¡ hasta en el de una *Nana* apenas retocada que le asombra « con tanta sencillez y dulzura, tanto candor de virgen inmaculada »!), revelándose el gran inocentón, después de diez años de ministerio, tan ajeno de las prácticas caritativas como de la experiencia psicológica del confesorio. ¡ Qué mucho que el cura de Zola demuestre estupefacción infantil, ante un cuadro doloroso harto común ó el candor de una cómica pecadora, si todavía no aprendió á decir misa ! (1).

Conforme á la poética naturalista, el héroe tendrá que rozarse con los peores comparsas del drama, hombres de presa y mujeres de empresa, lenones y anarquistas; respirará « como una atmósfera de paraíso » las bocanadas de alcoba y orgía; saludará profundamente á *cocotes* y baronesas peores que aquéllas; apretará con agradecimiento manos blandas de banqueros y politiqueros averiados, de calaveras inmundos escapados del proceso Oscar Wilde (2): salpi-

(1) « *Lorsque, les coudes sur la table de l'autel, Pierre eut vidé le calice, après y avoir brisé l'hostie...* » Ello es un montón de incongruencias. Zola ha recorrido un manual litúrgico sin entenderlo, cual hiciera en *Roma* con la arqueología y en todas sus novelas con el tecnicismo de los *Manuels Roret*.

(2) El joven millonario Jacinto : « ... *Collectiviste, anarchiste, pessimiste, symboliste, même sodomiste (sic) sans cesser d'être catholique* ».

cará su sotana de *fantoche* tonsurado con todo el lodo del bulevar y todo el fango del vicio... No son desde el principio y, por supuesto, no serán más adelante, sino escenas de crimen y depravación, con diestros entreactos de evangelismo verboso y convencional; todo ello recalentado, repetido, recogido en las novelas y gacetas contemporáneas, en las espuestas de la basura social, — sin más novedad que la violencia premeditada del colorido y, acá y allá, una página descriptiva, en que la virtuosidad anticuada de la ejecución envuelve una indigencia intelectual de pensador para reuniones anarquistas.— Lo que sigue ignorando ese gran novelista, en cualquier materia especulativa ó práctica, excede los límites de la verosimilitud. En 1883, le encontré delectando á Schopenhauer (para su *Joie de vivre*) en un librito elemental de Burdeau, que no logró entender; quince años después, se halla en el mismo punto— *qualis ab incepto*; desconoce las corrientes más visibles del espíritu contemporáneo: en punto á evolución religiosa, no ha pasado del padre Jacinto; cree seriamente que los oradores socialistas se nutren con Augusto Comte, y pone en escena á Berthelot sin sospechar la labor científica y el verdadero título inmortal del ilustre sabio... No parece sino que Zola viviera en un baúl.

Aun como factura, la producción presente revela la decadencia en su síntoma más senil: la repetición chocheada de una misma fórmula sempiterna. Nunca creó Zola tipos originales, como los tiene por docenas Alfonso Daudet, ni tuvo de éste la agudez nerviosa y los breves escorzos sugeridores. Su procedimiento descriptivo ha sido siempre el más elemental: la acumulación. Nada ha traído de personal su estilo macizo (adecuado á nuestra democracia y cosmopolitismo), que no es sino la gruesa moneda de vellón del oro de Flaubert. Lo que poseía en propiedad, como su amigo Courbet, era una robustez truculenta y, por momentos, una potencia ciclópea para mover masas compactas, turbas huelguistas ó desbandados batallones en fuga, bajo un impulso formidable y grandioso; por fin, alguna vez, la expresión trágica y total de la realidad en su crudeza

inhumana y atroz. — Nunca, por cierto, llegó á la suprema belleza artística, por falta de nitidez en la línea y de armonía en el color. Sus fábricas enormes conservan siempre los andamios. Su fuerza hercúlea ostenta la exagerada musculatura, no de un atleta esbelto, sino de un cuadrado mozo de cordel. Su ejecución, tan artificial y laboriosa, parece instintiva y bárbara, á fuer de plebeya. Pero esa misma energía brutal comienza á desfallecer: la única escena dramática de su primera parte, fuera de tal cual detalle feliz, está en su conjunto malograda: no ha podido arrojar la bomba de su anarquista. — Desde el primer folletín, se pronuncia la lasitud por la repetición maquinal de los clichés y lo inseguro de los giros, ineficaces y banales en su misma exasperación. Expresiones tan excesivas ó gastadas como « *l'âme ravagée, en détresse, faire le geste* », etc., vuelven á cada párrafo, como si fueran hallazgos. Acaba de repetir por su cuenta cierto invariable *froid noir*, y, en el acto, el viejo abate Rose usa el propio vocabulario naturalista: « *Mais je vous tiens là, dans ce froid noir, et (sic) vous n'avez pas chaud* »!, etc., etc.

Pero, en fin, aunque envejecido, Zola es Zola; su frase conservará siempre la cuadratura y el ritmo del escritor. Cuando aparezca más exenta de novedad y vacía de substancia, guardará aún la apostura exterior y, como él diría, el « gesto » del artista. La adulteración española que hoy absorben estos infelices no es siquiera la caricatura del original: es algo informe, indefinible, innominable, como los esbozos que los muchachos carborean en la pared. — Conozco el « estado de alma » de Zola, que creo no difiere esencialmente del de un minero del Alaska. Pues bien, si se le reprodujera en francés literal una sola de sus páginas criollas, me atrevo á afirmar que el poeta de *L'Argent* ¡sería capaz en un « *beau geste* » de devolver al diario burgués sus dos mil francos! He tenido la paciencia de cotejar los textos del primer folletín. Ello parece el resultado de una apuesta: « ¿ Á que conseguimos elaborar un estilo de Zola, tan desteñido, algo donoso y deshuesado como el de casa? » ¡ Y han ganado la apuesta! — No veo una sola intención artística que haya sido sospechada,



un epíteto eficaz ó un giro feliz que se encuentre reproducido. Es tan uniforme el procedimiento, que sólo se explica por el propósito deliberado de corregir á Zola. No escojo una frase; tomo la primera de la novela, la que da el tono y que el autor, naturalmente, ha cincelado con especial esmero :

« *Ce matin-là, vers la fin de janvier, l'abbé Pierre Froment, qui avait une messe à dire au Sacré-Cœur de Montmartre, se trouvait dès huit heures sur la butte, devant la basilique.* »

Cualquier profesional reconocerá allí, con la conocida estructura inaugurada por Flaubert, la perfecta maestría verbal del período. El efecto ha sido buscado y hallado. Está visible que la dislocación de la frase, con sus dos incisos de vanguardia y el tercero intercalado, es intencional, querida, y tan eficaz que, procediendo del puro instinto artístico, se justificaría lógicamente como un teorema. Así lo ha hecho Spencer en un ensayo célebre (*Filosofía del estilo*), donde cita períodos análogos al presente, dando las razones demostrativas de lo que los artistas practican por simple adivinación. Además de la división periódica, completa la estructura de la frase y de cada miembro la armonía rítmica y el número silábico de los vocablos, sabiamente elegidos según su lugar y la índole del inciso... La versión española baraja al tanteo estos ingredientes. trastrueca el orden artístico, suprime los incisos « superfluos », esfuma y borra — á lo que salga — hasta que sale una oración « larga como lazo y redonda como cedazo », que se parece á la de Zola como un dibujo de troglodita á su original.

Naturalmente, *ab uno disce omnes*; y no es necesario afirmar que la continuación no desdice del preámbulo. Fuera de la inconsciencia general en el manoseo de la forma, pululan las incorrecciones, omisiones, contrasentidos y adefesios de toda laya. Si se abrevian algunos períodos por comodidad, en cambio se alargan los breves, según el conocido sistema de desleimiento aplicado á los cablegramas. Sin salir—¡á Dios gracias!—de este primer folletín, pes-

caría tres ó cuatro docenas de disparates calificados. Desde el segundo párrafo tropezamos con un cuadro de París « después de dos meses de nieves y heladas, anegado por un deshielo glacial (es decir, *helado*) y penetrante » (1). En seguida, se sitúan al oeste los barrios del este y se traduce « *quartiers de jouissance* » por « barrios *felices* ». El tercer párrafo se inaugura con este bello rasgo descriptivo: *Pedro seguía mirando...* y ello sin duda transcribe gráficamente lo de: *Pierre regardait, maigre et sombre, dans sa soutane mince...* Pero nada iguala en belleza lapidaria la traducción del diálogo. Ejemplo: « *Voici, c'est un pauvre homme dont on m'a parlé...* »; traducción: « lo que tengo que decirle es que me han hablado de un pobre hombre que ha sido etc. ». Hé aquí una bonita muestra de los contrasentidos que esmaltan este primer folletín: « ... hasta su esperanza había sucumbido *de tanto utilizar la fe de las multitudes en pró de la salvación común* (2). Allí mismo, viene luego un « *escéptico* » puesto por « *négateur* », siendo así que es la esencia del escepticismo no negar ni afirmar. Á renglón seguido, *Il était la règle, il n'avait plus que le geste du prêtre*, se vierte así: « Personificación de la regla, no tenía más que la apariencia del sacerdote »; un poco más abajo, entre cuatro ó cinco líneas que ostentan ú ocultan otros tantos errores, se sustituye *intercession* por *intervención*, no sospechando que aquélla es voz necesaria y teológica... Sin salir de este preámbulo, lo repetimos, podríamos tildar en cada frase un traspié de forma ó sentido. Ello, sin embargo, es pecado venial: lo intolerable es el desconocimiento absoluto del estilo literario original y el ridículo disfraz con que se presenta una, según ellos, obra maestra contemporánea.

Pero no es ésta una cuestión de arte, sino de moralidad pública.

(1) « *C'était, après deux mois de froid terrible, de neige et de glace, un Paris noyé sous un dégel morne et frissonnant* ». ¡« Deshielo helado y penetrante »!

(2) « ... *Son espérance même était morte d'utiliser la foi des foules pour le salut commun...* » lo que evidentemente está puesto por: « *il avait même perdu l'espérance d'employer la foi des foules au salut commun* ».

Poco nos ha costado guardar silencio cuando sólo se trató de producciones como *Roma*, amasadas con plagios y declamaciones, y que se presentaban relativamente inocuas, al igual que los venenos de sabor amargo, en razón misma del tedio que despedían. Es diverso el caso actual. La novela deliberadamente escandalosa que, en procura de un aumento de circulación muy problemático, y á impulso de ese cálculo farisaico, de manga tan ancha en política como en literatura, se brinda á los lectores de cualquier sexo y edad, constituye un caso de verdadera incitación al libertinaje y es *justiciable*, no tanto de la crítica, cuanto de la profilaxis social.

No seré yo quien desconozca, por necias preocupaciones localistas, la funesta crecida del escepticismo y de la corrupción en las capitales europeas, —especialmente en la vida *pública* de París, la que se refleja harto fielmente en cierta prensa: la única vida que conocen y practican los forasteros en demanda de placer. Con todo, daría prueba de imbecilidad incurable quien juzgase que las obras de ciencia y arte, los inventos y los mil productos diarios de la industria más perfecta y diversa, se elaboran en los bulevares y los clubs, ó resuenan siquiera en las oficinas de redacción y los restaurants nocturnos. Es una ínfima y despreciable minoría, la que nace y pulula en el muladar cosmopolita. París es lo que es: el faro secular erguido sobre el mundo, porque abriga una mayoría de población que es la más honrada, inteligente y laboriosa del orbe civilizado. Pero ésta no figura en las gacetas semimundanas y no se presta para pinturas sensacionales: Zola no la describirá. ¿Quién no comprende que la conducta moral es la condición misma de la actividad fecunda? Hasta para escribir este deplorable *Paris*, en lugar de una crónica libidinosa de Mendès ú otros peores, se necesita ser un hombre de regla y labor. El vicio es la esterilidad.

Pero, tampoco es discutible que allá, en el *primum movens* del organismo europeo, se descubren los indicios de una decadencia que puede ser fatal. El síntoma grave no es la erupción superficial de escándalos y delitos — que iguales ó mayores han existido cuando

eran clandestinos y no repercutían con el pregón de la publicidad, — sino en la marea creciente del escepticismo. Somos enfermos porque ya no creemos en nada — antiguo ó nuevo. Al ver, hace un siglo, que el río de la civilización perdía sus ondas en el lecho arenoso y ahondado por los años, hemos buscado la salvación, desviando el cauce en su origen y trayéndolo por un ancho canal, abierto á nivel del suelo. Nos hemos curado de la sequía con la inundación. En cien años, la desbordada democracia ha invadido el mundo, cada vez más agresiva y disolvente, batiendo en brecha á la religión y la sociedad, á la patria y la familia. Toda revolución crea su instrumento: la del siglo XIX ha inventado la prensa diaria, que ha nacido cuando prescribiendo el dogma de igualdad que todos aprendiesen á leer, el dogma de libertad permitía que todo se pudiese escribir. Hé aquí al anarquismo que se esfuerza en completar la trilogía, realizando por el puñal y la bomba el dogma de fraternidad.

Ahora bien: aunque fuera ineluctable el cataclismo en que haya de perecer esta civilización cristiana, sería deber nuestro defenderla y perecer bajo sus ruinas, antes que desertar las filas y pasarnos á los bárbaros de silabario y dinamita. En todo caso, se trata, desde luego, de una enfermedad secular, que puede evitar el Nuevo Mundo, y acaso desviar del Antiguo por la emigración, que atenúa el virus. Si existe, pues, una misión sagrada, humana y patriótica, sobre todo para los que tienen cargo de almas, es la de levantar los corazones, virilizar á la juventud, mantener puro y creyente el hogar venerable, apartando de él toda influencia perversa y toda excitación malsana y mórbida.

Á ese deber sagrado está faltando el diario que publica un folletín inmundo y tiene erigida ante el pueblo argentino esa cátedra de inmoralidad.

P. G.